

J. m. 89 19

Almanaque Sud-americano



1899

68

OCTUBRE



Almanaque

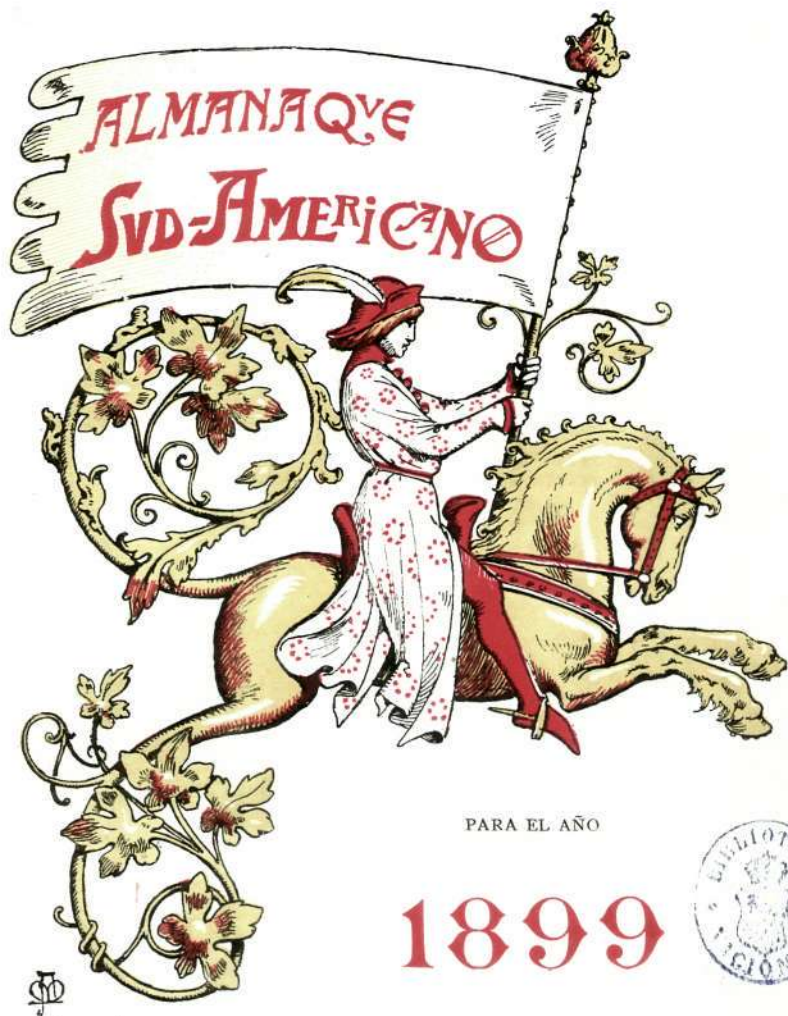
SUD-AMERICANO

TIPOLITOGRAFÍA
DE
SALVAT É HIJO

294, CALLE DE MALLORCA, 294

BARCELONA

Casimiro Prieto y Valdés



PARA EL AÑO

1899



BUENOS AIRES

El Siglo Ilustrado

158, CERRITO, 174

MONTEVIDEO

Andrés Rius

155, SORIANO, 157

Índice literario



Alcorta (Florentino).— Erótica, poesía.	186
Ambrogi (Arturo A.).— SILUETAS LITERARIAS: Luis Berisso.	210
» » — Champagne.	237
Artal (José).— Vicente Nicolau Cotanda.	23
Baires (Carlos).— La gloria de vivir.	156
Berisso (Emilio).— Muerta, poesía.	35
» (Luis).— D. Luis G. Urbina.	66
Bolet Peraza (Nicanor).— El monte Azul.	75
Bernárdez (Manuel).— La sentencia de Alba, poesía.	231
Campoamor (Ramón de).— Resabios del vicio, dolora.	191
» » — Saber y no saber, dolora.	235
Castellanos (Moisés Numa).— El milagro de las violetas, poesía.	159
» » — Las serpentinatas, poesía.	214
Cobos (Francisco).— El mapa de la Desgracia.	94
Coronado (Martín).— Décimas.	131
» » — Los poetas, poesía.	205
Costa (Pablo Della).— A Flora, poesía.	190
Curiel (Eliás David).— Soneto.	141
Chocano (José S.).— Lunática, poesía.	163
Dario (Rubén).— En el álbum de la Sra. Sara Neuhaus de Ledgard, poesía.	47
Díaz (Leopoldo).— Berenice, fragmento.	44
Echegaray (José).— La escuela, poesía.	81
Fornieles (Salvador).— La poesía, soneto.	33
Galefre (Julio N.).— Sideral, poesía.	199
García (Luis).— A un... autor, poesía.	98
González (Joaquín V.).— En el álbum de la Srta. Juana del Castillo y Quesada.	162
González Galé (José).— Una venganza, poesía.	152
Gras y Eliás (Francisco).— Octubre.	220
Groussac (Pablo).— Llegada de Colón a Barcelona.	200
Jabino. — Medicina callejera.	194
Jaimes Freyre (Ricardo).— Medioeval, poesía.	164
» » — Hoc signum, poesía.	185
Lamberti (A.).— A Juana del Castillo y Quesada, poesía.	191
Latzlúa (Francisco).— El libro.	37
López Benedito (Fernando).— Lloviendo, poesía.	34
López Penha (Abraham Z.).— Ivone, poesía.	64
Lugones (Leopoldo).— El misal rojo.	228
Llona (Numa Pompilio).— Carrera vertiginosa, poesía.	208
Maciel (Santiago).— Paisaje, poesía.	62
Matta (Guillermo).— Fray Luis de León, poesía.	29
Mayorga Rivas (Román).— Venus púdica, poesía.	154
Mendes (Cátulo).— El amante incendiario.	48
» » — La flor que tiembla.	142

Méndez de Cuenca (Laura). — Cuarto menguante, poesía.	145
Mestres (Apeles). — Garín, tradición catalana.	119
Montes (Victoriano E.) — En el álbum de la Srta. Clemencia Llanos.	36
» » — Sarmiento, poesía.	151
Naón (Pedro J.) — Espejismo, poesía.	130
» » — Jaramago, poesía.	198
Nicolán Roig (Vicente) — Verdad á medias, poesía.	68
» » » — Fragmento, poesía.	160
» » » — Entre amigos, poesía.	187
Ortiz (Carlos) — El poema de las sombras, poesía.	224
Palma (Clemente) — Las queridas de humo.	180
» (Ricardo).— La carta de la Libertadora.	55
Papini y Zas (Guzmán) — Mi caballo, poesía.	157
Pérez (José Joaquín) — La española en América, poesía.	111
Pérez Calvo (J. A.) — Pentélicas, poesía.	99
Pérez Petit (Victor) — Acuarelas.	86
Piquet (Julio) — Enrique Frexas.	133
Prieto (Casimiro) — El nido de ruiseñores, poesía.	46
» » — En el rosal, poesía.	51
» » — El gusano y el lucero, poesía.	60
» » — Marisol, poesía.	69
» » — Soles, poesía.	80
» » — La liviana, poesía.	93
» » — Niniche.	101
» » — Los enemigos del alma.	165
» » — En el abanico de la linda Srta. Emma Nilda Staub.	217
» » — En la barbería, poesía.	223
Prieto Molina (Ricardo) — Cielo estrellado, poesía.	83
Quevedo (José M.) — Rosas, poesía.	100
Reina (Manuel) — La canción de mi pueblo, poesía.	88
Rodó (José Enrique) — En un álbum de artista.	128
Rodríguez (Horacio F.) — SONETO: Del natural.	96
Rodríguez (Guillermo P.) — Pretérita, poesía.	43
Roerber (Christián) — Romance de campañario, poesía.	175
» » — Monos, poesía.	236
Rossel (Juan C.) — Noche de luna, poesía.	82
Roxlo (Carlos) — Habla ó mira, poesía.	226
San Juan (Manuel A.) — ¡Carmen! poesía.	174
Soto Hall (Máximo) — ¡Canta! poesía.	114
Tapia (José M.) — Un drama.	115
Torres Abandero (L.) — La navecilla, poesía.	59
Urbaneja Achelpohl (Luis M.) — Idilio.	216
Urbina (Luis G.) — De un poema.	140
» » — Sin sombras, poesía.	218
» » — Al Dante, poesía.	225
Villalobos (Rosendo) — Nymphée, poesía.	114
Zapata (Marcos) — Una corrida de toros, poesía.	90
•• — D. Rafael J. Contell.	32
•• — Roque Sáenz Peña.	150

Índice artístico

CABRINETY (José)

Visiones del alcoholismo (variedad)	36
Lances de honor (variedad)	68
Soles (ilustración)	80
Niniche (ilustraciones)	101
En la intimidad (variedad)	155
Muerto de amor... (variedad)	161
En el abanico de la linda Srta. Emma Nilda Staub (ilustración).	217

CARAFFA (Emilio A.)

Grupo de pintoras.	158
----------------------------	-----

CILLA (Ramón)

Una venganza (ilustración).	152
-------------------------------------	-----

CUCHY (J.)

El Carnaval (variedad).	132
---------------------------------	-----

ERIZ (Pedro)

LOS MESES: Marzo, Abril y Mayo.	12, 13 y 14
Benerice (ilustración).	44
La flor que tiembla (ilustraciones).	142
Entre bohemios (variedad).	192
Llegada de Colón á Barcelona (ilustración).	200
Monos (ilustración).	236

ESTEVAN (E.)

El amante incendiario (ilustraciones).	48
Cuarto menguante (ilustración).	145
Romance de campanario (ilustraciones).	175

GASCÓN (T.)

Cuento baturro.	54
La española en América (ilustración).	111

Cuento baturro.	118
Id.	148
Id.	213

GILI Y ROIG (B.)

Jaramago, poesía.	198
---------------------------	-----

MESTRES (Apeles)

Portada.	3
El nido de ruiseñores (ilustración).	46
Marisol (ilustraciones).	69
Entre caribes (variedad).	100
Garín, tradición catalana (diez y siete viñetas).	119
Alborada, estudio fisiológico (seis viñetas).	204
Al Dante (ilustración).	225
El misal rojo (ilustración).	228

NICOLÁU COTANDA (Vicente)

«El beso,» cuadro.	22
«Présteme usted sus ardores,» cuadro.	97

PELLICER (José Luis)

LOS MESES: Enero, Febrero, Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre..	10, 11, 18, 19, 20 y 21
Jugando á las madres (variedad).	28
La carta de la Libertadora (ilustración).	55

PICOLO (M.)

Un Goliat (variedad).	74
La sal de Andalucía (variedad).	139
El almuerzo del astrónomo (variedad).	197

PRIETO Y VALDÉS (F.)

Fray Luis de León (inicial).	29
En el rosal (ilustración).	51
El gusano y el lucero (ilustración).	62
Ivone (ilustración).	64
Acuarelas (inicial).	86
De un poema (ilustración).	140
El milagro de las violetas (inicial).	159
Lunática (inicial).	163
Erótica (inicial).	186
Octubre (inicial).	220
El poema de las sombras (ilustración).	224

ROSS (Paciano)

D. Rafael J. Contell.	31
TIPOS POPULARES DE CHILE.— <i>Güendar</i> , que está bien <i>regüena</i>	45
Sr. D. Santiago Maciel, distinguido poeta uruguayo.	61
D. Luis G. Urbina, eximio poeta mejicano.	65
La Sra. D. ^a Algerie B. de Reyna Barrios, viuda del ex presidente de Guatemala, don José M. Reyna Barrios.	89
Sr. D. Rosendo Villalobos, distinguido poeta boliviano.	113
Sr. D. Pedro J. Naón, distinguido poeta argentino.	129
D. Roque Sáenz Peña.	149
D. Clemente Palma, distinguido escritor peruano.	179
Municipalidad indígena de Quezaltenango.	193
Luis Berisso, distinguido crítico argentino.	209
El actual rey de Talamanca, jefe de una de las tribus más bellas de Costa Rica.	219

VÁZQUEZ (N.)

Un drama (ilustración).	115
---------------------------------	-----

VILLAMIL (L.)

Los enemigos del alma (ilustraciones).	165
--	-----

XAUDARÓ (J.)

Soda de piña (cuatro viñetas).	84
Economía (cuatro viñetas).	188

XUMETRA (F.)

Los MESES: Junio, Julio y Agosto.	15, 16 y 17
El monte Azul (ilustraciones).	75



ENERO

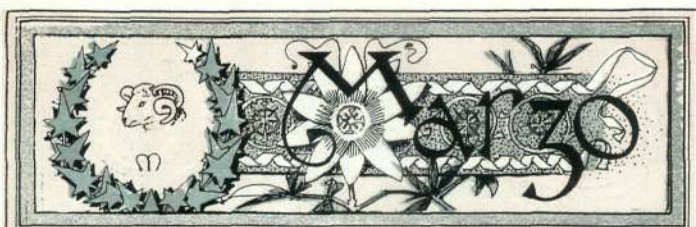


1. D. ✠ LA CIRCUNCI-
SIÓN DEL SEÑOR.
2. E. S. Isidoro, ob. y mr.
3. M. S. Florencio.
4. M. S. Gregorio, ob.
5. J. S. Telesforo, p.
6. V. ✠ ADORACIÓN DE
LOS SANTOS REYES.
7. S. S. Juliana, mr.
8. D. S. Luciano, mr.
9. L. S. Fortunato.
10. M. S. Nicanor, mr.
11. M. S. Higinio, papa.
12. J. S. Benedito, ob.
13. V. S. Gumersindo, pb.
14. S. S. Hilario, ob.
15. D. EL SMO. NOMBRE
DE J. — S. Pablo,
primar. ermitaño.
16. L. S. Marcelo, p. y mr.
17. M. S. Antonio, abad.
18. M. La Catedral de san
Pedro en Roma y
sta. Liberata, vgn.
19. J. S. Canuto, mr.
20. V. S. Sebastián, mr.
21. S. S. Erucaoso, ndr.
22. D. Ntra. Sra. de Betle-
hem. S. Vicente, mr.
23. E. S. Ildefonso, arz.
24. M. Ntra. Sra. de la Paz.
25. M. La Conversión de
san Pablo, apóstol.
26. J. S. Policarpo, ob.
27. V. S. Juan Crisóstomo.
28. S. Juliana, ob. y cfr.
29. D. De Septuagesima.
Dedicación de esta
Sta. Catedral.—San
Francisco de Sales.
30. L. S. Hipólito, mr.
31. M. La Oración de N.
S. I. C. en el Monte
Olivet. — S. Pedro
Nolasco.

FEBRERO

- 1 M. S. Cecilio, ob. y mr.
- 2 F. LA PURIFICACIÓN DE N.ª S.ª — S. Cornelio; cent.
- 3 V. S. Blas, ob. y mr.
- 4 S. S. Andrés Corsino.
- 5 D. De *Sexagesima*. — S. Albino, ob.
- 6 L. S. Teófilo, mr.
- 7 M. La *Commemoración de la Pasión de N. S. J. C.* — S. Romualdo, abad.
- 8 M. S. Juan de Mata.
- 9 J. S. Alejandro, mr.
- 10 M. S. Ireneo.
- 11 S. S. Félix, mr.
- 12 D. De *Quinquagesima*. — S. Damian. — CARNIVAL.
- 13 D. S. Benigno, mr.
- 14 M. S. Valentín, pbro.
- 15 M. CENIZA. — S. Faustino, mártir.
- 16 J. S. Gregorio, papa.
- 17 V. S. Romulo. — La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
- 18 S. S. Simeón, ob.
- 19 D. 1.ª de *Cuaresma*. — S. Gavino, mr.
- 20 L. S. Eleuterio.
- 21 M. S. Fortunato, mr.
- 22 M. Sta. Margarita.
- 23 J. S. Pedro Damian.
- 24 V. S. Matías, apóstol. — Lanza y clavos de N. S. J. C.
- 25 S. Stos. Sebastián y Sebastián, ob.
- 26 D. 2.ª de *Cuaresma*. — N.ª S.ª de Guadalupe.
- 27 L. S. Baldomero.
- 28 M. S. Justo, mi.





- 1 M. S. Rudesindo, ob.
- 2 J. S. Heracio.
- 3 V. S. Hemeterio, ob.
La Santa Sabana
de N. S. J. C.
- 4 S. S. Casimiro, rey.
- 5 D. 3.º de Cuaresma.
S. Adrián.
- 6 L. S. Olegario, ob.
- 7 M. Sto. Tomás de A.
- 8 M. S. Juan de Dios, fr.
- 9 J. S. Paciano, ob.
- 10 V. S. Melitón, mr.
Las Cinco Llagas
de N. S. J. C.
- 11 S. S. Zacarías.
- 12 D. 4.º de Cuaresma.
S. Gregorio Magno.
- 13 L. S. Leandro, ob.
- 14 M. Sta. Florentina.
- 15 M. Sta. Madrona, vgn.
- 16 J. Sta. Isabel.
- 17 V. S. Patricio, ob. — La
Sma. Sangre de N.
S. J. C.
- 18 S. S. Gabriel Arcanz.
- 19 D. DE PASIÓN. — Pa-
trárca San José.
- 20 L. S. Braulio.
- 21 M. S. Benito, Otoño.
- 22 M. S. Deogracias, ob.
- 23 J. S. Victoriano.
- 24 V. S. Agapito, ob. —
Los siete Dolores
de María Sma.
- 25 S. LA ENCARNA-
CIÓN DE N. S. J. C.
— S. Irene.
- 26 D. DE RAMOS. — San
Braulio.
- 27 L. SANTO. S. Ruperto.
- 28 M. SANTO. S. Sixto.
- 29 M. SANTO. S. Filo.
- 30 J. SANTO. S. Juan C.
- 31 V. Sto. S. Berdimin.

MEP

Florida

- 1 S. SANTO.—S. Venancio y sta. Teodora.
- 2 D. PASCUA DE RESURRECCION.—San Francisco de P.
- 3 L. S. Benito de Palermo.—La traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
- 4 M. S. Isidoro, arz. de Sevilla.
- 5 M. S. Vicente Ferrer.
- 6 J. S. Sixto, papa.
- 7 V. S. Epifanio, ob. y s. Rufino.
- 8 S. S. Dionisio, ob.
- 9 D. DE CILASIMODO.—Sta. Casilda.
- 10 L. S. Ezequiel, prof.
- 11 M. S. León el Magno.
- 12 M. S. Julio, papa.
- 13 J. S. Hermenegildo.
- 14 V. S. Pedro González Telmo.
- 15 S. S. Máximo.
- 16 D. Sto. Toribio, ob.
- 17 L. S. Aniceto, papa.
- 18 M. S. Eleuterio, ob.
- 19 M. S. Jorge, ob.
- 20 J. S. Serviliano, mr.
- 21 V. S. Anselmo, ob.
- 22 S. Seteto, p. y mr.
- 23 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.—S. Jorge, mr.
- 24 L. S. Honorio, ob.
- 25 M. S. Marcos Evang.
- 26 M. S. Cleto, ob.
- 27 J. Sto. Toribio, arzob.
- 28 V. S. Prudencio, arz.
- 29 S. S. Pedro de Verona, mártir.
- 30 D. N.ª S.ª DE LEJÁN.—Stas. Catalina de Sena, vgn. y Sofia.





- M.P.
- 1 L. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
 - 2 M. S. Anastasio, ob.
 - 3 M. Invenc. de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
 - 4 J. S. Silvano, ob.
 - 5 V. S. Pio V.
 - 6 S. El mártirio de san Juan Evangelista.
 - 7 D. S. Benedicto.
 - 8 L. La Aparicion de S. Miguel Arcángel.
 - 9 M. S. Gregorio Nac.
 - 10 M. S. Antonio, arz.
 - 11 J. M. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.—San Eudaldo, m.
 - 12 V. Stos. Domingo de la Calzada y Nereo.
 - 13 S. S. Mucio, pbro.
 - 14 D. S. Sabino.
 - 15 L. S. Isidro, labrador.
 - 16 M. S. Urbano.
 - 17 M. S. Pascual Bailón.
 - 18 J. S. Venancio.
 - 19 V. S. Pedro Celestino.
 - 20 S. Stos. Bernardina de Sena y Baudilio.
 - 21 D. PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO.—San Segundo, m.
 - 22 L. Sta. Rita de Casia.
 - 23 M. S. Desadol, ob.
 - 24 M. Stas. Afra, Susana.
 - 25 J. Stos. Gregorio VII y Urbano.—FESTA CÍVICA.
 - 26 V. S. Felipe Neri, fdr.
 - 27 S. S. Juan, p. y m.
 - 28 D. LA SNA. TRINIDAD. Titular de esta Archidiócesis.
 - 29 L. S. Máximo, ob.
 - 30 M. S. Fernando, rey.
 - 31 M. Sta. Angela de M.

EL VIÑO

- 1 J. ✠ CORRUS CHRISTI.
— Stos. Segundo y
Fortunato, mrs.
 - 2 V. S. Marcelino, mr.
 - 3 S. S. Isaac.
 - 4 D. San Francisco Ca-
racciolo.
 - 5 L. S. Bonifacio, ob.
 - 6 M. S. Norberto, ob.
 - 7 M. S. Pablo, ob.
 - 8 J. S. Salustiano, cfr.
 - 9 V. EL SAGRADO CO-
RAZÓN DE JESÚS.—
Stos. Primo y Felis-
ciano, mrs.
 - 10 S. Zacarías, mr.
 - 11 D. Stos. Bernabé, apl.
y Fortunato, mr.
 - 12 L. S. Juan de Sahag.
 - 13 M. S. Antonio de Pa-
dus, cfr.
 - 14 M. S. Basilio, ob.
 - 15 J. S. Vito, mr.
 - 16 V. S. Aureliano y sta.
Julita, mrs.
 - 17 S. Stos. Manuel, Sa-
bel ó Ismael, mrs.
 - 18 D. S. Ciriaco, mr.
 - 19 L. S. Gervasio, mr.
 - 20 M. S. Silverio, papa.
 - 21 M. S. Luis Gonzaga.
- INVIERNO.
- 22 J. S. Paulino, ob.
 - 23 V. S. Zenón.
 - 24 S. LA NATIVIDAD DE
S. JUAN BAUTISTA.
 - 25 D. S. Eloy, ob.
 - 26 L. Stos. Juan y Pablo.
 - 27 M. Stos. Zollo, mr. y
Ladislao, rey.
 - 28 M. S. León.
 - 29 J. ✠ S. PEDRO Y SAN
PABLO.
 - 30 V. La Commem. de san
Pablo, apóstol.





ALIA



F. Xumelá

- 1 S. S. Secundino.
- 2 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C. — Ntra. Sra. de los Desamparados.
- 3 L. S. Ireneo.
- 4 M. S. Laureano.
- 5 M. La Trasl. de las reliquias de nuestro patrón s. Martin. — S. Miguel de los S.
- 6 J. S. Rómulo, ob.
- 7 V. S. Fermín, mr.
- 8 S. Sta. Isabel, viuda.
- 9 D. S. Cirilo, ob. — FIESTA CIVICA.
- 10 L. S. Januari, mr.
- 11 M. S. Cipriano, mr.
- 12 M. S. Juan Gualberto.
- 13 J. S. Anacleto, papa.
- 14 V. S. Buenaventura.
- 15 S. S. Enrique, emper.
- 16 D. Triunfo de la Sma. Cruz. — Ntra. Sra. del Carmen.
- 17 L. S. Alejo, cfr.
- 18 M. Stos. Camilo de Lellis y Federico.
- 19 M. S. Vicente de Paul.
- 20 J. S. Jerónimo.
- 21 V. S. Victor, mr.
- 22 S. Sta. Maria Magdalena y s. Teófilo.
- 23 D. S. Apolinario, ob.
- 24 L. S. Francisco Sol y sta. Cristina, vgn.
- 25 M. Santiago, apóstol.
- 26 M. Sta. Ana, madre de Ntra. Sra.
- 27 J. S. Pantaleón.
- 28 V. S. Inocencio.
- 29 S. Sta. Marta, vgn.
- 30 D. Stos. Abdón y Senen y sta. Máxima.
- 31 L. S. Ignacio de L.



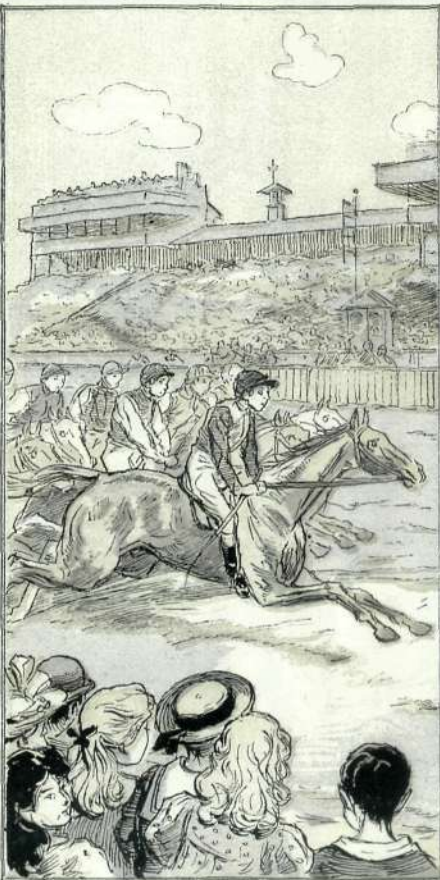
Aosk

- 1 M. S. Pedro Advíncula.
- 2 M. Ntra. Sra. de los Angeles.
- 3 J. La Invencción de s. Esteban, protomr.
- 4 V. Sto. Domingo de G.
- 5 S. N. S. de las Nieves.
- 6 D. La Transfiguración de N. S. J. C.—San Sixto, papa.
- 7 L. S. Cayetano, fdr.
- 8 M. S. Ciriaco, mr.
- 9 M. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.
- 10 J. S. Lorenzo, mr.
- 11 V. S. Rufino, ob.
- 12 S. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconq.
- 13 D. S. Hipólito, mr.
- 14 L. S. Eusebio, pbro.
- 15 M. ✠ LA ASCENCIÓN DE M. S. SANTÍSIMA.
- 16 M. S. Roque, cfr.
- 17 J. S. Anastasio.
- 18 V. Sta. Elena.
- 19 S. S. Luis, ob.
- 20 D. S. JOAQUIN, padre de Ntra. Sra., san Bernardo, abad.
- 21 L. Sta. Ciriaca, mr.
- 22 M. S. Hipólito, mr.
- 23 M. S. Felipe-Benicio.
- 24 J. S. Bartolomé, apl.
- 25 V. S. Luis, rey de F.
- 26 S. S. Ceferino, papa.
- 27 D. EL PURÍSIMO CO-RAZÓN DE MARÍA.—S. José de Calas.
- 28 L. S. Agustín, ob.
- 29 M. Sta. Cándida.
- 30 M. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, patrona pral. de esta América.
- 31 J. S. Ramón Nonato.



SEPTIEMBRE

LIBRA



- 1 V. Stos. Sixto y Gil.
 - 2 S. S. Antónino, mr.
 - 3 D. S. Sordalio, mr.
 - 4 L. Stas. Rosa de Vi-
terbo y Rosalía.
 - 5 M. S. Lorenzo.
 - 6 M. S. Eusto, mr.
 - 7 J. S. Agustín, ob.
 - 8 V. ✠ LA NATIVIDAD DE
MARIA, SANTÍSIMA.
— S. Adria.
 - 9 S. S. Jerónimo.
 - 10 D. Pl. Dulce NOMBRE
de María. — S. Ni-
colás de Tolentino.
 - 11 L. S. Emiliano, ob.
 - 12 M. S. Serapio, mr.
 - 13 M. S. Eulogia, ob.
 - 14 J. Exaltación de la
Sana Cruz.
 - 15 V. Apar. de santo Do-
mingo de Guzmán.
 - 16 S. Stos. Cornelio y Ci-
priano, mrs.
 - 17 D. La Caima de los
Dol. de la Virgen. —
S. Pedro de Arbués.
 - 18 L. Sto. Tomás de Vi-
llanova.
 - 19 M. S. Ganaro, ob. y mr.
 - 20 M. S. Elestaquio, mr.
 - 21 J. S. Mateo, apóstol.
- PRIMAVERA.
- 22 V. S. Mauricio, mr.
 - 23 S. S. Lino, papa.
 - 24 D. Ntra. Sra. de las
Mercedcs.
 - 25 L. Sta. María de Cer-
vello (del Socorro).
 - 26 M. S. Cipriano.
 - 27 M. S. Cosme, mr.
 - 28 J. S. Wenceslao, mr.
 - 29 V. Dedicación de san
Miguel Arcángel.
 - 30 S. S. Honorio.

SCORPIO

OCTUBRE

- 1 D. *Ntra. Sra. del Rosario*. — S. Remigio, ob.
- 2 L. Los Santos Angeles Custodios.
- 3 M. S. Maximiano, mr.
- 4 M. S. Franco de Asis.
- 5 J. S. Froilán, ob.
- 6 V. S. Bruno, fdr.
- 7 S. S. Marcos, papa.
- 8 D. *La Maternidad de Maria Santisima*. — S. Demetrio, mr.
- 9 L. S. Dionisio.
- 10 M. S. Franco de Borja.
- 11 M. S. Nicasio, ob.
- 12 J. *Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza* y stos. Alfredo y Serafin.
- 13 V. S. Eduardo, rey.
- 14 S. S. Calixto.
- 15 D. *La Pureza de Maria Santisima*. — Sta. Teresa de Jesús, y s. Bruno.
- 16 L. S. Martiniano, mr.
- 17 M. S. Florentino.
- 18 M. S. Lucas, evangel.
- 19 J. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio.
- 20 V. S. Feliciano, ob.
- 21 S. Hilarion, ob.
- 22 D. S. Felipe.
- 23 L. Stos. Pedro Pascual y Donato, obs.
- 24 M. S. Rafael Arcángel.
- 25 M. S. Gavino, mr.
- 26 J. S. Evaristo, papa.
- 27 V. S. Vicente y sta. Sabina, mrs.
- 28 S. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstoles.
- 29 D. S. Narciso, ob.
- 30 L. S. Marcelo, mr.
- 31 M. S. Nemesio.



NOVIEMBRE



- 1 M. ✠ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 J. La Commem. de los fieles difuntos.
- 3 V. Los innum. Mártires de Zaragoza. — S. Armengol, ob.
- 4 S. S. Carlos Borromeo.
- 5 D. S. Félix, mr.
- 6 L. S. Severo, ob.
- 7 M. S. Florencio, ob.
- 8 M. S. Victorino, mr.
- 9 J. S. Teodoro, mr.
- 10 V. S. Andrés Avelino.
- 11 S. ✠ SAN MARTÍN, ob. patrón principal de esta Archidiócesis.
- 12 D. *El Patrocinio de Ntra. Sra.* — Stos. Martín y Rufo.
- 13 L. San Estanislao de Koska.
- 14 M. S. Clementino, mr.
- 15 M. S. Eugenio, arz.
- 16 J. S. Rufino, mr.
- 17 V. Stos. Gregorio, Taurmurgoy y Victor.
- 18 S. Máximo, ob.
- 19 D. S. Ponciano, papa y sta. Isabel, reina de Hungría, vda.
- 20 L. S. Félix de Valois.
- 21 M. Present.ª de Ntra. Sra. — S. Alberto.
- 22 M. Sta. Cecilia, vgn.
- 23 J. S. Clemente, papa.
- 24 V. S. Juan de la Cruz.
- 25 S. Sta. Catalina, vgn.
- 26 D. Los Desp. de Ntra. Sra. y s. Fausto.
- 27 L. S. Fausto.
- 28 M. S. Gregorio III, p.
- 29 M. S. Saturnino, mr.
- 30 J. S. Andrés, apóstol y sta. Justina, vgn.

M. C. V.
 CAPRICORNUS


DICIEMBRE

- 1 V. S. Eloy, ob. y cfr.
- 2 S. S. Silvano, ob.
- 3 D. *I de Adv.* — S. Francisco Javier, cfr.
- 4 L. Sta. Bárbara, vgn.
- 5 M. S. Sabas, abad.
- 6 M. S. Nicolás de Bari.
- 7 J. S. Ambrosio.
- 8 V. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SMA. — San Sifronio.
- 9 S. Sta. Leocadia, vgn.
- 10 D. *I de Adv.* — Ntra. Sra. de Loreto y sta. Gorgonia.
- 11 L. S. Dámaso, papa.
- 12 M. S. Donato.
- 13 M. Sta. Lucía, vgn.
- 14 J. S. Nicasio, ob.
- 15 V. Stos. Eusebio, ob. y Fortunato.
- 16 S. S. Valentin.
- 17 D. *III de Adv.* — S. Lázaro, ob.
- 18 L. Espectac. de Ntra. Sra. y s. Teótimo.
- 19 M. S. Nemesio, mrt.
- 20 M. Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.
- 21 J. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
- 22 V. S. Demetrio, mrt.
- 23 S. El beato Nicolás.
- 24 D. *IV de Adv.* — San Luciano.
- 25 L. LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
- 26 M. S. Esteban, protimr.
- 27 M. S. Juan, apóstol.
- 28 J. Los Stos. Inocent.
- 29 V. Santo Tomás Cantuariense, obispo.
- 30 S. S. Severo, mrt.
- 31 D. S. Silvestre, papa.



EL BESO



COPIA DE UN CUADRO DEL REPUTADO PINTOR ESPAÑOL.

VICENTE NICOLAU COTANDA

Vicente Nicolau Cotanda

Lo que debió ser una nota biográfica del artista, quizá un estudio de su temperamento y de sus obras, ha venido á trocarse, por ley fatal, en una página necrológica, escrita con lágrimas y depositada con mano sincera sobre el sepulcro del amigo perdido.

Pasarán muchos años y mi alma conservará el recuerdo de la sensación dolorosa experimentada al conocer la repentina muerte de Cotanda.

Le hablé por última vez en el Club Español. *Aquella* noche inolvidable en que una cita del patriotismo nos congregó á todos allí.

Cuando volví á verle descansaba ya en el féretro cubierto de palmas y flores, en una estancia modesta, pero con honores de regio camarín.

Una hermosa tela de Cotanda, *La Virgen de los Desamparados*, velaba á la cabecera el último sueño del artista valenciano. *Ella* fué la que recogió su último suspiro; *Ella* la que extendió su manto protector en el solemne instante en que el creyente sincero, el hombre bueno, el padre ejemplar, el amigo leal, el artista honrado, se desposó con la muerte.

Á los pies de la Virgen, la gloriosa Señera de Valencia, inspiradora de tantas y tan nobles iniciativas del artista devoto de su Virgen y adorador de su emblema regional.

No cabía apoteosis más hermosa que la que se improvisó á Cotanda, apelando á la evocación del supremo anhelo de su alma y de las más viriles aspiraciones de su pensamiento.

* * *

Nació en Valencia en 1852.

Su vocación de pintor se manifestó tan decidida y vigorosa que sus maestros, Montesinos y Pinazo, llegaron á temer que la fatiga consiguiente á largas sesiones de estudio, acabasen por vencer su naturaleza, robusta en apariencia, pero amagada en realidad de graves perturbaciones.

Infatigable, febril, apasionado del arte, todo lo sacrificó á sus sueños de artista.

En sus producciones copiosísimas, podrán señalarse errores de interpretación; el dibujante y el colorista aparecerán deficientes para alcanzar el triunfo decisivo; pero el pensador salió siempre triunfante.

Unas veces por el deajo sentido de sus sencillas composiciones, otras por el estro vigoroso que le impulsó á la interpretación de creaciones inspiradas en la musa del canto épico ó del poema romántico, siempre reveló una delicadeza de sentimientos tan intensa que al reflejar en sus telas cautivaba al público con incontrastable poder de sugestión.

Testimonio elocuentísimo de los purísimos manantiales en que bebió su inspiración el malogrado artista son sus grandes lienzos *La visión de fray Martín*, premiado en la Exposición nacional de Madrid de 1881, página pictórica de tan alto vuelo como la misma estrofa escultural de Núñez de Arce, reconstruída por el artista, y *El monte de las ánimas*, cuadro fantástico, inspirado en el poema de Becquer.

Al abordar los asuntos históricos, conquistó laureles con sus telas *La expulsión de los moros de Valencia* y *La*

presentación del cadáver del general Alvarez ante el pueblo de Figueras.

De esta última obra que conozco, puedo decir que es una nota sentida y vigorosa, que rebosa estudios del natural, ejecutada á conciencia y de buena casta de color. Falta á ese lienzo esos alardes de paleta que revelan la presencia de la mano misteriosa del genio y resuelven la impresión general y el juicio definitivo, pero ostenta en cambio vigor, lozanía, madurez, inspiración sana, robusta, y todo el carácter exigible en las interpretaciones históricas.

* * *

Pero el Cotanda más en consonancia con su manera de ser y de sentir, todo llaneza, todo honradez, todo corazón, fué para mí el pintor de tipos y escenas característicos de la huerta de Valencia.

El beso es una nota amorosa, sentida, apasionada, pero sobria, sin rebuscamientos, tal como cuadra á la ternura de la escena, á la sencillez de sus protagonistas, á la pureza de sus ideales.

Es un beso que suena tímido, leve, en unas mejillas de grana, pero que llega al alma como un canto de amor.

Las primeras letras, cuadro premiado en Cádiz, en cuyo Museo provincial se conserva, rebosa también ternura.

Preparativos de boda, *La serenata*, *El banco de los canónigos* y otros que escapan á mi memoria, son creaciones deliciosas de Cotanda, en las que el artista se complacía en manejar la sátira con delicadeza, persiguiendo el éxito, no con la acentuación caricaturesca de los tipos y la reconstrucción chavacana de las escenas, sino em-

*

pleando el detalle, hijo de la observación sagaz y del estudio detenido.

* * *

Al trasladarse á Buenos Aires, buscó en los paisajes de la Pampa y en el *Gaicho* de antaño, motivo para sus creaciones.

Trabajador incansable, estudió con ahinco para llegar á dominar lo que con frase pintoresca podría llamarse el país, el paisaje y el paisanaje. En algunas telas rayó cercano al acierto, pero á mi juicio Cotanda no llegó á sentir ni el *Gaicho* ni la Pampa.

Esta ausencia de sentimiento, de verdadero espíritu creador, pude observar, y se lo manifesté á Cotanda á raíz de su exposición, en sus pinturas *Fusilamiento de Dorrego* y *Herida del general Mitre en el combate de Corrales*, inspirados en dos páginas de historia argentina contemporánea.

En creaciones de esta índole, debe percibirse á simple vista el alma del pintor que encariñado con el asunto lo ha ido madurando en silencio, lo ha trasladado al lienzo con resolución guiado por un ideal patriótico, por una pasión partidista, por un fanatismo de secta.

Estos cuadros los pinta el alma. Cuando está ausente el sentimiento, la destreza de la mano, al manejar el pincel, es mecanismo.

* * *

No es posible olvidar el paso de Cotanda por la *Columna artística*, que se contó entre sus fundadores, y á la que perteneció sin interrupción todo el accidentado período que cuenta de existencia esta asociación.

Predicando con el ejemplo, él, que era un maestro, concurría noche á noche, con su cajita de colores á la clase de natural, y allí permanecía las horas reglamentarias manchando la tablita ó el bloc con el mismo cariñoso afán de quien recibe las primeras lecciones.

En la Exposición que organizó la *Colmena artística* el año último, Cotanda presentó tres obras de aliento: *Herida del general Mitre*, *Rosas y espinas* y *Santa Rosa de Lima*.

Algo he dicho de la primera, pero quiero repetir lo que escribí de las otras dos cuando estuvieron en exposición. *Rosas y espinas* es una obra digna del genial Pinazo, maestro por quien sentía Cotanda verdadera veneración; la *Santa Rosa de Lima* es digna compañera de la famosa *Santa Clara* del gran Domingo.

No recuerdo si se le regateó á Cotanda el gran premio de honor debido á sus obras de maestro, pero no me olvidaré jamás de que el público unánime le proclamó triunfador.

Estos fueron los últimos laureles conquistados por el artista.

Más tarde, la *Asociación Patriótica española* solicitó su concurso para la organización de los pabellones regionales en las grandes fiestas españolas, y Cotanda improvisó una *barraca* de irreprochable carácter valenciano exterior é interiormente. Aquel rincón de Valencia, surgido de improviso, fué uno de los atractivos más poderosos en las noches de aquella inolvidable verbena que se prolongó algunas semanas.

Después..... la noche *aquella* en el Club Español, la enfermedad, la muerte!

JOSÉ ARTAL.

Buenos Aires, 1.º Agosto de 1898.

JUGANDO A LAS MADRES



— ¡Qué muchacha encantadora!

— ¡Y tan buena! nunca llora;
¡es un ángel!

— Ya se ve...

Y dígame usted, señora,
¿cuántos hijos tiene usted?

— El cielo me ha concedido
dos gemelas...

— ¡Suerte ha sido!
¿y usted las cría?

— A ambas, no;
á ésta, la crío yo...

— ¿Y á la otra?

— Mi marido.

Dibujo de J. Luis Pellicer.

Fray Luis de León



SIENDO fraile, es poeta;
y como el arte su razón no ofusca
cierra los libros místicos
y el libro eterno de los sabios busca.

Lo busca, por la senda
que él indica: en los sitios escondidos,
donde cantan los árboles,
donde bullen las aguas y los nidos.

Donde, ante Dios, oficia
naturaleza, y en su altar inmenso
es sacerdote el águila,
el sol antorcha, la montaña incienso!

Horacio lo acompaña;
y los versos del lírico latino
de su emoción intérpretes
su sangre bañan de un licor divino.

Se entusiasman las odas;
y lejos de la celda y del convento
enlaza, en dulce vínculo,
ideas de Horacio, al propio pensamiento!

Mas va tras él, porfiada,
mintiendo amor cristiano, la sospecha;
y con tesón hipócrita,
sombra infernal, la Inquisición lo acecha.

Ella no quiere libros,
no ama poetas, ni la atraen sabios;
quema cuadros y estatuas,
pone mordaza á espíritus y á labios!

Y ella dice: «Ese fraile
es pagano; juzgado y que escarmiente!

Su mundo no es el claustro;
tiene otra esfera el mundo de su mente!»

—
Fray Luis los oye y calla.
Reverbera en su faz la luz serena
que embellece á los mártires.
Nada ve el Santo Oficio, y lo condena!

—
¡Insensatos! La obscura
noche lo envuelve. Libros, manuscritos,
recoge el odio estúpido
y una hoguera devora esos delitos.

—
Mas su ingenio, insensatos,
irá á alumbrar futuros idéales;
á sembrar nuevos gérmenes,
á reflejarse en obras inmortales.

—
Sus versos se repiten
y se imprimen, burlando los enconos;
se esconden los fanáticos,
cambia España de leyes y de tronos;

—
Y del fraile y poeta
perdura el nombre y de año en año gana;
y son las odas, cánticos,
prez del arte y del habla castellana.

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile, Mayo de 1898.

Dibujo de F. Prieto.

—
EPIGRAMA

—¿Conque se hizo astrónomo, Comellas?
¡desdichado mortal! no hay, de seguro,
peor oficio...

—¿Por qué?

—Porque es muy duro
pasar la noche *viendo las estrellas.*



D. Rafael J. Contell

D. Rafael J. Contell

Nació en Valencia, la encantadora ciudad del Turia. Después de cursar el primer año de Derecho en la Universidad de dicha población, abandonó sus estudios para consagrarse á la pintura.

Al efecto se trasladó á Madrid, donde se inició en el arte, bajo la dirección del eminente pintor Martínez Cubells y siguió sus estudios con aprovechamiento en la Academia de San Fernando, hasta que en 1880 pasó á Italia como pensionado de su provincia natal.

Allí se dedicó con preferencia á la pintura de género, en la que hizo visibles progresos, habiendo obtenido honrosos premios en diversas Exposiciones, tales como la regional de Valencia (1883), y la de Roma (1884).

A partir de 1885 dejó de cultivar el género aludido para dedicarse exclusivamente á la ilustración de actualidades, entrando á formar parte de la colaboración artística de *La Ilustración Española y Americana*, de la *Artística*, y de la *Italiana* hasta 1886, que se trasladó á Nueva York en calidad de dibujante del semanario *Frank Leslie's*, que gozaba de gran circulación é importancia.

Posteriormente desempeñó igual cargo en el *Monde Illustré* de París, hasta 1890, que se dirigió á la República Argentina, ingresando como colaborador artístico en *El Sud Americano*.

La importancia de las citadas publicaciones da la medida de los méritos artísticos del señor Contell, mejor que cuanto pudiéramos decir nosotros, puesto que sólo los dibujantes de verdadero valer pueden alcanzar la honra de colaborar en ellas.

En 1892 fundó el señor Contell *La Ilustración Sud Americana*, de la que es propietario, y cuyas condiciones artísticas, así como excelente texto, la colocan á la altura de las mejores publicaciones de su género, habiendo contribuido al éxito justo y merecido de que goza, la acertada dirección que aquél ha sabido imprimirle. —***

La poesía

Cuando la voz de un ser que se levanta
resuena en el hundido firmamento;
cuando corre llevada por el viento
la estrofa que al espíritu agiganta;

Cuando el bardo no llora sino canta
haciendo del dolor y el sentimiento
lo que hace el ruiseñor con el lamento
que llega á sus oídos y le espanta;

Entonces la poesía refulgente
da en su seno terrible sacudida
y lo mismo que á Lázaro el creyente

Dice á la humanidad adormecida:
¡Levántate, mujer, alza la frente,
bebe en mi luz y te daré la vida!

Buenos Aires, 1898.

SALVADOR FORNIELES.

EPIGRAMA

—Vamos... ¡á escape, cochero!
calle de...

—No puede ser.

—¿No es tu coche de alquiler?

—Particular, caballero.

—¿No es cierto!

—Lo he de probar,
si en sus dudas se mantiene.

—Pues yo insisto en que no tiene
nada *de particular*.

bloviendo

¡Cuánta perla desprendida
va cayendo lentamente
sobre el suelo!
¿Es que llora mi querida
de su tierno amor ausente
desde el cielo?

Lluvia que caes mansamente
siendo á la tierra y al hombre
saludable,
dime si irás á la fuente
donde yo grabé aquel nombre
tan amable.

Dí si pasó entre las nubes
el alma de mi adorada
suspirando;
ó si en trono de querubes
la divisaste sentada
gobernando.

Dí si en las revueltas olas
donde esas aguas cogiste
hiel había...
¡Lágrimas que vertí á solas
cuando de su lado, triste
me partía!

Dí si viste por el viento
suspiros míos vagando
tristemente;
si contestó á mi lamento
otro pecho suspirando
dulcemente.

Dí si al cefirillo mío,
de suspiros mensajero,
detrás dejas;
si en el piélago vacío

le has visto cruzar ligero
con mis quejas.

Dí si escuchaste el sonido
de una campana vibrante...
Y si es cierto
que ausencias causan olvido,
porque la crea constante,
dí que ha muerto!

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires.

Muerta

Fué una noche de bárbaros martirios
cuando mis ojos la miraron muerta,
acostada en la caja descubierta
á la luz tremulante de los cirios.

En sus manos más blancas que los lirios
brillaba un crucifijo. En la desierta
sala, triste, apoyado en una puerta,
la miraba flotar en mis delirios.

Después, con paso lento y silencioso
me acerqué al ataúd. Su rostro hermoso
sonreía con magia y embeleso;

Y admirando aquel resto de belleza,
incliné, sollozando, la cabeza
y en sus labios dejé mi último beso.

EMILIO BERISSO.

Buenos Aires.

EPIGRAMA

— ¿Por qué se llama, papá,
malva esta planta tan fea?
— Porque siempre que se emplea
en una casa, *mal va*.

Visiones del alcoholismo



— ¡Hombre! ¡beba usted, por Dios!
 — El vino ya no me alegra...
 — ¿Por qué causa, voto á brios?
 — Porque en lugar de una suegra,
 cuando bebo, veo... dos.

Dibujo de J. Cabrinety

— | —
 EN EL ÁLBUM

DE LA

Srta. Clemencia Blancos

¡Qué arte exquisito revelas,
 qué arte en los cuadros que ví!
 Son tus lindas acuarelas
 como encajes de Bruselas
 ó blondas de Chantilly.

Buenos Aires.

VICTORIANO E. MONTES.

El libro

Un buen libro, un libro que instruya recreando, que nutra el espíritu con ideas adversas al egoísmo é infiltre en el corazón sentimientos de conformidad con la propia suerte; un libro que reúna estas cualidades en consorcio ameno, confortante é ilustrativo á la vez, es el mejor amigo que uno pueda tener. Da sus consejos sinceramente, con disimulo, sin jactancias, con absoluta prescindencia de toda idea retributiva y no mengua el amor propio del beneficiado; informa ó deleita sin esperar aplausos ni manifestaciones de gratitud.

Cuando no se dispone de alguna práctica en la elección del pasto intelectual, no es siempre fácil dar con un buen libro en medio del fárrago enorme de las producciones literarias tontas, aburridas ó directamente perjudiciales al lector inexperto. Sucede con los libros lo que con los llamados amigos, que abundan por poco que uno se empeñe en rodearse de una corte de parásitos; pero éstos, desgraciadamente, sólo sirven para entretenerse con ellos durante unos cinco minutos á lo sumo, en el cambio de media docena de mentiras convencionales. Yo conozco desde muchos años atrás una porción de individuos que tal vez dicen ser mis amigos, de quienes ni sé cómo se llaman, de qué oficio ó beneficio viven, ni dónde moran; y con quienes converso á menudo sobre cosas indiferentes para llenar una hora de ocio del baño turco, sin que me inquiete el menor deseo de conocer las condiciones personales de mis interlocutores, porque sé, por experiencia, que la casi totalidad de los bimanos omnívoros maldicientes, que forman la poco interesante espe-

cie *Homo Stultus, L.*, pierde enormemente en cuanto se les llega á conocer de más cerca.

Pero hasta el mal libro es mejor compañero que el mal amigo, porque si aquél me aburre ó me cuenta tonterías inverosímiles puedo tirarle con rabia á un rincón y puedo mentalmente llenar de improperios á su autor sin correr el riesgo de que éste reaccione, como había de suceder con el mal amigo, si se hallase en idéntico caso.

Todos los libros son más ó menos recomendables mientras enseñan algo útil ó simplemente bueno; no así los eróticos, los aburridos y los parasitarios, que son inservibles, y los pornográficos, que son directamente perjudiciales. Los libros eróticos sólo llenan las cabezas juveniles de locos vientos románticos; los aburridos agrandan demasiado la boca del lector con los inacabables bostezos; pero, en cambio, tienen cualidades soporíferas inestimables; y los parasitarios le inoculan la perversidad del crítico mordaz, tornándole poco á poco amarillo y verde de rabia, envidia y despecho. Los libros pornográficos sugieren á la juventud prácticas que marchitan antes de tiempo las energías vitales propias de la edad, y son, por lo tanto, malsanos en los sentidos moral y patológico de la palabra.

La sugestión del pensamiento por medio de la palabra impresa es enorme; piénsese sino en los efectos que ha producido la misma Biblia, en la parte que trata del Antiguo Testamento; el Alcorán, los escritos de Voltaire, Rousseau y de los enciclopedistas del siglo pasado, y los que produce hoy mismo cualquier artículo de diario, si está inspirado por el innoble y á la vez lucrativo deseo de armar un escándalo ó de socavar una reputación. Por lo mismo que es tan grande el poder de sugestión del pensamiento impreso, se merecen una palabra aparte los

libros que tratan de crítica. Cuando ésta es meramente objetiva y al señalar los defectos apunta los remedios, sin lastimar el amor propio del autor, se está en presencia de una crítica que persigue el bien, y que, por lo mismo, es respetable; en condiciones opuestas se halla la crítica corrosiva que sólo destruye; la crítica meramente *compadrona*, que permite á cualquier tonto pavonearse de sabihondo. Los críticos benévolos y competentes se parecen á las sanguijuelas cuya mordedura cura, mientras que los perversos son como las víboras que envenenan cuando hincan el diente. Estos últimos disfrutan generalmente, respecto de las víctimas, de la enorme ventaja de no haber producido nada que valga la pena de ser discutido.

Mirando las cosas bien de cerca, se apercibe uno, á la corta ó á la larga, de que todo en este mundo es relativo, y que, por lo mismo, no puede siempre decirse en derechura que tal libro es bueno, ó tal otro es malo. No hay libro malo que no esté escrito al gusto de algún espíritu indigente, desequilibrado ó enrevesado; ni hay libro, por malo que sea, que no tenga escondida en la sarta de sus ineptias una que otra idea digna de ser conocida. Más de una vez se ha observado que una idea pobre y acaso inexacta ha despertado en un cerebro bien organizado toda una serie de pensamientos luminosos.

Unos tres ó cuatro siglos há, constituía la rareza de los libros un obstáculo al progreso de las ciencias; hoy puede casi decirse que el exceso de la producción literaria confunde. Hasta en el cielo, en medio de la vía láctea, existe una *officina typographica* entre las constelaciones del perro, del carnero y del unicornio.

El libro es de todas las mercaderías una de las más raras. Le imprime gente que no le entiende; le encua-

derna gente que no le entiende; le vende gente que no le entiende, y muchas veces le escribe, le lee y le critica gente que no le entiende. En apoyo de lo que acabo de afirmar, es decir, que ni los mismos autores saben á veces lo que dicen, citaré una obra que apareció no há mucho bajo el solemne título de «Apuntes preliminares de una excursión á los territorios nacionales del Neuquen, Río Negro, Chubut y Santa Cruz,» y en la cual obra dice el turista que cuenta en ella sus andanzas una porción de veces cosas muy distintas de las que quería decir, dando con ello á sus expansiones literarias un pronunciado carácter de galimatías, si no sostenido, al menos intermitente. Y no vayas á creer, lector, que el plumista del cuento es un tarambana cualquiera; no, es un personaje de muchos retintines, y, para mayor abundamiento, es una de las cumbres más desdeñosas entre las pocas que se yerguen sobre el achatamiento de nuestro reducido mundo intelectual.

¿Cuántas no son las impaciencias del autor primerizo por ver el fruto de sus meditaciones en forma de libro? Sólo la madre que acaba de dar á luz un hijo puede experimentar las satisfacciones de que goza el autor que se inicia en su vocación cuando la imprenta le entrega los primeros ejemplares de su obra. Con tal de ver ésta cuanto antes, ni se suelen dar la mayor parte de los escritores el tiempo suficiente para madurar bien sus ideas y aliñar la forma en que las emiten. ¿Y cuántas no son las esperanzas de gloria y provecho que los autores cifran en éste su primer engendro? Pero ¡ay! viene la crítica y ¡adiós, ilusiones! La obra es un mamarracho, y si el mamarrachista tiene un poco de ese talento que se necesita para vivir distanciado de los garrotazos que suele distribuir el destino, comprenderá pronto que menos

amargo es el pan que come el vendedor de libros que el que la suerte depara al escritor, y se hará librero.

Los libreros, que entienden comunmente tanto de libros como cualquier vendedor de *repollos*, miran con desdén á los autores, probablemente porque ganan más que éstos. Esta diferencia de lucro entre el productor y el vendedor no se observa sólo en el terreno intelectual, sino en todos los terrenos. El comerciante, con menos trabajo, menos talento y menos saber, saca de cualquier producto más provecho que el creador de la mercadería, y eso sólo porque arriesga capital y se halla en situación de reembolsarse lentamente, pero con creces, el gasto hecho en sus adquisiciones, vendiéndolas á medida que se presentan compradores.

El libro recreativo desaparece de la circulación cuando ha satisfecho la curiosidad de un número más ó menos grande de lectores; el libro científico y de consulta, cuando aparece otro mejor y más completo que le reemplaza. Una existencia algo más larga sólo queda reservada á los monumentos literarios, á los libros que son modelos en el arte del bien decir y á las obras que han de servir como uno de los términos de comparación en los tiempos venideros. El pensamiento, una vez emitido, es indestructible en su esencia, pero en cambio el papel que le lleva adherido tiene un triste fin. Pomposos versos, críticas escupideras, lucubraciones eruditas, hilarantes derrames humorísticos, descripciones pictóricas, novelas emotivas, discursos arrebatadores, todos esos ciclópeos esfuerzos del espíritu acaban su existencia material en la balanza del *chanchero*, en las hornallas de la cocina ó en los usos higiénicos que no son para dichos en letras de molde.

Más de uno debe su carrera, sus tendencias y hasta

*

su valimiento profesional á un libro que la casualidad ha puesto en sus manos de adolescente, y no pocas son las muchachas que han perdido ocasiones propicias para casarse razonablemente, debido tan sólo á la lectura asidua, y lo que es peor, creyente, de novelas tontas que, á la vez que les han llenado los sesos de chifladuras, las han tornado ridículas é inadmisibles como esposas.

Hay libros mal escritos, y, lo que es peor, aburridos, que tienen una gran suerte, que son un buen negocio de librería, mientras que otros, que se hallan en las condiciones inversas, no alcanzan ni siquiera á costear sus gastos de impresión: *habent sua fata libelli*.

Los libros no son á menudo más que síntomas de un espíritu enfermo, y no falta quién compara los discursos con diarrea, los versos con fiebre, los epigramas con sarna, las críticas con ictericia, etc.

Ignoro si lo mejor de cuanto puede decirse se ha dicho ya ó no, pero parece que sí, porque de otro modo no se explicaría el colosal predominio de las obras de mera recreación ó pasatiempo sobre los que persiguen la cultura y el enriquecimiento del espíritu.

Una buena colección de libros es, en verdad, como decía la inscripción de la famosa biblioteca de Alejandría, un *sanatorio para el alma* del hombre moralmente abatido, pero esto no quita que los amantes de los libros deban distinguirse en dos especies, en bibliófilos y bibliómanos. Los primeros, personas estimables si las hay, aman la buena lectura, la que ilumina el espíritu y eleva el corazón; se encariñan con el contenido de los libros; los segundos, farsantes de tomo y lomo, sólo quieren éstos por su rareza, por su subido precio, ó por sus tapas lujosas, para emplearlos en destinos decorativos y de

ostentación. Bibliófilo es el hombre cuerdo que sabe estimar en lo que valen los bienes del espíritu; bibliómano, en cambio, es el advenedizo, el choricero enriquecido, que sólo tiene libros para embaucar á sus visitas, para hacerlas creer que es un filósofo, es decir, un amigo del saber, cuando en realidad no es más que un amigo del no saber nada, una especie de *Know-nothing* por el estilo de los que en los Estados Unidos brutalizaron la civilización durante algún tiempo.

FRANCISCO LATZINA.

Buenos Aires, 1898.

Pretérita

Yo no puedo creer que no has creído
en el amor que tanto te he jurado,
ni que deba probar lo que probado
por obra propia del amor ha sido...

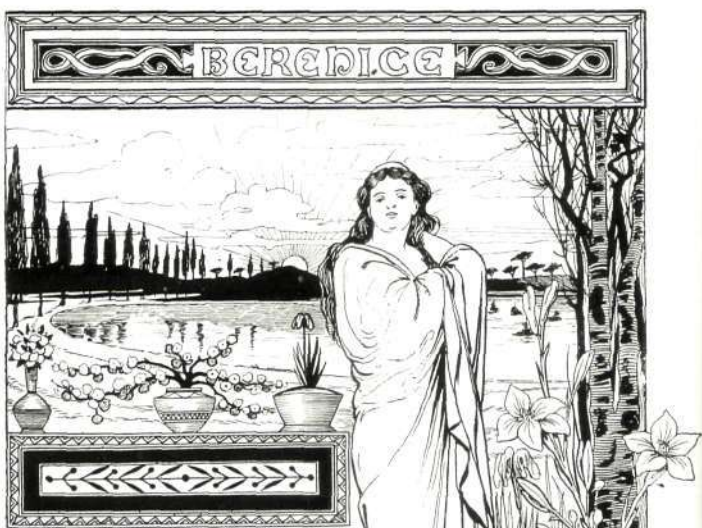
Si no viste tu amor correspondido
— pues, no fuerza el amar á ser amado, —
¿cómo tanto favor solicitado
como premio á mi amor fué concedido?...

Si no tenías de mi amor certeza,
¿cómo premiaste así sus falsedades?...
pues, dudas de mi amor, mi duda empieza:

Ó son las dudas tuyas nimiedades,
ó no ha sido tu amor sino flaqueza
y todos tus favores liviandades!...

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ.

Montevideo.



(FRAGMENTO)

*¿Qué sugestión extraña
 [te poseyó un momento,
 ¡oh Berenice!... Hablabas
 [y el quejumbroso viento
 arrebató tus últimas
 [palabras... Sumergía
 en las lejanas cuembres
 [su majestad el día,
 y sus postreros rayos iluminando el monte
 forjaban un incendio violeta... El horizonte
 era un hirviente abismo; un gran estanque de oro,
 sembrado de islas áureas; un mágico tesoro.*

*Vagabas, melancólica, por la ribera oscura
 del lago azul y pérfido... Tu pálida blancura
 pasaba ante mis ojos en espiral ligera,
 como un gran lirio enfermo flotando en la ribera.
 ¿Quién te condujo, entonces, hasta mi lado?... El cielo
 brillaba con luz lívida, como á través de un velo,
 con un fulgor opaco de luna agonizante,
 un raro fulgor tímido, fantástico y distante.
 Altos cipreses rígidos bordaban el camino,
 altos cipreses rígidos y lúgubres... Sin tino,
 marchabas persiguiendo tu sombra pasajera,
 como un gran lirio enfermo flotando en la ribera.*

Ginebra, 1898.

LEOPOLDO DÍAZ.

Dibujo de P. Eriz.

Tipos populares de Chile



Güendar que está bien regüena



El nido de ruiseñores

Á LA BELLA Y DISTINGUIDA SEÑORITA

MARÍA EUGENIA VILA

De mi edad en los verdes,
cuando entendía el lenguaje
de las aves y las flores,
ví una noche, en el bosque,
un nido de ruiseñores.
Y pude oír, por fortuna,
lo que se charlaba en él,
mientras tendía la luna,
sobre aquella aérea *cuna*,
como plateado dosel.
—¿Sabéis, dijo un ruiseñor
á su auditorio parlero,
que he visto, no sin dolor,
caer un rubio lucero
en el cáliz de una flor?

Vedle, entre mares de plata,
brillar, cual áureo tesoro,
en el seno de la ingrata...
—No es un lucero: se trata
de una luciérnaga de oro.
—Pues te equivocas, hermano;
flor tan delicada y pura
y de hechizo soberano,
¿ha de querer, por ventura,
á un miserable gusano?
¿No acoge mi tierno amor
con desdén altivo y fiero?
¡ Ah! sólo puede una flor
despreciar á un ruiseñor
por un hermoso lucero.
—Pues esa unión que te enfada,
á mí me causa placer,
ya que, ¡oh dicha anhelada!
de tal connubio ha de ser
el fruto de amor: un hada.

Hoy, tus hadaicos primores
al ver, Eugenia, he creído
en aquel cuento de amores
que hizo llegar á mi oído
el nido de ruiseñores.

Dibujo de Apétes Mestres.

CASIMIRO PRIETO.

— x —
EN EL ÁLBUM

DE LA

Sra. Sara Neuhaus de Hedgard

Por lo buena y hermosa
coronaste tu frente de azahares.
Debes ser tan dichosa
como la tierna esposa
del divino Cantar de los Cantares.

¡Sé feliz! Que tu dicha no termine
y vivas de manera
que ese rayo de sol siempre ilumine
una eterna y florida primavera.

RUBÉN DARÍO.



El amante incendiario

Todo el mundo conoce los horrosos desastres ocurridos en el castillo de Ruremonde, ocasionados por el más espantoso incendio.

Es imposible olvidarlos, porque los periódicos relataron con mil detalles la horrible catástrofe; infinidad de personas se vieron sorprendidas por las llamas al final de un baile campestre; gritos de dolor, miembros magullados, y, finalmente, los techos de las habitaciones que se desploman sobre las infelices víctimas.

Pero lo que todos ignoran, son las causas que produjeron este accidente; unos á otros se preguntan cómo pudo el fuego penetrar con tanta furia en el castillo é invadirlo en un momento.

Yo he podido descubrir el secreto, y voy á referirlo para gloria del amor.

En el fondo de un saloncito muy distante del gran salón de baile, dos niños, dos prometidos, él de veinte años y ella de diez y seis, felices y contentos, se hablaban muy bajito, prodigándose apasionadas é inocentes caricias, porque se amaban con infinita ternura.

De repente la niña, mientras que su amigo murmuraba á su oído frases deliciosas, se desprende del tocado una margarita que había arrancado pocos momentos antes del fresco tallo, y la pregunta si la quiere su novio.

Tranquilo, satisfecho, seguro de su amor y lleno de fe en la sinceridad de la flor, el joven amante, veía los pequeños y sonrosados dedos de su amiga, arrancar una por una las blancas hojas.

Pero ¡ah! que un sudor frío inunda su frente, palidece, tiembla y se siente próximo á desfallecer; él acaba de contar con una rápida mirada las que todavía quedan, y ve con terror que la respuesta será negativa.

¿Concebirá la graciosa joven, por una cruel mentira de la margarita, sospechas sobre la firmeza é intensidad del amor que la profesa?

Sin vacilar un solo momento, coge el candelabro que

está sobre la chimenea, y mientras la niña suelta llena de terror aquel resto perfumado que aún no ha concluído de deshojar, aplica la llama á las colgaduras de gasa que arden con rapidez suma, y bien pronto se comunica el fuego á todo el castillo.

Desde entonces, cuando se habla delante del enamorado doncel de las víctimas y desastres que ocasionó el incendio, siente pesar y tristeza, porque es noble y compasiva su alma, pero ni la más ligera sombra de remordimientos.

Fué muy lamentable que perecieran tantas personas, pero hubiera sido verdaderamente criminal dejar que una duda penetrase en el corazón de su amada, haciéndola sufrir todas las torturas de la desconfianza.

CÁTULO MENDES.



Dibujos de E. Estevan.



AL REPUTADO ESCRITOR URUGUAYO

SR. JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Dijo una nevada rosa
escarchada de rocío,
á una linda mariposa
que volaba presurosa
hacia la margen del río:
— ¡Mucho se madruga, hermana!
aún la aurora está lejana...
¿ Vas á alguna fiesta, acaso,
que sales tan de mañana
con tu vestido de raso?
— No me gusta el curioseo,
y haces mal en olvidar
que hasta en una rosa es feo...
¿ Sospechas un devaneo?
— ¡ Hija! ¡ qué he de sospechar!
— Ya sabes que soy esquivia
del amor á los arrullos
y lo seré mientras viva;
conque adiós, bella cautiva...
mil besos á tus capullos.
— ¿ Por qué te vas tan ligera?
— Perdóname; hay quién me espera
y debo partir al punto;
tengo que hablar de un asunto
á un... clavel.
— ¡ Habrá embustera!

—Me ofendes de un modo cruel
con ese lenguaje, rosa.

—A la verdad no eres fiel.

—¡Te juro!...

—No es un clavel

quien te espera, mariposa.

—Pues para expresarte así
algo sabrás, que yo ignoro.

—Sé que amas con frenesí

á cierto insectillo de oro

que ha enloquecido por tí.

Y sé que cuentan... horrores,

de esa pasión malhadada,

los arroyos bullidores

y el Céfito en la enramada...

—¡Valientes *murmuradores!*

¡El Céfito!... su albedrío

rindióme, al ver mi donaire,

y le hiere mi desvío...

—¿Le desdeñas?

—¡Bah! me río

de un amor que es sólo aire.

Nada á hechizarme le ayuda...

¡pero aquí viene, sin duda!

contempla aquella amapola

cómo mueve la corola...

—Es que le vió... y le saluda.

¿Eso te admira?

—¡Ah, tunante!...

¡escándalo semejante!

—¡Por Dios! ¿qué ocurre?

—¡Que ha impreso

un apasionado beso

en su corola brillante!

—Ilusión tuya...

—¡Por vida!...

no es ilusión; la ha besado

y ha huído de ella en seguida...

¡Observa cómo ha quedado

la amapola, de encendida!

¡Vaya un idilio inmoral!

no es posible, sin desdoro,

contemplar escena tal,

y por vergüenza y decoro

abandono tu rosal.

—¿Un beso puro é inocente
te asusta? ¡qué timorata!

—Y no es á mí solamente...

¡Mira cómo está la fuente
echando chispas... de plata!

—Pues no ves más que visiones,
harás bien, hija, en marcharte,
para ahorrarte desazones.

—¡Abur!

—Abur... ¡y expresiones
al insecto, de mi parte!

—¿Le conoces?

—¡No que no!

—¿Por qué te sonríes?

—¿Yo?

—(¡Me las pagará el gandull!)

—Ayer me lo presentó
una libélula azul.

—(Alguna perdida). Ignoro
de qué insectillo se trata,
ni si viste, por decoro,
bruñida coraza de oro
ó corselete de plata.

—Pues él confesóme ayer
que le adoras, y á no ser
tu amor más disimulado,
le vas á comprometer,
porque el insecto... es casado.

—¿Qué dices? ¡calumnia tal!

—Conque deja mi rosal,
que allá, en el bosque umbrío
que se extiende junto al río,
mirándose en su cristal,
te aguarda el insecto de oro
para ofrecerte el tesoro
de amor *puro*, en que se enciende,
ya que esa pasión no ofende
ni lastima tu decoro.

Sumida en dulce embeleso,
con tu tierno amante á solas,
no sufrirás con exceso
viendo á Favonio, travieso,
besar á las amapolas.

— Si nada su amor refrena,
 su falta, ¿á quién no sulfura?
 — Tienes razón: se condena
 la falta, cuando es ajena;
 la propia, ¿quién la censura?

CASIMIRO PRIETO.

Dibujo de F. Prieto.

CUENTO BATURRO



— ¿A cómo son estos pastelicos?
 — A 10 céntimos, tome los que quiera.
 — ¡Rediós! Este está crudo.

Dibujo de T. Gascón



La carta de la Libertadora

I

Las limeñas que, por los años de 1825 á 1828, oyeron cantar en la catedral, entre la Epístola y el Evangelio, á guisa de antífona:

De tí viene todo
lo bueno, Señor;
nos diste á Bolívar,
gloria á tí, gran Dios;

transmitieron á sus hijas, limeñas de los tiempos de mi mocedad, una frase que, según ellas, tenía mucho entripado y nada de criodlibeto. Esta frase era: *La carta de la Libertadora.*

A galán marrullero, que pasaba meses y meses en chafalditas y ciquiricatas tenaces, pero insubstanciales, con una chica, lo asaltaba de improviso la madre de ella con estas palabras:

—Oiga usted, mi amigo; todo está muy bueno; pero mi hija no tiene tiempo que perder, ni yo aspiro á cate-drática en echacorrería. Conque así, ó se casa usted pronto, prontito, ó da por escrita y recibida *la carta de la Libertadora*.

—¿Qué es de fulano? ¿Por qué se ha retirado de tu casa? preguntaba una amiga á otra.

—Ya eso se acabó, hija, contestaba la interpelada. Mi mamá le escribió *la carta de la Libertadora*.

¡Hasta moscoñas rabisalseras se daban tono con la frase!

—Le he dicho á usted que no hay posada, y dale á desensillar. Si lo quiere usted más claro, le escribiré *la carta de la Libertadora*.

La susodicha epístola era, pues, equivalente á una notificación de desahucio, á darle á uno con las puertas en las narices y propinarle calabazas en toda regla.

Por supuesto, que ninguna limeña de mis juveniles tiempos, en que ya habían pasado de moda los versitos de la antífona para ser reemplazados con estos otros:

Bolívar fundió á los godos
y, desde ese fausto día,
por un tirano que había
se hicieron tiranos todos,

por supuesto, repito, que ninguna había podido leer la carta, que debió ser mucha carta, pues de fama tan grande disfrutaba. Y tengo para mí que ni las mismas

contemporáneas de doña Manuelita Sáenz (la Libertadora) conocieron el documento sino por referencias.

El cómo he alcanzado yo á adquirir copia de *la carta de la Libertadora*, para tener el gusto de echarla hoy á los cuatro vientos, es asunto que tiene historia, y por ende merece párrafo aparte.

II

El presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco, dispuso, allá por los años de 1880, que por la imprenta del Estado, se publicase en Caracas una compilación de cartas dirigidas á Bolívar, de las que fué poseedor el general Florencio O'Leary.

Terminada la importantísima publicación, quiso el gobierno complementarla dando también á luz las *Memoorias de O'Leary*; y en efecto, llegaron á repartirse los tomos primero y segundo.

Casi al concluirse estaba la impresión del tomo tercero, pues lo impreso alcanzó hasta la pág. 513, cuando, por causa que no nos hemos fatigado en averiguar, hizo el gobierno un auto de fe con los pliegos ya tirados, salvándose de las llamas únicamente un ejemplar que conserva Guzmán Blanco, otro que posee el encargado de la corrección de pruebas, y tres ejemplares más que existen en poder de literatos venezolanos que, en su impaciencia por leer, consiguieron de la amistad que con el impresor les ligara, que éste les diera un ejemplar de cada pliego, á medida que salían de la prensa.

Nosotros no hemos tenido la fortuna de ver un solo ejemplar del infortunado tomo tercero, cuyos poseedores diz que lo enseñan á los bibliófilos con más orgullo que Roschild el famoso billete de banco por un millón de

*

libras esterlinas. Gracias á nuestro inolvidable amigo el literato caraqueño Arístides Rojas, supimos que en ese tomo figura la carta de la Libertadora á su esposo el doctor Thorne. Éste escribía constantemente á doña Manuela solicitando una reconciliación, por supuesto sobre la base de lo pasado, pasado, cuenta nueva y baraja ídem. El médico inglés (dice Rojas) se había convertido de hombre serio en niño llorón, y era, por lo tanto, más digno de babador que de corbata.

Toro á la plaza. Ahí va la carta.

III

«¡No, no, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué me hace usted faltar á mi resolución de no escribirle?

»Vamos ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces no?

»Usted es bueno, excelente, inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar á usted por el general Bolívar es algo: dejar á otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

»¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer de otro, ni del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ó sea de la Santísima Trinidad? Yo sé muy bien que nada puede unirme á Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales.

»Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos á casar, pero en la tierra no.

»¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontentadizo.

»En la patria celestial pasaremos una vida angélica, que allá todo será á la inglesa, porque la vida monótona está reservada á su nación, en amor se entiende, pues en lo demás,

¿quiénes más hábiles para el comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo, la conversación sin gracia, la chanza sin risa, el saludar con reverencia, el caminar despacio, el sentarse con cuidado. Todas estas son formalidades divinas; pero á mí, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada á Inglaterra perpetua.

»Formalmente, y sin reirme, con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted.

»Su invariable amiga

MANUELA.»

IV

¿No les parece á ustedes que la cartita es merecedora de la fama que alcanzó, y que más claro y repiqueteado no cacarea una gallina?

RICARDO PALMA.

Lima, 20 de Mayo de 1898.

Dibujo de J. Luis Pellicer.

La navecilla

¡Allá va la navecilla!
 ¡allá va!
 El mar azota su quilla
 y no se sabe á qué orilla
 ó á qué puerto arribará.
 Ya se pierde en lontananza
 y al vigor
 de recios vientos avanza...
 —¿Cómo se llama? — Esperanza.
 —¿Quién viaja en ella? — ¡El amor!
 Mas ¡oh suerte!... por su daño
 ruge el mar!...
 —¡Marineros, puerto extraño!
 —¿Qué puerto es? — ¡El Desengaño!
 —¡Virad! — ¡No puede virar!

Coro (Venezuela).

L. TORRES ABANDERO.



*Al ver reflejarse, bellas,
en un tranquilo arroyuelo
las refulgentes estrellas
que abejean en el cielo,*

*Desde el cáliz de una rosa,
un gusano ¡oh ceguedad!
confundi6 tan engañosa
ficción con la realidad.*

*Y presa de amor insano,
al mirar aquel tesoro,
lanz6se al agua el gusano,
en pos de un lucero de oro.*

*Mas con tan adversa suerte,
que en vez de la dicha ansiada,
hall6 el infeliz la muerte
en p6rfida onda estrellada...*

*Los que soñáis en el cielo
que finge el claro arroyuelo
y en los encantos que encierra,
¡despertad! que es vano anhelo
buscar el cielo en la tierra.*

CASIMIRO PRIETO.

Dibujo de F. Prieto.



Paisaje

A. EVARISTO G. CIGANDA.

Noche estival. La luna vierte su lumbre.
Flotan velos de nácar sobre la cumbre.
La brisa trae del llano suaves arpegios,
monólogos y trovas. — Palacios regios
semejant en la altura las nubes blancas; —
el arroyo á la sombra de las barrancas,
murmura una leyenda triste de amores,
besando los ramajes. — Hojas y flores
reflejan claridades. — Resbala el viento
tan vagaroso y débil como un aliento
que apenas se percibe. — Perfume leve
exhala de su cáliz la flor de nieve,
y los pájaros pñan adormecidos
como niños cansados entre los nidos.
Llegó la hora sombría de las tristezas;
las luciérnagas brillan en las malezas
con fosfóricas luces. Eco lejano
de un triste de guitarra vibra en el llano,
mientras por el espacio sigue su marcha
el satélite, albino como la escarcha.
De la incierta guitarra sigue el rasgueo.
La canción, voluptuosa como un deseo,
al soplo de las auras se desparrama
por la inmensa llanura. Sobre la grama
que me sirve de lecho, siento el encanto
del idilio silvestre, virgen y santo.
Mil seres ignorados, genios sencillos
de las frondas agrestes, que en los castillos
de campánulas y hojas amontonadas
viven forjando sueños como las hadas;
mariposas azules que entre los broches
de los rojos claveles, todas las noches
encuentran aromados lechos nupciales;
insectos encendidos que en los juncales,
confundiendo sus luces, vuelan ó saltan;
pececillos inquietos que el agua esmaltan
de plata y oro; — ¡cómo comprendo ahora
los misterios del bosque! que si la aurora
en explosión alegre la tierra alumbra,
son más dulces los goces de la penumbra,

y las aves que arrullan sobre la alfombra del perfumado césped, aman la sombra, hallando el incentivo de sus ternuras, en los nidos que abrigan las espesuras.

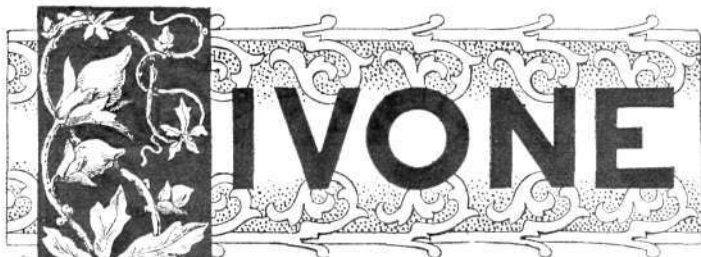
De un *pajonal* ardiendo se ve la hoguera, — luego los *alambrados* y la *tranquera*; — el camino que pasa junto á la quinta, blanco, recto y angosto como una cinta. La luz del rancho oscila. — Sigue el rasgueo y el canto, voluptuoso como un deseo... Después el rumor cesa, y en el tranquilo sopor de la llanura, se oye el *estilo* que el *payador* arranca de su instrumento; — la expresión elocuente de un sentimiento, que, acaso en ese instante se expande y vuela, como un alma que busca su alma gemela. ¡Idilio venturoso, Psiquis te enciende! Y el corazón amante que te comprende, late con tus latidos, en tí se inspira; emocionado vibra como una lira, y el secreto más hondo, más exquisito, penetra de tu mundo, que es infinito.

Ya la luna se oculta detrás del monte. Vapores sonrosados, del horizonte se elevan silenciosos. — En la floresta suenan débiles notas; es que la orquesta de músicos alados, en la espesura, preludia los acordes de una obertura. A la luz indecisa todo despierta; se anima la campafia que estaba muerta; — los remansos se agitan en leves olas; — hay matices lujosos en las corolas; por los campos arados la torcaz vuela; el cisne en la laguna deja una estela; la brisa pasa y mueve los alfalfares; dan reflejos de acero los tajamares; y las quejas, los ecos y los murmullos, son trinos, son caricias y son arrullos.

Sólo reposa el rancho sobre la alfombra de la gramilla verde, — porque la sombra aviva las canciones y los amores que ocultan en sus almas los *payadores*.

Montevideo, 1898.

SANTIAGO MACIEL.



IVONE

CANTO BRETÓN

A mi amigo JULIO C. BOLET.

*En la dorada urna de mi memoria
guardo de sus caricias la alada historia.*

*Bajo la fresca alfombra bordada en flores,
del sol á los alegres, rosados lampos,
cuán fría y sola duermes, allá en tus campos.
Ivone, Ivone, ¡oh mártir de mis amores!*

*Única entre las vírgenes y las hermosas,
su amor embalsamaba como las rosas.*

*Como las suaves rosas por Primavera,
en que del sol los rayos se enforan presos,
era su linda boca, torneada á besos,
nido de mis ensueños, flor tempranera.*

*Murió: tal en las eras, presto marchitas,
pasan las violetas y margaritas.*

*La dulce y fiel alondra de la montaña
que anida entre los tiestos de tus jazmines,
y al alba en las albercas de tus jardines
moja el pico y las alas trémulas baña,*

*¿Qué dirá á los sinsontes de la campiña,
cuando por tí pregunten, mi pobre niña?...*

*Allá, en la solitaria, verde pradera,
bajo la fresca alfombra bordada en flores,
junto á la dulce niña de mis amores,
¡madre! haz que me entierren cuando yo muera.*

*Que aromen su memoria y el sueño mío,
las rosas que con lágrimas ungió el rocío.*

ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla (Colombia).

Dibujo de F. Prieto.



D. Luis G. Urbina

EXIMIO POETA MEJICANO

D. Luis G. Urbina

(FRAGMENTO DE UN JUICIO)

Entre la turba de versificadores más ó menos melencólicos, más ó menos frívolos, que brotan sin cesar del pródigo suelo de América, dar con una de esas aves raras denominadas POETA, es asunto difícil, sino imposible.

Los más son simples urracas normales, monótonas é insoportables, que se creen águilas, ó chingolos atiplados que remedan la voz del ruiseñor creyendo imitarla.

Aquí tenéis, lectores míos, un poeta verdadero.

Leed sus versos. Hallaréis en ellos la misma frescura, la misma melancolía, la misma nota prolongada y doliente de los del cantor de *Almas huérfanas* y de *La serenata de Schubert*: dos temperamentos poéticos gemelos, con sello propio y extraña originalidad; originalidad cuyo Olimpo no es la biblioteca sino el corazón humano.

Y de esa fuente del sentimiento, inextinguible y eterna — reverso de la de sutiles rebuscamientos — brotan las estrofas de Urbina: ya fluidas y dulces como las de *Siebel y Perlas*, ya impregnadas de fosco pesimismo como las de *Sub-Terra* y *De profundis*, ya coloreadas con sangre de arteria como las de los *Poemas crueles* y *A solas*, ya bañadas con lágrimas de varón como las de la *Carta á una ausente* y *La última serenata*.

Cuando Urbina abandona el mundo moral para inspirarse en el mundo físico, no se contenta sólo con reproducir como un negativo fotográfico la visión panorámica, sino que asocia sus pasiones, sus sentimientos,

su yo, á la naturaleza circunstante. Así en *Invernal*, *Marina*, ¡*Lluevé! Plena noche*, la personalidad del poeta está siempre ligada á los cuadros que evoca y á los espectáculos que canta.

Y es que Urbina despertó á la vida de la idea, escuchando los mil rumores de la tierra tropical: la orquesta de pájaros en el bosque, el rodar de las avalanchas en las montañas, el bramido del mar en la ribera y el redoble de los truenos en las nubes. Por esto, aun al reflejar los fenómenos del mundo exterior, es ante todo y siempre un poeta subjetivo.

Ama más los crepúsculos y las noches serenas que las auroras y los días radiantes; el pálido rayo de luna que se filtra tímidamente al través de los cristales de su ventana que la explosión de sol que inunda la pradera de resplandores.

El sucesor de *El duque Job* se ha ensayado en los géneros más opuestos de la lírica, recorriendo victorioso los tonos intermedios del diapasón, para escollar á su vez en las notas graves de la poesía épica, donde Díaz Mirón, el águila de las estrofas de bronce, desplegó sus alas inmensas.

De las cuerdas de su lira, la que vibra con mayor intensidad y resuena hasta en sus himnos de esperanza como un *leit-motiv* desolado, es la de la elegía; y de las figuras de mujer, la que surge más á menudo en sus canciones y se incrusta para siempre en la memoria, es la de la pálida imagen de la novia muerta, que pasa envuelta en una penumbra vaga.

LOIS BERISSO.

Buenos Aires

LANCES DE HONOR



—De su immaculado honor
creyendo empañado el brillo...

—¿Se batieron?

—Sí, señor.

—¿Y es verdad que fué á cuchillo?

—A cuchillo... y tenedor.

Dibujo de J. Cabrinety.

—••—

Verdad á medias

—Ha dicho un sabio, y no yerra,
á mi entender, que es el hombre
el animal, no te asombre,
más hermoso de la tierra.

—Y en parte, amigo Pascual,
acierta ¡por Belcebú!
porque hermoso no eres tú...
¡pero lo que es animal!

Buenos Aires.

V. NICOLAU ROIG.



Marisol

A MI EXCELENTE AMIGO
EL REPUTADO LITERATO URUGUAYO

DR. VÍCTOR PÉREZ PETIT

I

RA Marisol Fonseca
tan graciosa y tan chiquita,
que, más que una mujercita,
parecía una muñeca.
Contaba catorce abriles
y hería al alma de amores
con sus ojos seductores

y sus gracias juveniles.
Su talle era esbelto y leve,
su pie, de hechizos tesoro,
su cabello, color de oro,
y su tez, color de nieve.
Su boquita encantadora,
que al sonreír hechizaba,
cual rojo estuche, guardaba
blancas perlas de Basora.
(Y aquí confieso, leal,
que plagio á un poeta al uso
que á la muchacha compuso
un sentido madrigal).
Por ver su faz peregrina,
más de un chico enamorado
permanecía *plantado*
el día entero en la esquina.
Y sin temer sus rigores
y en pos de horas más felices,
no sólo echaba *raíces*,
sino raíces y *flores*.
Mas ¡ay! su amoroso afán
era inútil: la inocente
no comprendía la ardiente
pasión de tanto galán,

é ingenua, como ella sola,
premiaba su amor, al fin,
con un gracioso mohín
de sus labios de amapola.



II

CON algún temor, quizá,
á juzgar por su semblante,
dijo un día, vacilante,
á Marisol, su papá:
—Oye, bien mfo...
—Te escucho...
mas... ¿qué pasa? habla ligero.
—Ya sabes que yo te quiero...
—Ya sé que me quieres mucho.

—Que me desvelo por tí...

—¡Lo sé!... ¿y qué más?

—¡Eal ¡al grano!

que me ha pedido tu mano
Julián.

—¿El poeta?

—Sí.

« O Marisol es mi esposa,
clamaba hoy, enardecido,
ó juro que me suicido... »
(lo cual es la misma cosa).
Conque hazle feliz, mujer,
ya que su paz se derrumba,
y vas á abrir una tumba,
si no te dejas querer.

—Pero... ¿cuál es la misión
de la esposa?

—¿Te asusta eso?

En esta edad de progreso
es muy sencilla. Atención:
No pensar más que en tu talle,
aunque anden mal los negocios,

y emplear tus largos ocios
en el *boudoir* ó en la calle.
Haga ó no tu esposo el bú,
ver cómo te has de ingeniar
para poder eclipsar
á quien tiene más que tú.
Frecuentar las reuniones,
donde se goza sin tasa,
y olvidarte de tu casa
por los dorados salones.
Vestir trajes elegantes
y presentarte hechicera
con tu rubia cabellera
constelada de diamantes.
Cuanto más lujo, mejor,
que es lo que siempre sedujo,
aun cuando te cueste el lujo
monedas de deshonor.
¿Que huyendo al trato social,
tu esposo te entierra en vida?
quejarte de lo aburrida
que es la vida conyugal.
¿Coser? ¡eso no! ¡abrenuncio!
¿que, oyendo tus ruegos, Dios
te concede un hijo ó dos?
pues bien, ¡que los crte el Nuncio!
Esa es ¡ay! la ciencia toda
que necesitas tener
para que llegues á ser
una mujer á la moda.
Mas tú no serás así,
y si das tu blanca mano
á Julián, ya que no es vano
su amoroso frenesí,
no pensarás en tu talle,
aunque anden bien los negocios,
ni dividirás tus ocios
entre el espejo y la calle.
Y si tu esposo no es lelo
y otras virtudes acopia,
vuestro hogar será una copia
bastante exacta del cielo.
Vamos, no seas cruel,
que Dios te lo premiará.

—¿Qué interés tienes, papá,
en que me case con él?
—El de evitar muchos males,
pues así, y por eso lidio,
no pensará en el suicidio...
ni escribirá madrigales.
¿Qué le digo?... me rogó
que te hablase, y su sentencia
aguarda con impaciencia...
—Pues le dice usted... que no.



III

ICE que no?
—Que no ha dicho.
—¡Ay, de mí!
—Calma, Julián.
—¡Imposible!
—¡Voto á san!...
—Mi amor no es mero capricho,

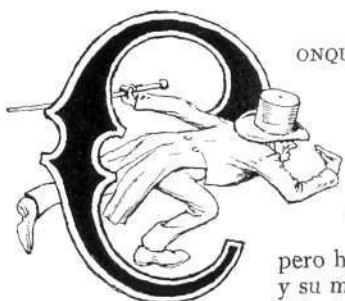
y pues todo se derrumba...
—¡No siga usted adelante!
(detrás de ese consonante
ya veo abrirse una *tumba*).
—¡Morir quiero!

—¡Ea! ¡valor!
—Nadie su crueldad iguala
y antes que una aleve bala,
me va á matar su rigor.
—¡Calma!

—¡Calma! ¿para qué,
si es vano mi tierno afán?
¡Adiós!

—Pues adiós, Julián...
y que se mejore usted.

IV



9h

— ¿ONQUE se muere?

— ¡Se muere!

Vén, Marisol, hija mía,
y mírale en su agonía...

— (¡Dios mío! ¡cuánto me quiere!)
¿De salvarle, por ventura,
no hay medio?

— En tu mano ha estado,

pero ha sido desahuciado
y su mal no tiene cura.

— ¿Qué no tiene *cura* el mal?
dijo Eustoquia, la criada.

— El doctor...

— No sabe nada.

— ¡Un sabio!

— Muy animal.

Y sin decir más, Eustoquia
salió del cuarto, corriendo,
y volvió al rato trayendo
al cura de la parroquia.

V



9h

— ¿E salvó? ¡estoy asombrado!

— Se salvó en un dos por tres.

— ¿Cómo se entiende, después
de haberle yo desahuciado?
Mi ciencia...

— No es muy segura
cuando no sabe, doctor,
que para *males de amor*
en la iglesia siempre hay *cura*.

CASIMIRO PRIETO.

Dibujos de Apeles Mestres.

UN GOLIAT



—¿Levantas cien kilos?

—¡Cien!

sin esfuerzo sobrehumano.

—No es mucho: con una mano
detiene mi hermano un tren.

—¿Te burlas?

—¡Por mi salud
que no me burlo, Bautista!

—¿Qué es tu hermano?

—Maquinista

del ferrocarril del Sud.

Dibujo de M. Picolo.



El Monte Azul

Fuerza es que en los cuentos los reyes y príncipes cazadores se extravién en el bosque, y fuerza es que llegada la noche una lucecita que á lo lejos pestaña les guíe á la pobre cabaña, en donde una doncella hermosa y cuanto hermosa ingenua, aguarda el lance para irse á la grupa del caballero á ser soberana de un gran pueblo ó señora de un opulento ducado.

En este cuento quien se extravía en el bosque no es

un poderoso emperador ni un espléndido señor de muchas tierras, sino un hermoso cazador, que á pie y persiguiendo liebres se ha ido en pos de una que parece hechizada, porque la ha marrado diez veces, y á saltos y piruetas le lleva á donde Dios sabrá, pero que él no se cura de averiguarlo, hasta que no dé buena cuenta de aquel diablillo burlón ante el cual está pasando, hace dos horas largas, como indigno de terciarse su rica escopeta damasquina.

La noche llega, la lucecita pestañea allá en lo alto de una montaña, y á ésta se dirigen la liebre con sus saltos y el cazador con sus salvas.

—Alabado sea Dios, dice éste tocando á la puerta de la cabaña.

—Por siempre, le responde de adentro una voz angélica, propiedad adorable de un ángel sin alas que acude á franquearle la entrada de aquel palacio encantado.

La niña es linda, el joven ardiente; la cena es generosa y el lecho grato. Sueña el cazador con los azules ojos de la serrana preciosa, y sueña ésta con los ojos negrísimos del garrido huésped.

La mañana es fresca, pero los labios hierven. Tienen sed de besos; y al fin, como cerca de allí se restregan en los picos sus deseos dos amantes palomas, cunde el ejemplo de amor, y restalla el rayo en los labios.

La cabaña se ilumina con luces de oro, las flores silvestres acuden en esencia á embalsamar aquel altar de amor, y lasavecillas del bosque, en coros no ensayados, cantan el himno de victoria de la naturaleza inmortal.

Meses han transcurrido y el caballero no ha dejado un solo día la cabaña encantada. Un viejo monje de luenga y nívea barba, el mismo que casó á Matilde con

Malek Adel, el mismo que casó á Julieta con Romeo, el mismo que no tiene más oficio que bendecir los amores de romance, bendijo la unión de estos dos amantes venturosos.

Menguando va



ya la dulce luna, á modo de torta servida á niños golosos. La rústica niña no es tan lerdada que no advierta el fastidio atroz que de su hermoso cazador se apodera. Varias veces ha sorprendido en su antes ardiente boca el bostezo vil de la hartura matrimonial.

—¿Qué tiene mi amado, qué anhela mi señor? le dice con acento de ternísima queja.

Y él, sin devorar á besos su cuello divino; sin mirar siquiera aquellos sus ojos adorables, que parecían dos cielos que suplican, pensativo y suspirando, le responde:

—¿Ves aquel monte azul que á lo lejos se empina? Quiero ir allá. El verde perpetuo de esta montaña me hastía. Aquélla es azul; ¡qué bien se debe vivir en un monte azul!



Y ella, con melancólica dulzura, desflorando con las palabras los labios del ingrato, le decía:

—Verde es la esperanza, niño inconforme. La ilusión es azul, como hija de esa bella impostura que llamamos cielo. Aquí eres dichoso, aquí está la dulce realidad. ¿Por qué perseguir la péfida mentira?

Pero nada. A la mañana siguiente, el caballero se encaminó hacia el monte azul, que estaba lejos, muy lejos de la montaña verde en que dejaba á su amor llorando su desvío.

Caminando, caminando, al fin llegó al pie de la montaña color de cielo. Pero ¡oh sorpresa! ¡oh decepción! Las tintas azules habían desaparecido y todo era

verde, como el monte en donde dejara á su amor con la tristeza de su ausencia. Miró hacia atrás, suspirando, y la sorpresa le arrancó un grito de despecho. El monte azul se había mudado. Allá lo veía, allá mismo en donde quedaba su amante muriendo de dolor.

Y dirigió el caballero sus pasos fatigosos hacia aquella cumbre, á su vez envuelta en la gasa celeste de las brumas, vestida de ilusión. Al llegar á la cabaña no salió á abrirle la puerta la niña amante. Llamóla por su nombre, llamóla por los cien nombres tiernos que el cariño inventa, y ella no respondió.

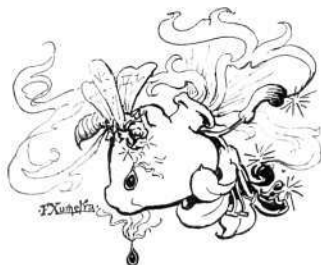
La había matado su caballero ingrato con el hastío de su amor.

El palacito encantado estaba en ruinas y delante de la solitaria puerta brincaba la liebre aquella, y entre saltos y burlonas volteretas al caballero le decía:

—Inconstante cazador, sígueme, y te llevaré á quien sabe engañar como tú: ¡al monte azul!

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York.



Dibujos de F. Xumetra.



Soles

Á LA BELLÍSIMA SEÑORITA ORIENTAL

BLANCA ARECO

Rasgando el negro capuz
de la noche, refulgente
surge el astro-rey de Oriente
é inunda el cielo de luz.

Mas tras de breve jornada
desciende el sol al ocaso
y otra vez deja, á su paso,
la negra noche estrellada.

— ¡Señor! clamamos, en guerra
con la sombra; sed piadoso
y surja otro sol radioso
que no se apague en la tierra.

Oyó Dios Omnipotente
el ruego, encendió otro sol,
y entre fúlgido arrebol
asomaste en nuestro *Oriente*.

CASIMIRO PRIETO.

Enero de 1898.

Dibujo de J. Cabrinety.

La Escuela

Escuela en que la niñez
busca lauro y busca palma
con la inocencia en el alma
y la ternura en la tez.

Aunque humilde es la ocasión
con que te brinda el destino,
es difícil tu camino
y es muy alta tu misión.

El ser que empieza á existir
y al pensamiento despierta,
está llamando á tu puerta
con voces del porvenir.

Ábrela de par en par,
y al que por ella se lanza
dale alientos de esperanza
y hazle sentir y pensar.

Que brille de sien á sien
sobre su frente la *idea*,
que ame, que anhele, que lea,
que se enamore del bien.

Con la ciencia y el honor
y la esperanza por guía,
no le embriague la alegría,
no le acobarde el dolor.

Y en la guerra y en la paz,
en la dicha y en la pena,
por honrada y por serena
levante siempre su faz.

Dile cómo ha de vivir
si ley divina le rige;
y si la patria lo exige
dile ¡cómo ha de morir!

Y de este modo darás:
 á la humanidad, hermanos;
 á la patria, ciudadanos;
 á sus glorias, muchas más.

JOSÉ ECHEGARAY.

Madrid.

Noche de luna

En su carro de sombras inmensas
 la noche profunda del piélago avanza,
 y cantando las olas se aduermen
 en lecho de espumas que mecen las auras.

De improviso los ecos despiertan;
 el céfiro dulce gorgoea en la playa;
 se estremecen de amor las palomas
 batiendo en el aire las húmedas alas.

Y bañando el azul horizonte
 sonoros y crespos raudales de plata,
 desceñidas las blondas al viento,
 la pálida luna del mar se levanta.

En las nieblas mi espíritu habita,
 allá donde ocultas se besan las aguas;
 hay tristezas sin nombre en el golfo,
 y sé lo que dicen las olas amargas.

Más allá de las leves espumas,
 detrás de esas nieblas azules y blancas,
 en la noche glacial de la ausencia
 llorando me nombra la amada de mi alma.

Y dormida al fulgor de la luna,
 que besa temblando su frente nevada,
 en los tules flotantes del sueño
 ve escrito un poema de amor y de lágrimas.

JUAN C. ROSSEL.

Cajamarca (Perú),

Cielo estrellado

En aquel misterioso castillo
 que forjó mi pasión insensata,
 murió la serpiente
 que mordió mi entraña...
 secóse la ortiga...
 también las espinas de todas la zarzas.

¡Oh qué grato, qué dulce el olvido
 de aquellos recuerdos que quiebran el alma!
 Adiós pesadillas
 y negros fantasmas...
 de un alma más negra
 que la negra conciencia que mata.

¡Oh recuerdos! ¡Oh pobres recuerdos!
 Candores de niños cuajados de lágrimas...
 ¡Oh lirios silvestres!
 ¡oh rosas lozanas...
 diamantes caídos
 del joyel de la reina Esperanza!

De la altiva, la gótica almena
 voló la corneja que anuncia desgracias...
 Penetra en mi alcoba
 la brisa galana...
 y un bosque de lilas
 floreció en el jardín de mi alma.

¡Oh, qué alegre la luz de los astros!...
 ¡Abramos de golpe las blancas ventanas!
 Borremos del techo
 las telas de araña;
 el polvo aventemos
 de aquellos moscones que tristes zumbaban.

Y que brille en la noche sin nubes
 un cielo florido de estrellas de plata.
 Soñemos las frentes
 de vírgenes pálidas...
 Durmamos el sueño
 de una dulce, tranquila esperanza.

Santiago de Chile, 1898.

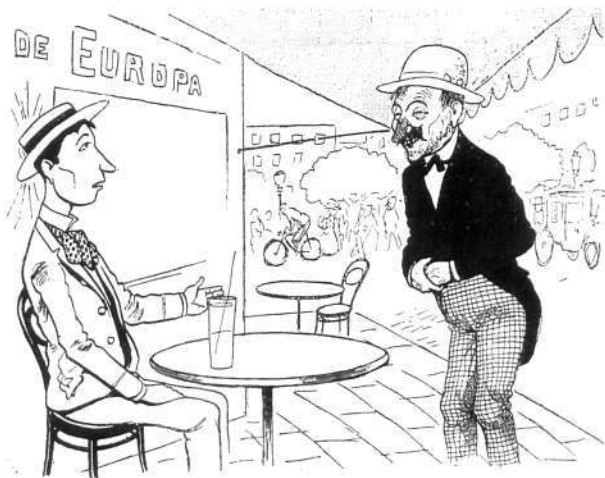
RICARDO PRIETO MOLINA.

Soda de piña

POR XAUDARÓ



—¡Alto, joven! ¡No tome usted la soda así!... ¡Es una temeridad!



- ¿Por qué?
- Porque la soda no se toma con la paja esa, ¡es muy antihigiénica!
- ¿Pues cómo se toma?



— ... ¡Así!

Acuarelas

COSAS IGNORADAS

I



OR todos lados, sobre la vasta llanura vestida de trébol, la vida y la luz. Entre unas matas de verde césped tiemblan como gotas de luz dos insectos, dos imperceptibles amantes.

¿De qué hablaban? En su extraño idioma, desconocido del gran saber humano, tal vez se contaban su amor dulcísimo con aquel leve fru-fru de sus élitros plateados y con el rápido batir de sus alitas de esmeralda.

Eran felices. El sol entibiaba sus cuerpos diminutos; la luz meridiana dilataba sus ojillos microscópicos. La eterna ley de la vida los había reunido allí aquella tarde de verano, bajo la mata de trébol perfumado. Y ahora, estremecidos de contento, tranquilos y felices, reían plácidamente soñando tal vez con que ellos eran los reyes de la creación. ¡Qué bello era vivir! ¡Cuán dulce estar así muy juntitos los dos, amándose mucho, lejos de la multitud, bajo el palio gigante del cielo azul!

Y eran entonces las suyas caricias tropicales, estremecimientos de inenarrables alegrías, cantos de amor balbuceados en el gran silencio de la tarde uruguaya. El

amante se había aproximado y bien apretadito contra su tierna compañera, le repetía una vez más su credo de pasión con notas quejumbrosas de placer y susurros de besos; y ella, mecida blandamente por la melodía serenísima de su voz, le oía arrobada, sintiendo que una extraña y misteriosa sensación invadía su cuerpo,—en tanto que sus ojillos se entornaban bajo el peso de una grave somnolencia...

De pronto, en la vasta llanura, rodó el sordo redoble del casco de un caballo.

II

El gaucho libre de nuestros pagos virginales avanzaba á la carrera sobre su alazán, y una chispa de luz en sus ojos negros, radiante la frente bajo las caricias de la tarde que sollozaba en el occidente, llevaba triunfal entre los labios el clavel que entregaría á la moza de su agrado.

Era feliz. Concurría á la cita estremecido de alegría, lleno de amor y de recuerdos. Él era el rey de la creación, ¿quién hubiera podido disputárselo?

Cantando un *cielito*, avanzaba siempre el alma soñadora de nuestros pagos virginales. Y cuando, el corazón laténdole con fuerza, un destello de luz inmortal en la mirada, la voz emocionada de placer, se bajó ante el rancho de su prenda para entregarle el clavel de sus amores, no pensó siquiera — ni lo imaginara jamás — que en mitad de su camino había tronchado la existencia de dos amantes bajo el pesado casco de su caballo.

III

¡Pobres amantes! Los dos diminutos insectos yacían sin vida, brutalmente deshechos sobre un montón de césped y de tréboles machacados.

Era una tarde de sol.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo.

Dibujo de F. Prieto.

La canción de mi pueblo

"¿Viste el país donde el limón florece?"
GÖTTFRE.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
como una pandereta;
su cielo es de zafiro, su sol esplendoroso,
y del Genil radiante mi pueblo delicioso
se baña en la onda inquieta.

Mi pueblo está cercado de huertos y olivares,
de viñas y jardines;
sus blancos campanarios semejan palomares:
y en él dan las guitarras sus plácidos cantares,
su aroma los jazmines.

Todo en mi pueblo ríe: la cristalina fuente,
el pájaro canoro,
la cincelada torre, la reja floreciente
y el vino generoso, el vino reluciente,
que lanza rayos de oro.

Es un vergel soñado, feliz nido de amores,
mi pueblo dulce y bello:
poblado está de notas, perfumes y colores,
de pechos entusiastas y rostros seductores
de mágico destello.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso,
como una pandereta,
mas ¡ay! que en su brillante regazo bullicioso
hay algo enfermo y triste, doliente y angustioso:
¡el alma del poeta!

MANUEL REINA.

BELLEZAS AMERICANAS



La Gra. D.^a Aljerie B. de Reyna Barrios
VIUDA DEL EX-PRESIDENTE DE GUATEMALA, D. JOSÉ MARÍA REYNA BARRIOS

Una corrida de toros

Á MARIANO DE LA RUESTRA

Cielo azul, tarde serena,
coches que asalta el gentío,
ancha plaza que se llena,
y un zumbador vocerío
semejante á una colmena.

Vense por las *andanadas*
alegres espectadores
y en los palcos y en las gradas
mujeres engalanadas
con sus vestidos mejores.

Bulle el pueblo soberano
y los *tendidos* atesta,
y no hay turco, ni cristiano
que no lleve ya en la mano
el programa de la fiesta.

No existen dolor profundo,
cavilación, ni tormento
que duren allí un segundo;
todo el mundo está contento
y nadie piensa en el mundo.

Un platero conocido
habla de toros de *ley*
con un infeliz marido,
que oye la palabra *buey*
sin darse por ofendido.

Otro alterca y alborota
con muchísimo interés
sobre un *matador* de nota,
y todo es risa y chacota
hasta que suenan... ¡las tres!

A tal hora el presidente
entra y ocupa su silla,
y una *murga* archivaliente

hace saber á la gente
que va á salir la *cuadrilla*.

¡Prestadme, Dios eternal,
la alta inspiración de Homero
para describir la sal
que en su paseo triunfal
derramando va un torero!

Rompe la marcha gentil
el heraldo del toril,
al ver su ropilla negra
la muchedumbre se alegra
y saluda al alguacil.

Le siguen los *matadores*,
luego los *banderilleros*
y después los *picadores*,
y con sus rojos colores
van los *monos de zagueros*.

Aplauda la concurrencia,
y la procesión lucida
se inclina con reverencia
ante el palco presidencia
para empezar la *corrida*.

Y á la *murga* destemplada
sucede el clarín sonoro,
queda la gente callada...
y aparece el primer toro
con divisa colorada.

Corniveleto, retinto,
de libras y mocetón,
da tres vueltas al recinto
y lleva en cada *pitón*
un tercio de Carlos Quinto.

Le echan capotes, se para,
un picador se le arrima...
y al verlo empuñar la *vara*
cual rayo que se dispara
se le va derecho encima.

Entra furioso, arremete,
y con sanguinario anhelo

el terrible cuerno mete
y corcel, vara y jinete
rodar se ven por el suelo.

Sigue el toro con porfía
sacudiendo sin cesar
sobre la caballería,
hasta que le toca entrar
en turno á la infantería.

Un matador, que desea
lucirse, cita á la res,
abre el *trapo*, la pasea
por el circo, la *gallea*
y le para al fin los pies.

Un aplauso general
responde á las maravillas
de aquel *diestro* sin rival,
mientras clarín y timbal
anuncian las banderillas.

Seis *palitroques* volando
se cuelgan, como trofeo
del toro, al lomillo blando,
los tres pares, al *cuarteo*,
pero el último... *quebrando*.

Palmas y estrépito fuerte
premián tanta habilidad...
y llega por fin la *muerte*,
que es sin disputa la suerte
de mayor dificultad.

Un príncipe de *coleta*
que viste de grana y oro,
brinda con una cuarteta
y marcha luego hacia el toro,
desplegando la *muleta*.

¿Habrá en el mundo jornada
ni valentía que asombre
ni empresa tan arriesgada
como esta lucha... entablada
entre la fiera y el hombre?

Seis *pases*, uno de *pecho*,

corta y lucida faena,
un arranque por *derecho*...
el toro sobre la arena
y el público satisfecho.

La multitud delirante
en vítores se desata,
queda el *matador* triunfante
y el *puntillero* remata
de un golpe al agonizante.

Salen después las mulillas,
sonando sus campanillas,
para arrastrar al difunto...
(Y aquí, Mariano, hago punto
por no manchar más cuartillas).

Buenos Aires.

MARCOS ZAPATA.

La liviana

— ¡Cómo, Antón! ¿tú en pos de Esther?
— Y su amor á nadie cedo...
¿qué quieres, chico! no puedo
vivir sin una mujer.
Por eso voy de ella en pos
y confío en mi fortuna.
— ¿No puedes vivir sin una?...
¡hombre! dí, más bien, sin dos.
¿Y Blanca, tu prima hermosa?
— ¡Calla! ¡no me la recuerdes!
— Con aquellos ojos verdes
y aquellos labios de rosa,
¡vive Dios! que no imagino
cómo la otra la desbanca...
¿ó no pertenece Blanca
al género femenino?
— Con su carácter liviano,
más que al género en cuestión,
pertenece... — Sigue, Antón...
¿á cuál?
— ¡Al género humano!

CASIMIRO PRIETO.

El mapa de la Desgracia

Cual otro Colón salí, con mis bajeles á descubrir un nuevo mundo.

Yo había soñado que para que hubiese equilibrio en la tierra debía haber más allá del infortunio la región de la felicidad, y á ella quería encaminarme para abrir la nueva vía á la impaciencia del género humano.

Yo también tuve una reina á quien propuse mi proyecto y quien lo aceptó entusiasmada: la reina de mis ilusiones, la cual me dió tres naves y empleó sus joyas para mi equipo. Una de las carabelas la fabricó la Esperanza y llevaba su nombre; otra fué obra del Deseo y con ese nombre fué bautizada; la otra la formó la mano de la Ambición y Ambición también se llamaba. En cuanto á las joyas, eran del oro de mi alma y de los brillantes de mi pensamiento y estaban guardadas en la noble arca de mi corazón.

Antes de aprobarse mi proyecto, graves doctores lo estudiaron á la luz de su ciencia y lo condenaron unánimemente, creyéndolo una utopía. Pero yo persistí en realizarlo y mi reina soñó conmigo y lo aceptó; por eso partí del puerto del Infortunio, con mis tres carabelas, en busca del lejano mundo do encontrara la Felicidad.

Mi gente estaba animosa, pues toda era del reino de las Ilusiones, y allí el temor nunca fué conocido; pero á medida que nos alejábamos de la orilla y nos internábamos en la desolación de lo ignorado, empezó á flaquear su firmeza.

La nueva tierra no parecía y el viaje era ya tan largo,

que mis tripulantes deseaban la vuelta y no quisieron obedecer mis órdenes.

Entonces les dí tres días de plazo, para fin de nuestra empresa, y empezaron á verter las horas, sobre nuestro corazón, esas olas del tiempo que llamamos de la impaciencia.

El primer día fué largo, obscuro, angustioso y sin fin, como los del infierno; el segundo lleno de penas y martirios, pero alumbrado con un rayo de esperanza, como los del purgatorio; el tercero fué rebosante de alegría y lleno de luz, como los de la gloria.

Al clarear el alba, entre el agudo brillo de las estrellas y los rosados matices de la aurora, los tripulantes del Deseo, que iban delante de todos, gritaron enajenados: — ¡Tierra!

En nombre de mi reina tomé posesión del nuevo mundo, descubierto por mi temeridad, y después de dejar en él á mis ensueños más gratos, en señal de conquista, volví, tras penosas borrascas, al puerto del Infortunio, á dar cuenta á mi soberana de la feliz realización de mi proyecto.

Mi soberana me dió otros bajeles y otros tesoros y emprendí, en seguida, un nuevo viaje á las maravillosas tierras.

Pero al llegar allí, noté que las olas del infortunio habían seguido á la estela de mis bajeles, hasta las nuevas playas; que mis gratos ensueños, abandonados en tan lejanas regiones, habían perecido, y que la mano de la Desgracia me cargaba de cadenas y me enviaba prisionero, en la nave del Desengaño, hasta el palacio de mi reina. Mi decepción fué entonces grande, la más grande que sufre el alma en este valle de lágrimas, porque comprendí que tan largo viaje lo había hecho tan sólo

del puerto del Infortunio hasta las tierras de la Adversidad, sin descubrir otro mundo que el mundo de la Desgracia.

Cuando antes de despedirme de la vida, quise poner en el mapa el sitio de mi descubrimiento, para gloria de mi nombre, ví con amargura que la región de la Desgracia se extiende por tierras y por mares, de polo á polo y de un punto al otro del Ecuador.

FRANCISCO COBOS.

Buenos Aires, Junio de 1898.

Soneto

DEL NATURAL

PARA APELES MESTRES.

Desfallece la tarde; enrojecido
el astro diurno al horizonte rueda,
mueren los ecos de la selva y queda
como la selva sin rumor el nido.

La sombra avanza, y su crespón, tendido
como impalpable túnica de seda,
parece que en los árboles se enreda
y acalla de los céfiros el ruido.

Un instante, no más; la luna brilla
y el tierno beso de su luz derrama
de una orilla del lago á la otra orilla;

El ave estremecer hace la rama
y el rauda esquife de cortante quilla
vuela sobre el dormido panorama...

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

Santa Fe (República Argentina).

PRÉSTEME USTED SUS ARDORES...



COPIA DE UN CUADRO DEL REPUTADO PINTOR ESPAÑOL

7

VICENTE NICOLAU GOTANDA

© Biblioteca Nacional de España

A un... autor

Hoy tu libro he recibido.
 Al punto lo he hojeado
 y en tu libro he admirado
 lo mucho que has aprendido.
 En él mil cosas leí:
 reflexiones, argumentos,
 ideas y pensamientos;
 pero ninguno de tí.
 ¡Y qué erudición sin par!
 ¡Qué ciencia tan sorprendente!
 Estarás, seguramente,
 agobiado... de copiar.

En tu libro ve cualquiera
 que, citando sin medida,
 hay más *citas* que en la vida
 de cualquier aventurera.
 Y así queda demostrado,
 con tanto que trabajaste,
 que más *citas* manejaste
 que un alguacil de juzgado.
 Mas, no te envanecerás
 si oyes aplaudir tu obra,
 porque ya sabes de sobra
 que aplauden á los demás.
 Sólo puedes exigir
 el aplauso lealmente,
 porque tú, seguramente,
 lo has debido corregir.
 Y si del libro te engríes,
 muy bien puedes decir esto:
 —¡Hay algo mío! ¡Yo he puesto
 los puntos sobre las íes!

Aunque, también en tu honor,
 declaro que he visto allí
 la nota que dice así:
 «*Es propiedad del autor.*»
 Nota que, á decir verdad,
 hará reír á la gente,
 pues tu libro, francamente,
 carece de propiedad.

En fin, yo te felicito
 por tu libro portentoso;
 muy nítido, muy lujoso,
 muy ameno y muy bonito.
 Y sólo, mirado en globo,
 una cosa en él desdice:
 aquella cita que dice:
La propiedad es un robo.
 Suprimela, que en verdad
 es una cita que irrita.
 Y porque además es cita
 que excita la hilaridad.

LUIS GARCÍA.

Buenos Aires, 1898.

Pentélicas

Á ANDRÉS A. MATA

Al bloque, con que pródiga la entraña
 del pentélico monte, al arte brinda,
 acércase el amado de los dioses,
 el émulo de Scopas, noble Fidas.

Su divino cincel rompe la piedra,
 y al rudo golpe surgen las purísimas
 formas turgentes de la núbil diosa,
 cual si surgieran de las ondas ciprias...

Y Venus Victrix álzase radiante
 y casta y voluptuosa y peregrina,
 de la roca pentélica, al conjuro
 del genio poderoso del artista.

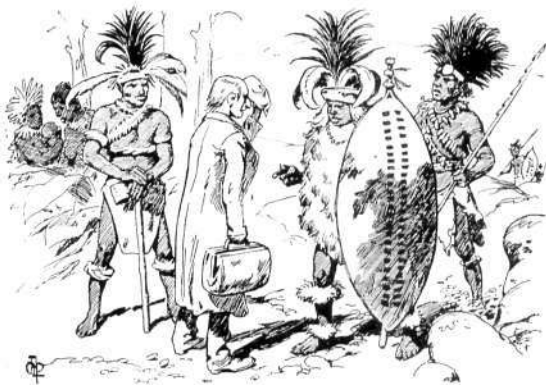
Absorto el mundo á contemplarla viene
 y es desde entonces la deidad olímpica
 prisionera inmortal de los humanos,
 eterno ideal de la belleza artística...

Talla en la misma piedra las creaciones
 que guarda la opulenta fantasía,
 é inmortales serán, como la diosa
 que al sacro monte arrebatara Fidas.

Caracas.

J. A. PÉREZ CALVO.

ENTRE CARIBES



— Por lo que advierto, no ha sido del todo feliz tu viaje.

— No del todo... (¡qué salvaje más atento y más cumplido!)

— Vén y no te cause pena ver estas gentes feroces; confía en mí...

— ¿Me conoces?

— ¡Ya lo creo! ¡eres... mi cena!

Dibujo de Apeles Mestres.

Rosas

Consumen á las rosas escarlata
 las caricias de Febo,
 como á la fresca rosa de tu boca
 el verano inclemente de mis besos.

JOSÉ M. QUEVEDO.

La Plata.



Niniche

AL REPUTADO DIBUJANTE ESPAÑOL, DON JOSÉ CABRINETY

Hermosa, esbelta, de ojos grandes y azules, en los que parecía reflejarse la inmensidad de los cielos; de cutis de nieve y rosa y de formas graciosas y correctas, era imposible verla sin amarla, como sucede con las heroínas por entregas.

Aquella mañana Niniche (nombre con que fué bauti-



zada á los quince años por su papá, un general de la secta de los anabaptistas inconscientes), se había levantado más temprano que de ordinario y estaba más mona que nunca. Vestía un vaporoso traje azul ceñido con graciosa coquetería á su talle y cubría su rubia cabecita un sombrero de paja, cuyas alas, forradas de seda roja, templaban apenas con su sombra el fuego de sus ojos, que brillaban hechiceros en rosadas penumbras...

Pepe, su primo, la encontró regando una mata de olorosos jazmines.

—¡Niniche! dijo el pobre muchacho, acercándose con timidez á la niña.

—¡Ah! ¿eres tú, Pepe? exclamó la joven soltando la regadera y batiendo gozosa las palmas.

—Yo mismo, Niniche... acabo de llegar en este instante al pueblo; en la impaciencia que tenía por verte, no he querido ni siquiera sacudirme el polvo del camino.

—¡Cuánto te lo agradezco, Pepe!

—¡Vaya! ¡y qué crecida estás! ¡y qué hermosa!

—¿De veras? dijo la niña poniéndose colorada y sonriendo... quizá para que su primo pudiera admirar la blancura deslumbradora de sus dientes nacarados.

—Pero dime, Niniche, ¿qué significa que al entrar no he encontrado á nadie en la quinta?

—Pues significa... que estoy sola, contestó la joven con cierta turbación, no sabemos si real ó fingida.

—¿Sola?

—O poco menos...

—¿Y mi tío? ¿dónde está mi tío?

—Salió esta mañana y no ha vuelto aún.

—¿Y mi tía?

—En la iglesia.

—¿Y la vieja Eduvigis?

—¡Ciega!

—¿Y López, el asistente?

—¡Mudo!

Y Niniche miró de una manera enloquecedora á Pepe.

—Bueno, entonces volveré más tarde, dijo éste con voz apenas perceptible.

—¡Cómo! exclamó Niniche, mordiéndose los labios con expresión de despecho, ¿te vas? ¿qué prisa tienes? ¿tan mal te encuentras al lado mío?

—¡Al contrario!

—¡Y se sonríe!... ¿por qué te sonríes, Pepe?

—Es que... mira, ya te lo diré después, Niniche; ahora quiero ir á casa de mi nodriza, donde he dejado mi equipaje, á cambiarme de ropa y á asearme un poco; vengo en un estado... lamentable, y no quisiera que me viesen así; estoy cubierto de polvo y debo parecer una estatua escapada de un mausoleo. Ya al llegar al pueblo una turba de muchachos me gritó: ¡El convidado de piedra!... y aun creo que zumbó en mis oídos algún fragmento de *convidado*. Conque, nada, Niniche, hasta luego.

Y Pepe tendió la mano á su seductora prima.

Y Niniche, que no apartaba los ojos de su primo, gallardo mancebo de diez y ocho años, cuya hermosa presencia había cautivado no pocos corazones de mujeres, en lugar de estrechar aquella mano trémula, asió á Pepe del saco y le dijo con una voz llena de arrullos:

—¡No te vayas!... ¡hace tanto tiempo que no nos vemos y tengo tantas cosas que decirte!...

Pepe clavó en ella sus ojos negros y centelleantes, con un atrevimiento de que se sintió él mismo admirado, y Niniche, queriendo tal vez esquivar aquella mirada, fijó la suya en el suelo... pero de pronto se puso pálida,

lanzó un grito agudo y cayó desvanecida en los brazos de su primo.

No sabiendo á qué atribuir aquel síncope, Pepe miró sorprendido en torno suyo y no tardó en ver deslizarse rápidamente por entre el menudo césped una hermosa sierpecilla de plateadas escamas que se perdió entre unas matas de malva-rosa.

Pepe siguió, no obstante, mirando á su alrededor: sin duda el majadero buscaba también en aquel microscópico paraíso el árbol genealógico... del pecado: el manzano.

Pero no vió más que serpientes.

Mientras tanto, Niniche continuaba desmayada, y Pepe no sabía cómo hacer para volverla á la vida, para devolver la luz á sus ojos y las rosas á sus mejillas.

Por fin tuvo una inspiración: colocó á su hermosa prima en un banco de hierro, corrió á un pequeño estanque que había en el jardín, sumergió la mano en el agua y volvió al lado de Niniche, cuyo pálido rostro roció amorosamente.

—Sobrino, eres un animal, dijo en aquel momento una voz que sonó en los oídos del joven como el estampido de un cañón.

Pepe volvió rápidamente la cabeza y se encontró en presencia de su tío, el general, cuya mirada le pareció más imponente que nunca.

Miró después con expresión de angustia á Niniche, y respiró al ver que la linda joven había vuelto ya en sí de su desmayo.

—Vamos á ver, continuó el militar en tono de mando, como si se dirigiese á un recluta; hágame usted el favor de explicar el objeto de su venida á este pueblo, precisamente en la época de los exámenes. Porque, lo

que es aquí, ¡como no haga usted examen de concien-
cial!

—Le diré á usted, tío...

—¡Acaba con mil de á caballo!

—Pues bien, he renunciado á los estudios.

—¿Que has renunciado á los estudios?

—Sí, señor; ya sabe usted que soy rico.

—No obstante, bueno es que te dediques á una carrera... ¿quién sabe lo que puede sucederte el día de mañana?

—¡Oh! pierda usted cuidado, tío; he hecho más que dedicarme á una carrera...

—¿Más?

—Sí, señor: me he dedicado... á las carreras.

—Eso no es ninguna profesión.

—Pues hay muchos que no se dedican á otra cosa; el *sport* echa cada día más profundas raíces en nuestras costumbres populares.

—¡Qué quieres! no me explico esa fiebre por lo hípico.

—Porque usted es de infantería; pero no lo dude usted, tío, ¡el porvenir es de los caballos!

—Con todo, yo siento que no hayas seguido la carrera de médico.

—En cambio se felicitará la humanidad.

—Bueno; pero todavía no me has dicho con qué objeto has venido á este pueblo; porque supongo que no serán las carreras las que te han traído; aquí no se conocen; vivimos en un atraso deplorable.

—Es que estoy algo delicado de salud y los médicos me han aconsejado que respire el aire puro del campo; en la ciudad ya no se encuentra oxígeno ni para remedio.

—Apuesto á que te aburras antes de los ocho días; este pueblo es muy triste.

—No importa; ya conoce usted mi carácter melancólico; á mí todo lo triste me atrae.

—Pues no me parece que tengan nada de triste las carreras.

—¡Se conoce que no ha perdido usted nunca en ellas, tío!

—Pero todavía no me has dicho qué te ha parecido tu prima Niniche... ¿Verdad que está muy alta?

—Como un pino de oro.

—¿Y bonita?

—¡Encantadora!... parece imposible que sea hija de usted, tío.

—¡Pues á mí no me cabe la menor duda, caballero!

—Dispense usted, no me he explicado bien...

—¡Hum! creo que me estás faltando al respeto y tendré que acabar por sacudirte el polvo... que bastante falta te hace.

—Yo no le he querido ofender á usted, tío; ¡al contrario! quise decir que parecían ustedes hermanos... ¡si cada día está usted más joven! recuerdo que el año pasado tenía usted la cabeza llena de canas, y ahora... ¡ahora ya no se ve ni una!

—¡Adulador!

—La verdad, tío.

—¿Y qué tal? ¿cómo te ha recibido Niniche? Apuesto á que se ha asustado al verte; la pobrecita es la misma timidez en persona, la inocencia hecha ángel... ¿de qué habéis hablado?... pero, ¡diantre! ahora recuerdo que con mi maldita curiosidad te tengo ahí quizás muerto de hambre. Conque nada, chico, anda á cambiarte de ropa y vente á almorzar con nosotros. No te ofrezco mi casa, porque no está bien que habiten bajo un mismo techo dos jóvenes como vosotros; verdad que sois primos, pero

esto, mirándolo despacio, es más bien una circunstancia agravante, sobre todo en pueblos chicos como éste, donde tanto se murmura... ¡como que la maledicencia es la única diversión del vecindario! Pero en cambio comerás con nosotros todos los días.

Pepe se despidió de su tío y de su prima y volvió á la media hora elegantemente vestido y completamente transfigurado



Niniche, al verle entrar en el comedor, donde se encontraba sola, sintió como un deslumbramiento y tuvo que apoyarse en una silla para no caer.

—Pues lo que es aquí no hay serpientes, pensó Pepe, al notar la turbación de su hermosa prima.

No había visto, en cambio, sobre la mesa, y en un elegante frutero de cristal, la dulce y olorosa fruta del Paraíso...

Pero tampoco hincó el diente en ella.

A la mañana siguiente, al presentarse Pepe muy

temprano en la quinta, recibió, como un escopetazo, una noticia que le dejó frío.

Otro Adán le había suplantado en el corazón de Eva, entrando furtivamente en el paraíso de su amor, ¡precisamente en la época en que maduran las pomas!

Según un viejo sirviente, Niniche se había levantado más temprano que la aurora, y después de esperar breves momentos junto á los rosales en flor, vió llegar con indecible gozo á un apuesto zagal, con quien se alejó de la quinta por la senda de los guindos...

—Pero... ¿á dónde han ido? preguntó Pepe, sintiendo en su corazón la venenosa mordedura de los celos.

—El sacristán acaba de decirme, despavorido, que les ha visto entrar en el Molino de los Duendes... Por fuerza, agregó el fiel sirviente con aire consternado, la señorita debe estar poseída de los malos espíritus, porque á mí nadie me quita de la cabeza que el zagal en cuestión es el mismo diablo en persona.

—Pero... ¿ese molino está habitado? preguntó Pepe, con ansiedad.

—Sí, señor, por los duendes, á quienes el cura del pueblo no ha podido desalojar hasta ahora. Sólo á la luz de la aurora abandonan el molino convertidos en una nube de mariposas blancas, que vuelan á hacer el amor á las rosas, según el hijo del boticario, un chico que se saca versos de la cabeza; de manera que Niniche y el zagal...

—¡Podrán entregarse libremente á sus infames amores, sin un solo testigo! gritó Pepe, con desesperación. Pero ¿y el general? ¿por qué no pones al corriente al general de lo que ocurre?

—Sería inútil: el señor general cree en los duendes, les tiene mucho miedo y ni á tiros se acercaría al molino.

—¿Ni tratándose de su honra? Pues bien, ¡corro yo á salvarla... si aún es tiempo!

Y sin escuchar razones, Pepe abandonó precipitadamente la quinta y se dirigió al Molino de los Duendes.

La puerta del vetusto edificio estaba cerrada y nuestro enamorado llamó á ella con imperio.

—¿Quién? dijo una voz fresca, desde el interior.

—¡Abre! contestó Pepe, con sequedad.

—Pero... ¿á quién busca? ¿qué le trae?

—¿No lo adivinas, perjura? bufó Pepe. ¡Ah! es inútil que te ocultes con tu seductor entre esos destartados muros, testigos de tu deshonra y de mi desdicha; tu negra perfidia no quedará sin castigo, ni mi amor burlado sin venganza...

—¿Tu amor? ¿conque confiesas, por fin, que me amas? ¡gracias al cielo!

Y abriéndose de súbito la puerta, apareció Niniche ante los ojos de Pepe, más seductora que nunca.

Pepe rechazó bruscamente á la joven y quiso pasar adelante.

—¿Dónde vas? dijo Niniche, interceptándole el paso.

—En busca del miserable que te ha robado á mi amor, para arrojarte al abismo de la infamia.

—¡Ah! ¡no! ¡antes de llegar á él, tendrás que pasar por encima de mi cadáver!

—¡Aparta!

—¡Detente!

—¡Infame!

—¡Socorro!

Pepe, tras de breve lucha, acabó por desprenderse de los brazos de su prima y se precipitó en el interior del molino, en una de cuyas habitaciones descubrió, en medio de la obscuridad, al seductor de Niniche.

—¡Gracias al diablo! ¡al fin te encuentro! dijo con feroz alegría.

Y asiéndole de un brazo, arrastróle violentamente hacia una ventana por la que penetraba un débil rayo de luz, deseoso de ver el rostro de su aborrecido rival.

Y se quedó petrificado.

Había reconocido en él á Berta, la graciosa hija del hortelano.

—¿Y se casó usted? preguntábamos algún tiempo después á Pepe, al referirnos la treta de su prima, para hacerle confesar su amor.

—Me casé, contestó suspirando.

—¡Vamos! la cosa no acabó mal...

Pepe lanzó otro suspiro y murmuró entre dientes:

—No, no acabó mal... acabó peor: en boda.

CASIMIRO PRIETO.



Dibujos de J. Cabrinety.



La española en América

AL EXIMIO LITERATO SEÑOR NICANOR BOLET PERAZA

Al desgairé cruzado el mantón de Manila,
con orgullo y con gracia, como reina y manola,
en la luz centellante de la negra pupila
incendiando las almas, va la ardiente española.

Su enarcada cadera, dócil siempre al empuje
del jaleo y las zambras que en su mente resuenan,

se columpia, y al ritmo de la seda que cruje,
de embriagueces que matan los sentidos se llenan.

Tal parece que un beso en sus labios estalla
dado al sol que en su frente se refleja radioso:
ese sol en que busca, ese sol en que halla
de su tierra lejana el mensaje amoroso.

Estos vírgenes bosques, al hollarlos su planta,
le dan todo el aroma de sus índicas flores,
y el concierto de trinos de sus aves la encanta,
inspirándole sueños de esperanzas y amores.

Es señal de su alianza con la tierra bendita
que otro mundo de afectos é ilusiones le crea,
el luciente *cocuyo* que en su seno palpita
ó en su obscuro cabello jugueteando chispea.

Ya es de América el alma de la ardiente española;
la indolencia en sus brazos con su arrullo la mece;
y aunque piensa en su patria, ni está triste ni sola:
¡todo aquí la seduce; todo aquí la engrandece!

Ya sucede la danza tropical, voluptuosa,
á la *jota* en que vibra la febril castañuela,
y á la sal del *bolero* andaluz, la harmoniosa
tanda alegre de vales en que aérea, ágil, vuela.

¡Oh, fusión de la sangre que la vida fecunda,
que la enérgica savia de las razas renueva!
Cuanto nace á su influjo, de esplendores se inunda,
y á lo puro, á lo grande y sublime se eleva.

Cada bella española nos subyuga y atrae
cual un vórtice hirviente de inefables placeres...
¡Oh, feliz quien á él llega, y quien loco en él cae!
¡Dios bendiga á quien ama con delirio á esos seres!

¡Noble España!—á tus hijas, ¿quién habrá que resista?
Con el mágico fuego que en sus ojos se encierra,
¡ah! bien puedes del mundo emprender la conquista,
y mirar á tus plantas sometida la tierra...!

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ.

Santo Domingo.

Dibujo de T. Garcón.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Rosendo Villalobos

DISTINGUIDO POETA BOLIVIANO

Nymphée

(JOSÉ MARÍA DE HEREDIA)

La cuadriga del sol baja á Poniente,
y al ir veloz por la celeste arena
siente que Apolo su ímpetu refrena...
pero vuela sobre oro incandescente.

Se hunde en el mar, que en su hálito potente
y entre sangrienta luz el orbe atruena;
y ya en la noche límpida y serena,
torna en plata su púrpura el Oriente.

Es la hora: al borde de la clara linfa
tiende sin flechas el carcaj la ninfa.
Todo es paz. Muge el ciervo en los breñales.

La luna alumbra el nocturnal concento:
y el dios Pan, ante el ritmo de su aliento,
ríe al ver que se animan los rosales.

La Paz (Bolivia).

ROSENDO VILLALOBOS.

¡Canta!

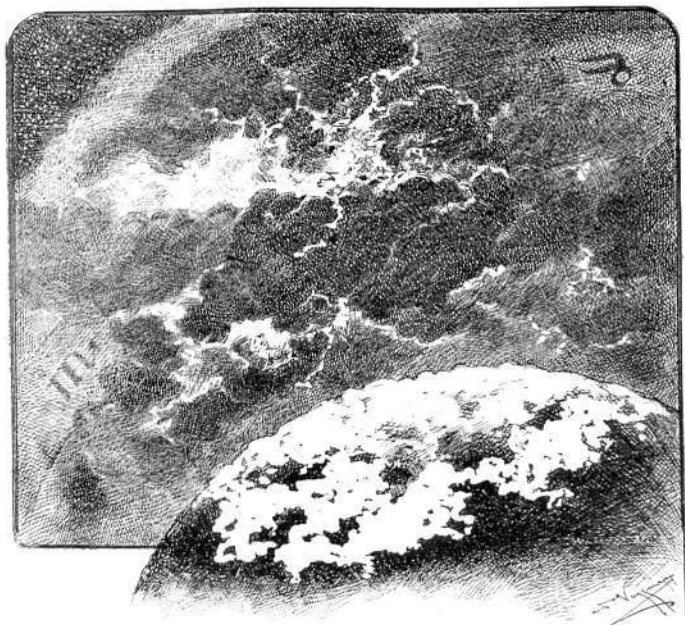
¡Canta, poeta! Que tu musa airada
en medio del dolor resuene y vibre:
trina mejor el ave aprisionada,
que la que vaga por los campos, libre.

El duro golpe que nuestra alma crispa,
produce la creación radiante y bella:
el choque de la piedra da la chispa
y el choque de la nube la centella.

No rinde el orbe al triunfo su incensario;
más lleno de esplendor, más meritorio,
halla á Jesús muriendo en el Calvario,
que á Pilatos triunfante en el Pretorio.

Guatemala.

MÁXIMO SOTO HALL.



Un drama

PERSONAJES: EL CIELO, LA TIERRA, LILIPUT

ESCENA PRIMERA

EL CIELO (*engalanándose con una aurora*). — Buenos días, mi joven hija; ¿cómo va?

LA TIERRA. — Muy buenos, mi querido padre. ¡Sufro horriblemente! Ya principia la obra, la gran obra: mi corteza se enfría, los diluvios me refrescan. Por todas partes escoria, películas de granito, gérmenes de con-

tinentes, lava, mucha lava... Siento los dolores de la mujer fecundada; palpita en mis entrañas el embrión— ¡voy á ser!

(Durante esta conversación, transcurre enorme periodo de tiempo. Como el sonido recorre trescientos metros por segundo, en el intervalo surge en la Vía-láctea una nebulosa, alma, crisálida de otro sistema planetario).

EL CIELO *(encendiendo un cometa en su inmensa página azul, á modo de gigantesco signo interrogante)*. Y bien, ¿te sientes mejor?

LA TIERRA *(mugiendo con la voz de sus mares alborotados)*. ¡Qué horribles, padre mío, qué horribles son mis hijos! ¡qué pobre vestidura la que me cubre! Sobre mi túnica de fango, estampan sus huellas el mastodonte y el megaterio; trepando por los troncos de los árboles sin flores, el protopiteco, este maldito mono; encima de mis pantanos inacabables, el ictiosauro y el plesiosauro; agitando las copas de mis horizontes nebulosos, el pterodáctilo... ¡Qué va á ser de mí!

(Entretanto el cometa sigue en su vuelo á través del infinito; penetra en la órbita de un sol; pulveriza dos planetas que encuentra á su paso; desaparece).

EL CIELO *(cambiando las figuras de una constelación, escribiendo «beta» donde antes «alfa,» «gama» en vez de «delta.»)* — ¿Y ahora?

LA TIERRA *(toda blanca, helada, semejante á una bola de nieve)*. — ¡Qué frío, padre mío, qué desolación! ¡Muerte, crueldad por doquier! En las playas los colmillos del megaterio, la osamenta del mastodonte; el ictiosauro y el plesiosauro, sólo recuerdos; el pterodáctilo, una tradición... Mis bosques se han hundido en lo más recóndito de mis entrañas; están petrificados, negros, convertidos en hulla... ¡Poco he vivido!

(*Millares de siglos pasan sin oirse padre é hija. De Saturno se desprenden dos anillos luminosos, que giran á su redor como fuegos artificiales.*)

EL CIELO (*convirtiendo un satélite en planeta. En el satélite se mece la cuna de una nueva humanidad; en el planeta se abre la tumba de una rosa.*)—¡Vitor, vitor! ¡Te salvaste por fin!

(*Bosques con flores y mariposas; mares con perlas y espumas; campiñas con frutos y espigas... ¿Qué manchitas son esas que flotan en el Atlántico? ¿Qué serpiente de hierro atraviesa la América? ¿Qué misterioso aparato en esa plaza de París? ¿Qué monumento de Roma...?*)

LA TIERRA (*apagando la última erupción del Vesubio.*)—¡Déjame, déjame, y responde! ¿Es cierto que hay allá algo más que Vida y Muerte, que poderosos y débiles, que reyes y esclavos? ¡Di, di pronto!

(*El Cielo se apresura; responde inmediatamente con un inacabable trueno que parece una infinita carcajada. El cometa cumple otra vez su órbita y estampa en el azul un burlesco signo de admiración.*)

LA TIERRA (*un poco corrida*). Pues voy á preguntárselo á Liliput. ¡Acá, Liliput!

ESCENA ÚLTIMA

(*Liliput aparece vestido de sacerdote: es el descendiente del protopiteco de los bosques primitivos.*)

LILIPUT.—¡Ah, sí! La Tierra fué creada en seis días... No existen los mundos habitados... Adán es el primer hombre... La monarquía es de origen divino... El Progreso es una impiedad...

(*Mirando al cometa, y al volcán que lanza sus últimos resplandores.*)

¡La cólera de Dios arriba manifiesta el poder del diablo. ¡Claro!... Guerras, calamidades, pestes, hambres, tentaciones... he ahí lo que anuncian estos signos...

Telón rápido.

Lima.

JOSÉ M. TAPIA.

CUENTO BATURRO



- ¿Sabes tú que hace un frío que no es propio del tiempo?
- ¡Hum! ¡ya se dirá!
- ¿Qué opinas?
- Otra, que esto no tié más remedio que traer perjuicio á tercero.

Dibujo de T. Gascón.





- I. — En el Sancto nombre del Sennor Dios e de la Sennora Sancta Maria acaesció: que seiendo Conde de la Marca Cathalana Iofre el Piloso vivía mui sanctamente en la montanna de Montserrat un ermitanno que avía nombre Juan Garín.



- II. — Enfuriado el Maligno Espiritu de la devota e sancta vida que el dicho ermitanno facia, entróle fuertemiente deseo de facerlo caer en grande e carboniento peccado. Ca estos e non otros son sus pensamientos é obras.



III. — E priso la figura e ábito de ermitanno e fuese cabo a Montserrat: e con grand fingimiento mui guisadamente se fizo su amigo. Mas de ningun valimiento le fue atal ardit, ca Garín era un sancto omne.



IV. — Estonces deliberó de se entrar en el cuerpo de Riquildis fija del Conde Iofre, e el dicho Espiritu malo fabló por los labros de la donzella e dixo que non saldría si Garín non le forçava a ello.



V. — E Riquildis fue llevada a Garín. Mas estonces dixo el Demonio que saldria si passava la donzella nueve dias con el sancto ermitanno sola, e si non non. E fue deliberado que ansi era forçoso que se ficiera.



VI. — E ansi se fizo, magüer que Garín non fuera dello gustoso sino mui cuitado. E como él le fiziera sermones temprados é sabrosos, el Demonio puso en su carne el más puerco de los deseos: que todos sabedes cual sea.



VII. — E Garín pecó, e como bien pensaredes non pecó solo. Por ende al viniente dia plorando de sus ojos fue a confessarse al traidor del ermitanno el qual le dixo que pues peccado ávia que a lo menos ascondiera el su peccado.



VIII. — E dióle consejo: et atal consejo fue que matara a Riquildis. E como todo home que pierde la confiança en Dios peor es que una bestia, el malastrugado Garín degolló a Riquildis, de que murió.



IX. — E muerta e sin vida que veyóla la soterró. Estonces el Maldito dexó el fingimiento e le fizo grande escarnio e burla, de la alegría que ovo de tan sennalada vitoria.



X. — E el malfadado Juan Garín veyendo e pensando quan orrendo el su peccado era, deliberó de marchar cabo a Roma a pedir perdon al Padre Sancto que es Xpo en la tierra: Ca si él non le perdonava non podía aver perdon de ome alguno en la tierra nin de Dios en el cielo.



XI. — E como le uvo vetdo e oído, el dicho Padre Sancto le dixo que non era cosa de perdonar : e condemnólo a caminar a guisa de bestia immunda e facer vida de bestia fasta que un infantico de tres meses le dixese que el Sennor Dios lo perdonava.



XII. — Et esto lo dixo el Padre Sancto pensando que los infanticos de tres meses enjamás fablaron ni es cosa de que fablen en los tiempos venientes. E caminando puercamente volvió Garín a Montserrat onde vivió muchos annos fasta que un dia suvió a la sancta montanna a cazar el Conde Iofre.



XIII. — E fué descubierto por uno de los monteros del Sennor Conde: el qual Sennor Conde creyéndolo estrannissima bestia fiera horrendo que fuese llevado al su palacio de Barcelona, onde fué llevado e onde vivió otros muchos annos.



XIV. — Fasta que un dia de grand fiesta fué subido a las salas para regocijo e divertimiento de los convidados. E un infanctico de tres meses como lo vido, mui claramente fabló así: levántate Juan Garín que Dios perdonado te ha.



XV. — E levantóse Garín e contó mui omildemente la verdad. E yendo todos e quisquier al lugar onde Riquildis yacía soterrada la desoterraron e falláronla viva, cosa que todos creyeron porque la veyeron ca si non la veyeran non la creyeran.



XVI. — Et en membraça e agradecimiento de atal miraclo fundó el Conde Iofre el Convento de Sanct Benito en lo que gastó muchos dineros, e del qual fué nommada abadessa Riquildis e capelán el sancto e virtuoso Garín. Así acaesció e non otramte magüer que otramte lo canten óperas.

En un álbum de artista

Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu poesía sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu verso tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento. Siendo igualmente justo, te habré dicho sin duda mucho más. Los que en tiempos cercanos recorrieron la senda que va de las estatuas esbeltas y delicadas de Gautier á los grandes mármoles de Leconte amaron en el poeta el don de una impassibilidad que resguardara á las líneas del cincel impecable del peligro de un estremecimiento. Menos paganos, nosotros gustamos de recordarle nuevamente el mito del pelícano, porque sin dejar de tener la idolatría de la forma, necesitamos al mismo tiempo un arrullo para nuestro corazón y un bálsamo para nuestras tristezas. Ellos le hablaban para decirle:—«Haznos, estatuario, una estatua. Que lllore ó ría; que muestre el gesto del amor, ó de la meditación, ó del desprecio. Pero que sea perfecta y que sea pura.»—Nosotros le decimos:—«Escúlpenos una elegía en mármol negro, y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón.»—Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo.

NUESTROS COLABORADORES



Espejismo

A FEDERICO L. GUTIÉRREZ.

Los duelos de mi vida
son nubes que se alejan.

Hoy al tender la aurora
su rosado cendal sobre la niebla,
salí á llorar en mi ruinoso huerto
la inclemente orfandad de mis tristezas;
todo hallábase en pie, todo cambiado,
y en su día nupcial la primavera
ceñía una corona
de orquídeas y violetas.

El friso de las lilas festoneaba
el calado ojival de la glorieta,
la fimbria del rocío
temblaba en las libélulas,
colgaban en los olmos
sus balaustres de plata las falenas,
y en el raso del musgo los helechos
desplegaban sus túnicas de seda.

Vestí mi plectro entonces
con pasionarias y con rosas nuevas,
tomé la pauta de mis viejos himnos,
dejé mi luto y me sentí poeta.

Los duelos de mi vida
son nubes que se alejan.

Mis dichas resurgieron ;
volví á cantar la reja
velada entre jazmines,
nelumbos y camelias ;
torné á evocar la imagen
sobre el marfil de cuya sien la estrella
temblara como nívea mariposa
sobre el diáfano tul de una caléndula ;
soñé con un esquiife fulgurante,
con un lago de azúmbares y anémonas,
y entreví la eminencia de una costa

sobre el púrpura azul de cuyas peñas
destacara el castillo de la dicha
la corona triunfal de sus almenas.

Todo alzaba otra vez en su lenguaje
la canción festival de las promesas;
mis sueños renacían,
tornaban mis quimeras.

Los duelos de mi vida
son nubes que se alejan.

PEDRO J. NAÓN.

Buenos Aires, 1898.

Décimas

Sobre una tumba olvidada
hay un árbol florecido,
y sobre el árbol, un nido,
y en el nido una pollada
inquieta y mal emplumada,
que, sin respeto á los muertos,
modula allí sus conciertos,
y sólo el coro suspende
cuando oye un rumor, y tiende
los anchos picos abiertos.

Nadie sabe quién reposa
bajo aquel montón de tierra:
el olvido, cuando entierra,
cava muy honda la fosa.
Pero una madre dichosa
sostiene con mucho empeño,
que es una novia sin dueño
que se ha quedado dormida
soñando, y en la otra vida
realiza su último sueño.

MARTÍN CORONADO

Buenos Aires, Febrero de 1898.

EL CARNAVAL



— ¡Bonito disfraz, Andrea!
poco tiene que velar...
¿de qué es?

— De reina del mar.

— ¿Del mar... en baja marea?

Dibujo de J. Cuchy.

EPIGRAMA

— Ahí está el señor de la Cerda...
— ¿De *la Cerda*? ¡voto va!
me admira verte tan lerda:
otra vez suprime el *la*.

Enrique Frexas

He tratado con cierta intimidad en mi vida, algo aventurosa y que ya comienza á no ser breve, á muchos hombres de valer intelectual, célebres algunos en el mundo entero; pero pocos me han interesado por la singularidad de sus aptitudes intelectuales y sus condiciones de carácter como Enrique Frexas.

Por qué no ha adquirido su nombre la notoriedad de los que el mundo llama hombres célebres, es cosa que antes de conocerle íntimamente me tenía intrigado, y lo atribuía á uno de esos estados de desencanto que sin aminorar el talento parece como que le cortara las alas.

Una de las muchas veces en que he tenido el placer de departir con este querido amigo le insinuaba yo, con esa impertinencia que autoriza el afecto, por qué no había emprendido esta ó aquella obra de aliento, y él me respondió ingenuamente estas palabras que pintan una faz de su manera de ser:

— «Soy incapaz de llevar á cabo ninguna tarea larga. Todos mis actos, ó si usted quiere, triunfos, han sido improvisaciones, es decir, frutos de la espontaneidad, que quizás es mi cualidad única.»

Que estas frases encierran una confesión de displi-cencia no cabe dudarlo, ya que de ellas se desprende que Frexas, según él mismo lo dice, no es capaz de un esfuerzo sostenido de la voluntad; pero ¿cómo conciliar esto con su puntualidad en el cumplimiento de todas sus tareas y con la escrupulosa honradez de todos sus actos y juicios?

Estas cosas no se explican sino estudiando toda una

vida, y aun asimismo ¡cuántos puntos no quedan en la sombra!

En este caso, difícil me ha sido despejar incógnitas; porque Frexas, como todos los hombres de verdadero mérito, no se complace en hablar de sí mismo; mas uniendo indicaciones fragmentarias recogidas de distintas fuentes, y también de sus propios labios, he podido construir algo á manera de biografía, que á mi ver explica mucho, ya que no lo aclara todo.

Enrique Frexas nació en Murcia, y allí creció idolatrado, como hijo único que era, en un hogar opulento.

Su señor padre, que además de ocupar en la milicia el alto grado de general era rico hacendado, no dejó que malearan su carácter el cariño excesivo ni la vida reglona; y la educación recibida de aquel enérgico militar de principios y prácticas inflexibles, tenía que moldear de una manera definitiva las líneas de su carácter.

Ésta había de ser la coraza infrangible con que luego luchara en la vida. La juventud le encontró en ventajosa posición pecuniaria y social, como emparentado con principales familias de la nobleza catalana; mas era algo delicado de salud y un tanto inclinado á la melancolía, circunstancias que, á mi ver, son las peores para que un hombre prefiera el trabajo á los placeres.

El peligro era serio, pues es cosa sabida que no hay peores calaveras que los taciturnos, ya que todos, hasta los propios padres, les inducen á que se diviertan. Frexas escapó ileso, sin embargo, pero su carácter no podía por menos que resentirse de las circunstancias apuntadas, y á ellas hay sin duda que atribuir el que carezca de ese tesón tan propio de los espíritus que se forjan combatiendo al infortunio.

Enamorado de la belleza y poeta á sus horas, lo que

contrariaba los propósitos paternos, Frexas terminó, sin embargo, con brillo la carrera de Derecho, á la que no se sentía inclinado.

Supongo que en esta parte de su vida debió por lo menos hallar el tema de este cantar, no poco intencionado, y que concurre á robustecer mi teoría de los melancólicos:

Si quieres, niña, medir
todo el amor de tu amante,
mira si estando contigo
le estorba mucho tu madre.

Por esta época ocurrióle á Frexas una aventura que voy á referir; pero no se alarmen ustedes porque no tiene nada de amorosa.

Cierta noche, al retirarse á su casa, hallóse con una carta de un amigo íntimo, rogándole que se encargase de la defensa de un procesado, cliente suyo, á la que no podía en ninguna manera atender por verse en el caso de tener que ausentarse repentina é indefinidamente. Le dejaba con la carta un mal borrador de su primer escrito y una copia del apuntamiento del relator; no era mucho. En cambio, si era mucha la importancia de la causa: homicidio; ¡y la vista de ella se había de efectuar á la mañana siguiente!

Si hubiera tenido por delante un mes para prepararse, es probable que Frexas no hubiese aceptado el empeño; pero nervioso y amigo de resolver todo problema en una sola batalla, se acostó tranquilo después de leer aquellos cuatro papelotes, y al día siguiente vistió la toga y subió tan orondo á alegar *in voce* en pro de su defendido, que apenas si recordaba cómo se llamaba. El fiscal pidió, confirmando la sentencia del inferior, catorce

años de presidio; pero el discurso del improvisado defensor sacó al reo libre de culpa y cargo.

Esta manera de proceder por medio de bruscos estallidos de actividad, son el fondo mismo de la personalidad de Frexas. Por un lado, muestran al joven que se educara en un ambiente que inclinaba á la holganza, y por el otro la sangre enérgica del viejo militar que corre por sus venas.

A estas improvisaciones debe Frexas otro triunfo que merece también contarse. No habiendo aspirado nunca á obtener en literatura ningún lauro académico, y firmando por otra parte sus producciones con su segundo apellido ó con seudónimos para no contrariar la aludida resistencia paterna, mucho le reprochaban siempre aquella falta de ambiciones literarias sus amigos Narciso Oller, José Ixart y otros. Un día fueron tales estos reproches que, llegado á su casa, púsose á revolver sus manuscritos, y la primera composición que le cae á las manos (escrita ocho años antes) la mete bajo cubierta y la envía al próximo certamen de la antigua é importante Asociación Literaria de Gerona. Resultado: ¡el premio de honor por unanimidad!

Paréceme que los hechos que dejo narrados delinean un carácter con mucha más fuerza que las menudencias de una prolija biografía.

Prescindiendo de aquéllas debo indicar, sin embargo, que, de la juventud á la edad madura, se produjo en la vida de Frexas un hecho que merece consignarse, y lo haré reproduciendo uno de los preciosos cantares de mi biografiado:

La riqueza que me queda
no temo que me la roben:
es una conciencia limpia
y un buen sueño por la noche.

La pérdida de gran parte de su fortuna y, mucho más que esto, uno de esos grandes dolores que no matan de golpe, pero que vuelven todo el resto de la vida una tranquila agonía, han dado á Frexas el carácter que hoy tiene para uso propio, y que sólo le conocen sus íntimos amigos, pues es demasiado discreto y de temple demasiado altivo para que haga partícipe de sus tristezas á todo el mundo.

¡Y decir que hombre de tan bellas prendas no cree en la democracia! Lo que le salva en mi concepto es que no para de practicarla, y, como él mismo lo dice, á veces goza más hablando con un gañán que con un potentado.

Y ¿el crítico musical, dirán ustedes?

A este respecto poco es lo que puedo decir por cuenta propia, puesto que se trata de una reputación consagrada, y esto en una materia en que nada entiendo.

Sé que Frexas, aprovechando las horas que le dejaba libres su cargo de oficial 2.º de la Diputación Provincial de Barcelona, que obtuvo no por favor, pero sí en reñidas oposiciones, siguió cultivando la música, por la que tuviera pasión desde niño, siendo el piano su instrumento favorito. Esto, al par de sus aptitudes literarias, tenía que llevarle necesariamente á la crítica, y así sucedió, en efecto, iniciándose en este difficilísimo género con tal éxito que á poco ocupó uno de los primeros puestos, sino el primero en ambiente tan artístico como el de la ciudad condal.

Allí fué á buscarle *La Nación*, y lo que no había conseguido la proposición de un fuerte destino en Puerto Rico, — vencer el horror al mareo, — lo obtuvo el prestigioso diario bonaerense.

Mucho podría decir sobre las aficiones, sobre las

ideas estéticas, sobre la conciencia meticulosa con que Frexas estudia las obras que aprecia; pero, además de que esto exigiría mucho mayor espacio del que dispongo, ello no le descubriría mejor á los ojos del lector. En cambio le pinta de cuerpo entero la siguiente página suya, que entresaco de una carta íntima en que él mismo se aprecia como crítico en estas palabras llenas de ingenua honradez:

«Si alguna cualidad puedo haber demostrado en el ejercicio de la crítica, es la más estricta imparcialidad, debida á mi amor incondicional al arte, sea cual fuere su procedencia y con desprendimiento de todo exclusivismo de escuela, sistema ó nacionalidad. Gracias á esta independencia de todo prejuicio sectario, he adquirido con el ejercicio aislado de mi sensibilidad estética cierta orientación personal hacia la belleza, que rara vez me ha extraviado, y por el contrario, me ha valido la satisfacción de coincidir, sin saberlo, con grandes autoridades.»

Y ahora, además de todo lo que queda dicho, Frexas es un amigo, un compañero inapreciable. Su faz, de expresión entre severa y afable, su voz entre pectoral y atemorada, sus maneras llanas al par que de hombre bien nacido, inspiran simpatía desde el primer momento que se le trata.

En fin, Frexas es uno de esos hombres que tienen el raro mérito de hacer que todas las fisonomías, que todos los ojos en una reunión se iluminen con una sonrisa de complacencia al advertir su llegada.

JULIO PIQUET.

Buenos Aires, 1898.

LA SAL DE ANDALUCÍA



—¿Por qué te has dado á beber,
desde que tienes mujer,
sin ver que eso te degrada?
—Bueno, ¿y qué le voy á hacer?
¡mi mujer es tan *salada!*...



Hay un papel entre mis versos, mudo
 cómplice del recuerdo que me exalta;
 lo abro temblando, á la memoria ayudo,
 y en el silencio de mi hogar desnudo
 me pongo á meditar sobre tu falta.

—
 Mi espíritu despierto emprende el viaje,
 y libre del afán que lo consume,
 vuela al pasado para ver tu traje,
 besar su falda de crujiente encaje
 y embriagarse otra vez con su perfume.

—
 El labio tiembla entonces y te nombra,
 y vuelvo á verme en la risueña estancia;
 las cortinas de tul, la roja alfombra,
 y derramando entre la grata sombra,
 mi regalo de flores su fragancia.

—
 El piano abierto; en el atril alguna
 romanza que cantaste en la mañana;
 el tibio ambiente que á la luz se aduna,
 y el tembloroso rayo de la luna
 prendido en el cristal de la ventana.

—
 ¿Qué viento de armonías celestiales,
 de músicas y besos suena en torno?
 De mi lámpara, en grupos desiguales,

asciende el humo en blancas espirales
y dibuja en la sombra tu contorno.

¡Allí estás, sueño mío! No te escondas,
que ya mis ilusiones vuelan francas,
del pecho surgen en lumíneas ondas,
tal como surgen de las verdes frondas,
ebrias de miel, las mariposas blancas!...

No te escondas, que ya mis alegrías
son flores que abren el marchito broche;
derrama luz sobre las sombras mías,
y déjame decir como Tobias:
¡Hay un ángel en medio de mi noche!

LUIS G. URBINA.

Méjico.

Dibujo de F. Prieto.

Soneto

A ELEAZAR FARIA

De lo infinito el tempestuoso seno
cruzando el cóndor, al mortal asombra;
le sirve el negro nubarrón de alfombra,
de nimbo el rayo y de canción el trueno.

Brota del sol el resplandor sereno
y la nublada excelsitud descombra,
y todos miran la arrogante sombra
del pájaro arrastrándose en el cieno.

Así, aunque el vuelo poderoso encumbre
á lo ideal la fantasía ufana,
y aspire á eterno huésped de la cumbre,

Será ante el sol del raciocinio, vana
sombra de cóndor que mintiendo lumbre
rastrea en el fango de la pompa humana.

ELÍAS DAVID CURIEL.

Coro (Venezuela).

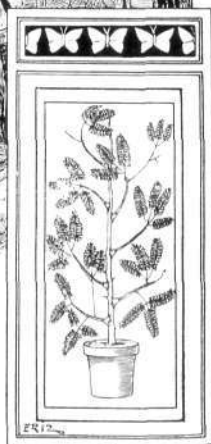


Nada más precioso y encantador que aquella flor en medio de la llanura helada.

Es la rosa más pequeña de este diminuto rosal; son tan delicados sus pálidos colores, y está tan cubierta de escarcha, que todo el que la ve no acierta á explicarse cómo puede resistir á los fríos vientos del Norte.

Sin embargo, á mí no me sorprende, porque estoy enterado del motivo.

En el pasado Abril, una hada con alas de mariposa, que atravesó el jardín, entonces lleno de verdura, había



tocado con el dedo pulgar de su pie, un solo punto de la tierra, y en él dejó la primavera eterna: la flor nacida en aquel sitio no se marchitará nunca.

Pero tiene mucho frío, tanto, que con su rosada blancura, semejava el cuerpo desnudo de un niño metido en una cuna de escarcha.

Al ver que yo la contemplaba con admiración, me dijo:

—Caballero, no hay suerte peor que la mía, porque no puedo terminar mi vida como las demás flores; el invierno, queriendo marchitarme, me hiela, y siento mil espinas frías que como acerbas puntas de hielo penetran en mis delicados pétalos; si vuestro corazón no es duro como el granito de la montaña, tened piedad de mí, yo os lo ruego; haced que tenga cerca un poco de calor; todo lo que me resta de perfume, lo daría por un rayo de sol de estío.

Quedé profundamente conmovido al escuchar estas palabras de la rosa; pero ¿cómo ayudarla? Rogar á las nubes que se abriesen para dar paso al calor del sol, de nada me hubiera servido.

Pensé ir al bosque, y con algunas ramas secas encender una hoguera alrededor de la rosa; pero el viento del Septentrión hubiese extinguido la llama y dispersado las brasas.

¿Qué hacer? ¿Dejaría sufrir sin tregua por todo el largo invierno á la linda suplicante?

Afortunadamente tuve un buen pensamiento; corrí á casa de mi amante, la de los cabellos de oro, y le conté lo que me había ocurrido.

No dudó un solo momento; vistióse de prisa y llegamos con rapidez increíble al sitio donde la flor se extinguía de frío.

Inclinóse mi amiga sobre el tallo y soltó uno de sus rizados, que cubrieron todas las hojas.

—¡Oh! exclamó la rosita de la llanura; ¡qué dulce es el calor del sol!

CÁTULO MENDES.



Dibujos de P. Eriz.



Cuarto menguante

A MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

Azota el viento la callejuela;
junto á la cuna la esposa vela
entretenida con su labor;
y al otro extremo del gabinete,
puesto de codos en el bufete,
con su fastidio lucha el señor.

Ella recuerda su vida toda:
la incomparable noche de boda,
la fugitiva luna de miel;
mas él se aburre de aquella calma,
de aquella vida quieta del alma.
Ella suspira; bosteza él.

En lo futuro triste é incierto
ella se abisma: ve á su hijo muerto
ó mendigando por la ciudad;
y al contemplarle durmiendo en gracia,
piensa en lo inmenso de la desgracia
que lleva á cuestras la humanidad.

Deja él vagando su fantasía
por otros mundos, y se extasía
en lo que en sueños mira entre sí:
con el concurso del pensamiento
se torna un héroe, se forja un cuento,
y se disipa su tedio así.

Un saloncito pequeño y grato:
la alcoba oculta tras un retrato
que aclama á voces su antigüedad,
en el aspecto de la persona,
en su apostura y en la tizona
que lleva al cinto con gravedad.

En el calado biombo de laca,
esbelta grulla su cuerpo saca
por entre arbustos de rosa-té;
y mariposas de canutillo
liban los mirtos de gusanillo
en los cojines del canapé.

Junto al dorado tabor de China
cuelgan los paños de la cortina
abierta en gajos ante el balcón;
y frente al piano de media cola,
ensaya un aire de barcarola
la impura reina de esa mansión.

Su cabellera baja ondulante
sobre la falda lisa y brillante
de vaporosa túnica azul;

y dos calandrias juntan el pico
en el paisaje de su abanico
de concha nácar y leve tul.

Sobre su seno, como un tesoro,
preso en cadena de esmalte y oro,
luce la dama pardo reptil;
y cuando el bicho la cosquillea,
tiembla de espasmo, ríe y arquea
su cuello blanco como el marfil.

— Siguen los sueños color de rosa.—
En la morada de aquella diosa
vese á sí propio nuestro don Juan,
desenvolviendo las rubias yemas
de un ramillete de crisantemas
que ella deshoja sobre el diván;

ó ya apurando sorbos de moka
mientras al piano su dama toca
una sonata de Rubinstein,
y por el humo del rico habano
dama, bujía, banqueta y piano
como entre nubes sus ojos ven.

Por fin el sueño baja á la estancia:
ruedan las flores ya sin fragancia,
sube á los ojos blando sopor:
y en lo más grato del cabeceo
arde la sangre, quema el deseo
y avergonzado corre el amor.

El tiempo vuela; y á breve rato
gira la puerta con el retrato
del caballero del espadín,
del novilunio la luz escasa
entra en la alcoba, cual tenue gasa,
por la ancha reja que da al jardín.

Piafan, al peso de media noche,
los impacientes potros del coche
que al amo espera frente al portal;
y en la penumbra, y en el misterio,
los acres goces del adulterio
gastan la dulce fe conyugal.

El viento azota la callejuela;
 junto á la cuna la esposa vela
 entretenida con su labor;
 y al otro extremo del gabinete,
 puesto de codos en el bufete,
 por otros mundos vaga el señor.

San Francisco de California.

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.

Dibujo de E. Estevan.

CUENTO BATURRO



—¿Sabes que tienes un chico muy majo, Petronila? ¿Cuándo ha nacido?

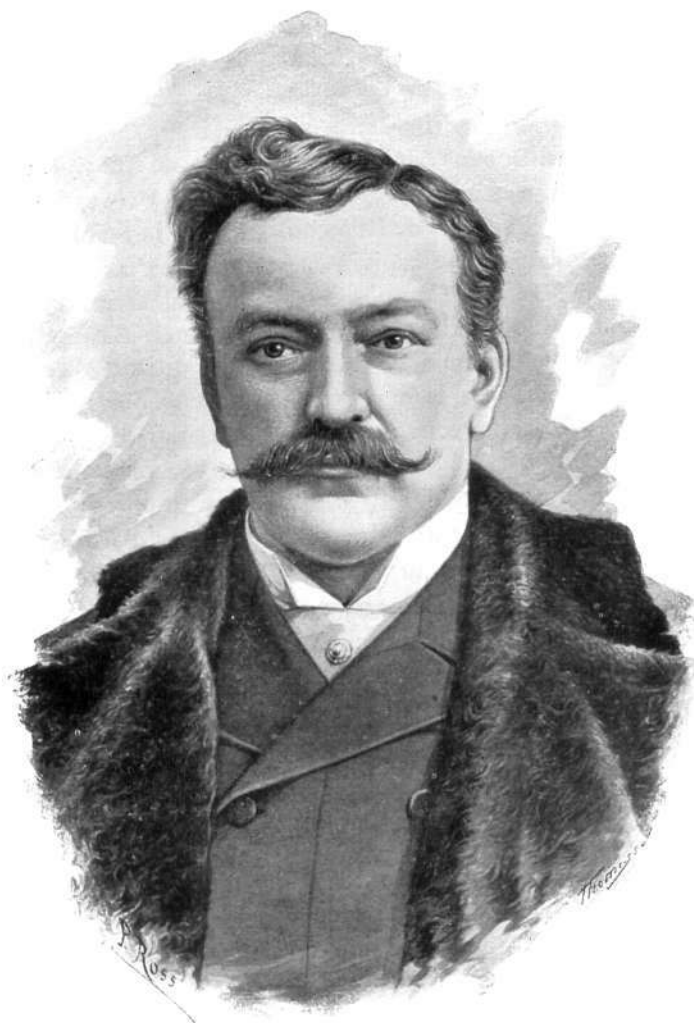
—El Domingo de Ramos.

—¿Y cómo se llama?

—Ramón.

—¡Es claro! ¡el santo del día!

Dibujo de T. Gascón.



Roque Sáenz Peña

Roque Sáenz Peña

Nació en Buenos Aires el 19 de Marzo de 1851. Después de cursar estudios preparatorios en la Universidad, ingresó en la Facultad de Derecho. Durante la revolución del 74, se alistó, como capitán de infantería, á las órdenes del coronel L. M. Campos, recibiendo al terminar la campaña los despachos de teniente coronel. Se graduó el año siguiente, bajo el rectorado del doctor Vicente F. López, con una tesis sobre la *Condición jurídica del expósito*, — clara, precisa, y que, por singular discreción, lo dice todo en 14 páginas. Ejerció su profesión con éxito creciente, defendiendo, entre otras causas importantes, la Ley de educación, con caluroso aplauso de Sarmiento. Diputado á la Legislatura desde 1877, ejerció dos años la presidencia de la Cámara. La guerra del Pacífico le vió pelear en las filas peruanas: asistió á las batallas de San Francisco y Tarapacá; cayó herido y prisionero en la heroica defensa de Arica y fué internado en San Bernardo. Vuelto á su patria, desempeñó en 1881 la subsecretaría de Relaciones Exteriores. Después de un primer viaje á Europa, fundó con Pellegrini, Gallo y López el diario *Sud-América* que, de puro anti-rochista, murió en el juarismo final. En 1887 fué nombrado Ministro plenipotenciario en Montevideo y delegado al Congreso sud-americano que se reunió en la capital uruguaya. Presidente y miembro informante de la comisión de legislación penal, redactó un importante estudio sobre la materia. También asistió como delegado argentino al Congreso pan-americano de Wáshington, y nadie ha olvidado su elocuente declaración de principios en pro

de la América latina, que alcanzó resonancia europea. Allí recibió el ofrecimiento de un ministerio, en horas difíciles y sólo preñadas de responsabilidades: miró en la instancia un llamamiento del patriotismo, y aceptó. Al mes de su llegada estallaba la revolución de Julio: tuvo encargo de defender el principio de autoridad, y en el Rosario, como en Arica, cumplió con todo su deber. La renuncia del doctor Juárez le devolvió á la vida privada hasta Diciembre de 1891, en que se proclamó su candidatura á la presidencia de la República. Suscitada luego la única candidatura que él no podía combatir, se retiró de la lucha, asegurando el triunfo de la nueva combinación. Entretanto, había sido elegido senador al Congreso: á poco de inaugurarse la desastrada administración Sáenz Peña, el hijo del Presidente consumó el sacrificio de su personalidad política, renunciando al alto cargo legislativo. No pudiendo ser con dignidad opositor ni partidario, se eliminó sencillamente, y fué á administrar una estancia en Entre Ríos. No tenemos que recordar los sucesos históricos que le devolvieron su plena libertad de acción. Al reanudar sus tareas profesionales, no ha revelado sobrada impaciencia por reasumir su actuación política.

(De *La Biblioteca de Buenos Aires*).

Sarmiento

Como Aquiles, nació en abrupto monte;
como Ulises, domó mil tempestades;
tuvo el patriotismo de Milciades
y la pluma inmortal de Jenofonte.

VICTORIANO E. MONTES.

Buenos Aires.



Una venganza

—¿Sabes lo que te digo, Celedonio?
 ¡Pus que no *tiés* decoro, ni *tiés* lacha,
 ni pundonor, ni cutis, ni decencia,
 ni eres hombre, ni *ná*!

—¡Chist! ¡para! ¡para!
 ¿Me *quiés* decir, si no es que te incomoda,
 á qué vienen *toas* esas *mojigangas*,
 y qué motivo *tiés* tú *pá* ponerte
 de ese modo, y sacarme tantas faltas?
 —¡Ninguno! ¿*Pá* qué dejas que te arrastre
 el honor por los suelos la Juliana?

—¡Dices que!... ¡Mira mucho lo que dices!
 —¡Te digo la verdad!

—¿Conque me engaña?

—Y con Pepe. ¿Pus qué, no lo sabías?
¿á qué te haces de nuevas, *so* Juan Lanás,
si ya sabe *too* el mundo que te engorda?
—¿Te *quiés* callar al cabo? Mira, Claudia,
que *me se van* hinchando las narices...
—¡Pus eso *quisiá* yo! ¡Que *te se* hincharan
de una vez y les dieses á ese tuno

y á esa sinvergonzona una *somanta!*
¡Más aún! ¡que cogieses un cuchillo
y les sacases *toas* las entrañas,
que si no lo haces tú, por estas cruces,
que lo voy á hacer yo, pese á mis faldas!

—¡Justo, y al *abanico deseguta!*

Aquí se *nesecita* mucha calma
y mirar bien las cosas. ¿Tú *tiés* pruebas?

—¿Y qué más pruebas *pués* pedir, *so mandria,*
que el haberse *marchao* los dos juntitos,
ca cual con un pretexto, de su casa?

¡Y además que lo dice *toa* la gente!

¡Y me lo han dicho á mí en mi misma cara!

—¡Bueno! Pus aunque sea como dices,
repito que es preciso tener calma
y diquelar, y no quemarse mucho.

—¡Pus yo lo estoy ya más que las castañas!

—¿Qué salimos ganando con matarlos?

Que se vayan juntitas sus dos almas
al cielo, al purgatorio ¡ó al infierno!

pero las dos juntitas, de parranda,
y eso *pa* ellos será la misma gloria;
mientras que aquí á nosotros nos agarran,
y nos forman *Consejo de Menistros,*
y nos cuelgan del pico de una escarpia.

—¿No *quiés* vengarte de ellos?

—Sí que quiero,

y verás qué sabrosa es la venganza
que vamos á tomar ahora mismito.
Tú vales mucho más que la Juliana.

—Eso...

—¡Lo digo yo porque es la fija!

¡Eres mucho más joven y más guapa!
Yo valgo más que Pepe, *pus* entonces
ya está corriente *tó.*

—¿Qué dices?

—¿*Chanas?*?

Que nos vamos los dos á la Bombilla,
nos pasamos la tarde de jarana
y después... ¡nos seguimos divirtiendo
y nos vengamos de ellos!

—Pero...

—¡Vaya!

¿acaso le *tiés* miedo á tu marido?
¿es que no *quits* vengarte? Vamos, habla.
—Sí que quiero.

—*Pus* vén conmigo entonces
y á ver si no replicas ni palabra,
porque *pué* ser que si replicas mucho
te zurre, al fin y al cabo, la badana.
Tú dices que esos pillos nos han puesto
á los dos el honor hecho una lástima,
pus con dejar en tal *estao* el suyo,
se acaba la *custión* y ¡Santas Pascuas!
—Será lo que tú quieras, Celedonio,
pero no me conviene esa venganza.
—Oye...

—¡Vamos, que no! Ya tú lo has dicho.
¡Yo valgo mucho más que la Juliana!

Buenos Aires, 1898.

JOSÉ GONZÁLEZ GALÉ.

Dibajo de R. Cilla.

—><—

Venus púdica

El agua en el estanque está dormida
y la coronan pétalos de rosa,
á la indecisa claridad hermosa
de una aurora triunfal que vierte vida.

Se dejó para el baño prevenida,
límpida y enflorada y olorosa,
y ya llega la niña pudorosa
al borde del estanque, desvestida.

Toca la linfa con el pie, y al frío
beso que siente, á echarse no se atreve;
pero al mirar en el bosqueje umbrío
que la contempla un cazador aleve,
al punto entrega al estancado río
su cuerpo virginal de rosa y nieve.

León (Nicaragua).

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

EN LA INTIMIDAD



—¿Qué amigos tiene hoy día Nicolasa?
 —Lo ignoro, Inés; me son desconocidos;
 sólo sé que cuando iba yo á su casa
 no se trataba más que con perdidos.

Dibujo de J. Cabrinety.

— x —

EPIGRAMA

—

—¿Qué me ofrece usted, Consuelo?
 — *Tocino del cielo.* —¿Eh?
 —La verdad... ¿le extraña á usted
 que haya tocino en el cielo?
 —No extrañeza, admiración
 me produce... ¿estás segura?
 —¡Que eso diga un padre cura!
 ¿y el puerco de San Antón?

La gloria de vivir

La naturaleza nos ofrece el ejemplo. A los días negros sucede la tranquilidad del cielo azul resplandeciente de luz. Después de la borrasca viene la calma proclamando los alegres triunfos de la vida.

Todo es armonía para el que sabe contemplar el panorama que lo rodea y para el que penetra sus misterios. El orden y la regularidad dominan la existencia, cualquiera que sea la complicación de las leyes que la presiden.

No hay que dejarse arrastrar por desalentadoras reflexiones: no son ellas las que dan el buen consejo. Las cosas humanas, como las del mundo físico, obedecen también á leyes fijas, y esos males de que se lamenta el individuo dependen en gran parte de sus propios vicios, de su falta de inteligencia y voluntad.

Cuantos se quejan de la inutilidad de sus esfuerzos y de la ingratitud de los hombres no se aperciben, sin embargo, que el bien encuentra siempre alguna grata y provechosa recompensa y que el mal, á su vez, recibe el condigno castigo.

Si una sociedad es tan corrompida que no respeta ni premia el mérito, pronto los olvidados han de contemplar que la naturaleza misma se encarga de vengarlos. Abandonándose á manos inexpertas é inmorales vienen las ruinas á proclamar que no en vano se desprecia la ciencia y la justicia. El dominio de los sabios y de los honrados es indispensable al bienestar de los pueblos, y la historia lo demuestra con singular elocuencia.

He aquí la ley de armonía realizándose en todas partes, en el dominio del mundo físico como en el del mundo moral. El hombre de verdadero mérito puede confiar en la justicia de la naturaleza, á falta de la justicia humana, y al comprobar un fracaso tiene derecho á consolarse pensando: yo lo hubiera evitado.

Por otra parte, es raro que el sujeto de eminentes cualidades no encuentre algunas recompensas en la vida. Rodeado del aprecio de los buenos y seguro de su acción en la sociedad, que no deja perder ningún pensamiento profundo en el curso de los siglos, puede regocijarse de antemano sabiendo que justifica el lugar que ocupa á la luz del sol. Esta es, simplemente, la satisfacción de la superioridad.

Hay que trabajar para saber lo que significa el goce de experimentarla en el fondo de la conciencia. Cada uno es capaz de alcanzarla en cierto grado y á medida que avance en este camino, al sentirse más hombre á cada esfuerzo, podrá afirmar que la vida vale algo cuando por ella se acerca seguramente á la perfección y á la gloria.

CARLOS BAIREZ.

Buenos Aires, 1898.

Mi caballo

PARA VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Tiene el bello alazán en que paseo
nerviosidades de bagual salvaje,
y alegrías de sol en su pelaje,
en que una seda del Oriente veo.

Cuando agita en su artístico escarceo
los tersos brillos de bruñido herraje,
tiene todo lo extraño de un miraje
que se pierde entre luz de centelleo.

Ese hermoso corcel, por la mañana,
bajo un arco policromo de bruma,
al detenerse frente á la ventana

Donde me esperan con delicia suma,
rinde homenaje á una gentil sultana
vertiendo rosas de argentada espuma!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Montevideo, 1898.

GRUPO DE PINTORAS

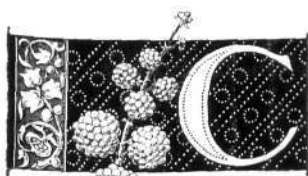


COMPOSICIÓN Y DIBUJO DEL REPUTADO PINTOR ARGENTINO

EMILIO A. CARAFFA

© *Biblioteca Nacional de España*

El milagro de las violetas



CUANDO fué, por nuestro bien,
entre hossannas y loores
y sobre palmas y flores
Jesús á Jerusalén,
para dar cima al deseo
de honrarle, un pobre muchacho,
hurtó, sin pizca de empacho,

violetas á un saduceo.
Pero un escriba lo vió,
y cuando el pillete iba
hacia Jesús, el escriba
— ¡Al ladronzuelo! — gritó.
Presa, el rapaz, de temores,
llegó á Jesús muy confuso,
y así que en sus manos puso
el ramo de hermosas flores,
como herido de secretas
visiones deslumbradoras,
vió en frescas y húmedas moras
convertirse las violetas.
De su sorpresa repuesto,
dijo con altanería
al escriba, que ventá
á hacerle prender dispuesto:
— ¿Por qué tan ciego y sin tino
me persigues?

— Porque, osado,
repuso el otro, has robado
violetas á mi vecino.
El muchacho preguntó:
— ¿Y tu vecino cultiva
morales? — Pensó el escriba
un instante y dijo: — No.
— Pues ¿quién habrá que no vea
que me infamas y desdoras
cuando sólo he dado moras
á Jesús de Galilea? —
Y sin notar la inquietud

del escriba, que temblaba
al ver cómo le cercaba
airada la multitud;
libre de todo temor,
dando de saltos, el chico,
se fué detrás del borrico
que montaba el Salvador.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 8 de Julio de 1898.

Dibujo de F. Prieto.

Fragmento

*de una comedia
que comencé esta mañana
y que, si me da la gana,
puede acabar en tragedia.*

Un tenorio. — ¿Qué buscáis
delante de ese ajimez?

Otro tenorio. — ¡Pardiez!
confieso que me admiráis.

El primero. — ¿Qué decís?
¿Sabéis que es mi Dulcinea?

El segundo. — ¡Que lo sea!...
me importa un grano de anís.

Aquél. — ¿Pretendéis burlaros?
Pues desnudad el acero.

Éste. — Soy un caballero
y no quisiera mataros.

Uno. — Sois un gran cobarde
si luchar tenéis á mengua.

El otro. — ¡Tened la lengua...
porque ya la sangre me arde!

¡Pero no! No he de tocaros
con la punta de mi espada.

— Vuestra presencia me enfada,
disponeos á marcharos.

— Aquí estáis de sobra vos.

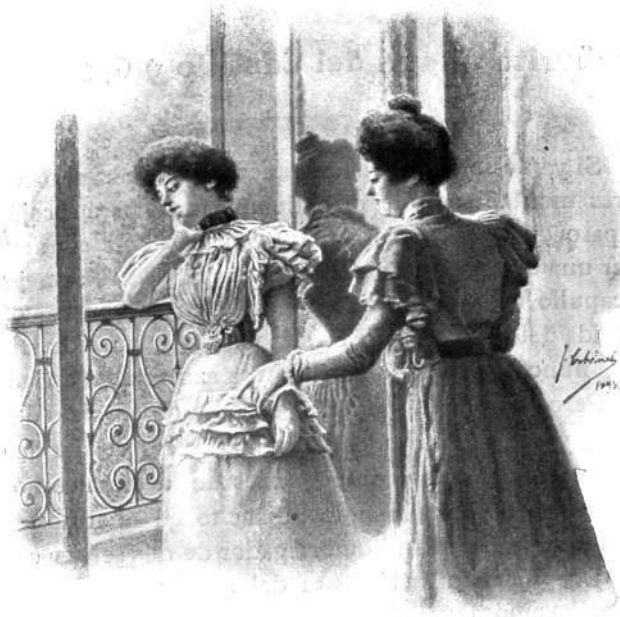
— ¡Que estoy de sobra! ¡esto á mí!

El marido de ella. — Aquí
estáis de sobra los dos.

VICENTE NICOLAU ROIG.

Buenos Aires, 1898.

MUERTO DE AMOR...



—¿Y el galán?
—Desperanzado
y exhalando ayes sin fin,
por usted, en el jardín,
muerto está...
—Y embalsamado.

Dibujo de J. Cabrinety.

EPIGRAMA

—Mirad cómo corre Andrés...
¿dónde irá ese petardista?
—O detrás de una modista
ó delante de un *inglés*.

EN EL ÁLBUM

DE LA

señorita Juana del Castillo y Quesada

Si ya no se hubiesen desvanecido en mis manos las flores montañosas que otro tiempo junté para arrojarlas al paso de la hermosura nativa, fuera hoy de nuevo á tejer una corona de *flor del aire*, blanca y sutil, semejante al capullo de nieve, para prenderla en la ventana de la Elegida del poeta, como el símbolo más puro de Hime-neo, nunca imaginado por la musa azulada de la Grecia.

Pero, lejos de la montaña; ausente de su cielo de luz celeste y blanca; borrados de la pupila los celajes de oro de los soles del ocaso contemplados de la cima como incendios de mundos remotos; disuelto en la atmósfera y en el tiempo el perfume embriagador de mis selvas, cierro los ojos, enciendo la lámpara del santuario místico que todos llevamos en el alma, é invoco á la dulce diosa de las venturas eternas, para que consagre con su mirada y su sonrisa divinas el futuro hogar.

En sus umbrales caerán flores desconocidas; sus aromas llenarán de ensueño el templo de las nupcias, y las músicas de los patrios bosques entonarán á la dicha imperecedera, á la unión de los corazones, el himno con que, sin cesar, saludan las auroras y despiden al sol y sueñan al resplandor de las estrellas centelleantes.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

Buenos Aires, 1.º Junio de 1898.

lunática



ASTA yo, que amo exaltado
 las neurosis de la lucha,
 me hipnotizo entre las redes
 de esas tus miradas húmedas:
 ¡sonámbula de los cielos!
 ¡sirena de las alturas!

Cuando rondando en las nubes
 vas, con tu rostro de viuda
 y con tus gasas de novia,
 recuerdo las aventuras
 de las damas que escondidas
 van á las citas nocturnas...

Tú, que eres la rosa blanca
 sobre el mármol de la tumba,
 así pálida y enferma
 quizás tus pecados purgas.
 ¡Oh, tísica inconsolable,
 traviata de las penumbras!

Tú eres la pálida diosa,
 que ebria de opio, triste y mustia,
 hace mil telas de araña
 y mil siluetas esfuma;
 y duerme, y duerme, soñando
 con fantasmas y con brujas...

Vas y vuelves y te alejas,
 y apareces y te ocultas,
 siguiendo exóticas ansias,
 trazando invisibles curvas,
 ¡con la blanca frente erguida
 entre la estelaria chusma!...

Copa de un festín volcada
 por la embriaguez de la altura,
 derramando eternamente
 eucarísticas espumas

y nítidos azahares
en adormecida lluvia...

Por tu faz desencajada
y el beso que te circunda,
eres un copo de nieve:
algo así como la tierra
en que yacen las cenizas
de las estrellas difuntas...

Tal vez, tal vez — ¡oh misterios
íntimos de la Naturaleza! —
tú eres la lente fantástica
con que un ojo enorme estudia
los microbios infinitos
y las monstruosas burbujas...

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima.

Medioeval

¡Villano, trovador, fraile ó guerrero,
con hoz, breviario, bandolín ó espada,
fuera hermoso vivir en la pasada
heroica edad de corazón de acero!

¡Fuera hermoso, en verdad! Si fraile austero,
ver á Dios con extática mirada;
llevar por la esperanza constelada
y la fe, el alma, si infeliz pechero;

Si trovador, en el feudal castillo
cantar glorias y amor, al suave brillo
de los ojos de hermosa castellana;

Combatir, si guerrero, noche y día;
asaltar, lanza en mano, una abadía
ó acuchillar la hueste musulmana!

RICARDO JAIMES FREYRE.

Petrópolis (Brasil), 1898.



Los enemigos del alma

Era una noche lóbrega y tempestuosa, una de esas noches en que no se ven rastros de estrellas en los cielos... La luz eléctrica bordaba luminosos arabescos en las nu-

bes, que flotaban como velos desgarrados en el espacio negro, y el sordo rumor de lejanos truenos era la única nota que se destacaba del silencio imponente en que se hallaba sumergida la creación... visible.

A solas en mi gabinete, con algunas cuartillas de papel sobre la mesa, esperando, inmaculadas, los signos que habían de servir como de negro engarce á las ideas, acababa de escribir, á manera de epígrafe, las palabras *Mundo, Demonio y Carne*, cuando sentí que una mano diminuta se apoyaba familiarmente en mi hombro, á cuyo contacto experimenté una conmoción violentísima, como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

Volví la cabeza con rapidez y me quedé mudo de estupor al ver á mi lado una mujer de varonil belleza, que me miraba sonriendo. Su rostro era ovalado, moreno, y su cabellera, negra y abundante, se desbordaba, como una inundación de sombras, sobre la espalda desnuda. Sus ojos, terriblemente hermosos, brillaban con un fulgor extraño, casi siniestro.

—¿Te sorprende mi visita? me dijo con voz algo bronca y dejándose caer indolentemente sobre un rojo diván que había al lado de mi mesa.

—Señora... balbuceé perplejo, no comprendiendo cómo había podido penetrar en mi habitación, cuya puerta estaba cerrada con llave.

Sin duda leyó en mi pensamiento, pues exclamó con deliciosa volubilidad:

—Cabalgaba en una nube negra, vagando al azar por el espacio, sin saber qué hacer; de pronto, á la claridad fugitiva de un relámpago que iluminó la tierra, te ví en tu cuarto escribiendo mi nombre; me deslicé en el mismo rayo de luz y, trocada en resplandor azulado, atravesé los cristales de tu balcón... y heme aquí, dispuesta á no per-

mitir que me calumnies, como han hecho otros, y á no cargar con culpas ajenas...

—¿Luego es usted?...

—¡El Demonio!

—¡Ave María Purísima! dije yo, haciendo ademán de persignarme.

Pero aquella mujer asió vivamente mi mano con marcada expresión de disgusto, y luego murmuró:

—Sin duda te admirará verme bajo la forma de hermosa doncella...

—¡Qué ha de admirarme! ¡al contrario! yo nunca he dudado del verdadero sexo de usted. Conozco muchas mujeres que son... el mismísimo demonio.

—¿Lo ves? ya empiezas á calumniarme. Esas mujeres son peores que yo; maridos hay que no pudiendo sufrir á sus esposas respectivas, ya por livianas, ya por celosas, ó ya por este defecto ó el otro, acaban por darse... al demonio, creyendo ganar en el cambio de dueño. Cada día llegan á las puertas del infierno, en busca de tranquilidad relativa, almas de suicidas procedentes de la tierra, que sonríen desdeñosamente al visitar los dantescos círculos infernales... Todo aquello les parece baladí.

Hubo un momento de silencio.

—El peor de los enemigos del alma no es el Demonio, continuó, sonriendo de una manera mefistofélica y lanzándome al mismo tiempo una mirada deslumbradora como un rayo de sol, que me obligó á cerrar involuntariamente los ojos; el peor, agregó, cambiando súbitamente de voz, es... ¡la Carne!

Lancé un grito de asombro. Como por arte de magia, el Demonio se había metamorfoseado en una mujer de formas opulentas y tentadoras, cuyas curvas, llenas de atrevimientos, habrían hecho la desesperación de un

estatuario; en sus ojos rasgados había todas las claridades del cielo y en sus miradas fascinadoras todo el fuego del sol; un blanco cendal, que parecía tejido de rayos de luna, envolvía su cuerpo del color de la nieve y de las rosas. Aquella mujer era la tentación hecha carne.

—¡Alberto mío! ¿me quieres? dijo con voz dulcísima, que sonó como un arpegio en mi alma, en tanto que sus brazos, desnudos y amorosos, se enroscaban como dos culebras á mi cuello.

Me creí perdido y apenas tuve aliento para decir:

—Pero considere usted, señora, que soy un padre de familia y...

No me dejó seguir... sentí en mis labios la llama de un beso y la luz huyó de mis pupilas: un paso más y el vértigo del amor me arrojaba al abismo de sus brazos.

—¿No te parezco bastante bella? me dijo irguiendo el tallo de palma y con acento de adorable reproche.

—Es usted encantadora, pude decir todavía; pero si mi mujercita se entera de este asunto, habrá un escándalo y me va á sacar los ojos, no lo dude usted. ¡Y no le faltará razón... ni uñas! ¡Como que es lo más celosa!

—¿Estás enamorado *todavía* de tu mujer? exclamó con risa burlona, que me hizo poner colorado hasta las orejas. Pues bien, continuó, cambiando bruscamente de acento, que vibró airado, y como herida en su orgullo; no quiero interrumpir tu idilio casero y me voy.

Confieso que su resolución no me agradó del todo, á pesar de mi firme propósito de ser fiel á mi mujer. ¡Era tan bella!... el caso es que desde aquella noche las gentes dicen que estoy loco y me tienen encerrado en este manicomio.

Suspiré como el que ve desvanecerse una ilusión querida, y aquella mujer pareció vacilar; luego se acercó

de nuevo á mí, con el pecho palpitante y los labios encendidos por la fiebre de la pasión y el deseo.

—¡Alberto! dijo con irresistible acento, ¿me amas?

Sentí como un deslumbramiento; borróse de mi alma la imagen de mi pobre esposa, y sin voluntad propia, cediendo á las irresistibles tentaciones de la Carne, tendí los brazos á aquella mujer de fuego, y abracé... ¡el vacío!

—¡Ya ves cuán terrible enemigo del alma es la Carne! me dijo el Demonio, que reapareció, sentado en el rojo diván, bajo su primitiva forma. Gracias á las paparruchas que de mí se cuentan, continuó, no puedo negar que he perdido mucho de mi antiguo prestigio; ya nadie me teme; más aún, se desafía mi poder y no falta quién niega mi existencia y me crea un mito. Si no fuese por los usureros, los escribanos y los procuradores, ya casi no tendría á quién llevar al infierno. Y aun para conseguir algún resultado, me veo en la necesidad de tomar á menudo la forma de mujer. De lo contrario, nadie haría caso de mí: la tentación es hembra. El Mundo es otro de los enemigos del alma, pero contra él puede defenderse cualquiera, y el hombre juicioso y de buen sentido no le teme gran cosa. No negaré que el Mundo suele enviarnos todos los años buen número de almas averiadas, principalmente en el tren de la vanidad, que es en el que vienen más señoras y más tontos; pero si para combatir las seducciones del Mundo hay virtudes de sobra y para combatirte á mí basta la fe, ¿qué armas encuentra el alma para defenderse contra las tentaciones de la Carne, que no se quiebran al primer choque como si fuesen de vidrio? Aunque el alma se rebele contra la materia, la materia acaba por arrastrar al alma en su caída. Tú mismo, que eres excelente padre de familia y amantísimo esposo, no

has temblado al verme aparecer de súbito ante tus ojos, y



es posible que si el Mundo hubiese querido deslumbrarte

con sus oropes, te habrías reído en sus propias barbas; y no obstante, ha bastado una mirada rutilante y una sonrisa de fuego, para hacerte perder la cabeza.

—Y no era para menos... ¡cáspital! ¡qué chical! Y diga usted, ¿en el infierno hay muchas mujeres?

—Necesariamente; si no abundaran, dejaría de ser infierno.

—Apuesto á que son todas de la piel del diablo.

—Ya supondrás que no irán allí por santas.

—¡Claro! ni lo permitiría el cielo.

Al oír la palabra *cielo*, el Demonio hizo un gesto de disgusto y me lanzó, como un dardo inflamado, una mirada terrible.

—El cielo, dijo, pronunciando esta palabra trabajosamente y con acento dolorido, como si le quemara la lengua, nos disputa tenazmente las almas de los justos, que son las menos, y nos cede sin lucha las demás, convencido sin duda de la inutilidad de sus esfuerzos por rescatarlas de la esclavitud del pecado, á que las arroja su escepticismo, su impureza ó su impiedad.

—¿Y qué tal trato reciben en el infierno?

—Antes se martirizaba á los condenados sumergiéndoles, unas veces, en calderas de pez hirviendo; otras, ensartándoles en colosales horquillas y paseándoles en triunfo; otras, haciéndoles pleitear entre sí, etc.; pero los desdichados acababan por acostumbrarse á ello, á fuerza de sufrir tales suplicios, y había quién á los dos ó tres siglos de haberse iniciado un pleito recobraba la calma y el buen humor. Comprendiendo, por lo tanto, Satanás, que el infierno no respondía á los altos fines para que había sido instituído, pues el dolor físico continuado acaba por embotar la sensibilidad, hizo un viaje de estudio á la Tierra, visitó las principales poblaciones,

se enteró de sus usos y costumbres, y volvió á sus dominios dispuesto á reformar por completo el sistema de suplicios bajo una forma, no sólo más progresista, sino más humana... con todo y ser más inhumana. Y entonces se prescribió en el infierno el uso del calzado estrecho y puntiagudo para los hombres; y el corsé para las mujeres; y se estacionó un organillo en cada esquina; y los poetas primerizos hicieron su *debut* en las revistas literarias; y se fomentó el trato social, con lo cual los habitantes del infierno pudieron gozar de las visitas inoportunas, desconocidas hasta entonces; y aparecieron los acreedores, siendo el hombre condenado á pagar las cuentas con dolor...

—Pero al fin acabarán todos por familiarizarse también con esos sufrimientos, en el transcurso de los siglos... ¡Es tan larga la eternidad!

El Demonio se sonrió desdeñosamente.

—Para cuando eso suceda, dijo, ya tenemos ideado un plan que nos permitirá hacer la desesperación de esa gente, durante la eternidad entera... ¡Una desesperación científica!

—¿Durante toda la eternidad? pregunté con aire de duda...

El Demonio hizo un signo afirmativo con la cabeza, y dijo:

—Les obligaremos á descubrir la cuadratura del círculo.

Palidecí.

—Pues no tenga usted cuidado que vuelva á caer en las tentaciones de la Carne, murmuré aterrado, ante aquella amenaza.

Pero no había acabado de pronunciar la última palabra, cuando sentí que unos brazos torneados se ceñían

dulcemente á mi cuello y una voz impregnada de pasión
y de ternura murmuraba á mi oído:



—¡Alberto!

Volví el rostro y lancé un grito; era la hermosa mujer

de antes; pero más incitante, más provocativa, más voluptuosa: quise huir, pero en vano; me tenía atado con los lazos de luz de sus miradas y me sentí deslumbrado ante los esplendores de su carne sonrosada y tibia.

Y vacilé...

Afortunadamente me acordé de mi alma... y de la cuadratura del círculo; me desprendí de los brazos de aquella mujer y la hice la señal de la cruz. Y la visión se deshizo en un resplandor azul que atravesó los cristales del balcón y fué absorbido por la claridad de un relámpago.

CASIMIRO PRIETO.

Dibujos de L. Villamil.

¡Carmen!

(AL HALLAR SU RIZO)

Deidad voluble de celeste ensueño,
de mirto y de laurel la sien ceñida,
me diste el néctar de la humana vida
allá en las horas de mi abril risueño,

No pienses que hoy, de sus pasiones dueño,
aquel deleite el corazón olvida,
pues evocando la ilusión perdida,
ningún despojo de tu amor desdeño.

Si es ley fatal que renacer no pueda
lo que la suerte pérfida deshizo,
y envuelto en sombras del pasado queda,

Sabe que al recordar tan dulce hechizo
lágrima triste de mis ojos rueda
sobre las ondas de tu negro rizo.

MANUEL A. SAN JUAN.

Lima, 1898.



Romance de campanario

Llevaba al pecho, pendiente
de roja cinta de seda,
una cruz de San Fernando,
como galardón de guerra.
Y asomaban á su rostro,
cubierto de piel morena,

las alegrías del alma
y la paz de la conciencia.

—
Nunca su ánimo turbaron
el fragor de la pelea
ni las roncadas tempestades
con que los cañones truenan.
Nunca ante los vencedores
dobló la altiva cabeza.
Nunca humilló á los vencidos.
Nunca en hazañas sangrientas
volvió al peligro la espalda.
Nunca la fría tiniebla
del sepulcro, siempre abierto,
nubló su frente serena.
Y nunca, cuando la noche
obsurecía la tierra
y en las alturas brillaban
suspendidas las estrellas,
dejó de abrir su memoria
al recuerdo de su aldea,
sus labios á la plegaria
y el corazón á Gabriela.

—
El cielo sin una nube;
verde alfombra en las praderas;
rubias mieses en los valles;
nidos en las arboledas;
mansas ondas en el lago;
dormido el polvo en las sendas;
dormido el viento en los bosques:
allá, la azulada sierra,
y abajo el undoso río
que fertiliza las vegas
y los caseríos blancos
ocultos entre alamedas.

—
Iba cantando. Muy pronto,
desde la empinada cresta
de la próxima montaña,
que al oriente el valle cierra,
vería los chapiteles
de las torres de la iglesia
y las campanas, inmóviles

bajo sus arcos de piedra;
el humo inquieto, emanado
de las altas chimeneas,
y al extremo de una calle
la casita de Gabriela,
por cuyas paredes suben
trepadoras madre selvas.

Una onda suave de viento
trajo á su oído la queja
de dos campanas de bronce
que tañían lentas, lentas.
Pero el soldado llevaba
de alegría el alma llena.
Creyó que el toque de duelo
era repique de fiesta,
siguió, cantando, el camino,
subió al monte, vió la aldea
que doraba el sol de Mayo,
y aunque oyó desde más cerca
las notas de las campanas
acompañadas y lentas,
aún creyó que sus clamores
eran anuncio de fiesta.
¿Por qué habían de quejarse
las campanas de la iglesia,
cuando sonríen los cielos
y se engalana la tierra,
y los júbilos humanos
hacen de los bronces, lenguas?

Llegó á la entrada del pueblo:
todas las calles desiertas,
todas las casas cerradas,
y allí, por la angosta senda
del lejano cementerio
que altos cipreses rodean,
una triste comitiva,
un féretro, una cruz negra,
una neblina de polvo
en cuyo fondo llamean
los blandones encendidos,
y en el féretro, Gabriela.

Y las campanas seguían
en su clamor por la muerta.

La alegría del soldado
se trocó en honda tristeza,
su canto en ronco gemido,
la luz del sol en tiniebla,
y entonces supo de cierto
cómo los bronces se quejan,
cuando los duelos humanos
hacen de los bronces, lenguas.

CHRISTIÁN ROEBER.

Buenos Aires.



Dibujos de E. Estevan.

NUESTROS COLABORADORES



D. Clemente Palma

DISTINGUIDO ESCRITOR PERUANO

Las queridas de humo

I

Cuando nadie me rodea es cuando estoy más acompañado. Repantigado en un sillón de mi alcoba y fumando un cigarrillo, mientras se afanan en llegar hasta mí los ruidos de la vida comercial, me encuentro entre una sociedad exquisita, evocada por mis ensueños siempre en parranda. Entre las nebulosidades del humo, vaporosas y sutiles vienen á mí, en larguísimo cortejo, las visiones que han vivido alguna vez en mi fantasía efervescente...

Recibo. Pálida y con los ojos secos viene Ofelia, la rubia, arrojando en su camino los pétalos de las rosas que su mano alba arrancó en el jardín. Sí, la veo vagando loca entre las ondulaciones del humo de mi cigarro. Delira y me ofrece sonriendo una campánula. Acércase en su amable demencia á ponerla en un ojal de mi vestido. ¡Oh, cómo brillan sus ojos! La inocente niña está muy pálida, pero sus labios son rojos; su complaciente sonrisa despierta en mi organismo á los enanillos de la maldad que bailan furiosos por toda mi espina dorsal y pinchan mis nervios. Luego se arremolinan en torno de mi cerebro y atizan la maldita llama con sus murmuraciones insolentes y maliciosas. Mis ojos brillan también. Bajo la fina túnica danesa presiento la hermosura delicada y nerviosa del cuerpo de Ofelia. Extiendo los brazos para estrechar en ellos á la virgen loca y saciar en sus labios purpurinos la sed de amor que me mortifica; pero el beso queda tembloroso en mis labios. La hija de Polonio huye. La canastilla de flores vuelca, y entre las espirales de

humo veo las rosas, campánulas y gardenias cayendo en el espacio, como mariposas muertas... La ceniza de mi cigarro se ha caído.

II

Vienen lejos aún. Vagamente escucho el hallalí de los caracoles y el ladrido de los perros. Es el conde Lascaro que va á la cacería del oso Atta-Troll. Al fin se acercan. En rápidos corceles que briosamente galopan vienen damas y caballeros lujosamente vestidos. Las javalinas y los cuchillos de caza despidén brillos de plata bruñida. Pasan junto á mí y resuelvo tomar parte en la cacería. Monto en un caballo que un paje conduce. La hija del conde, desdeñosa y altiva, va á mi lado en obediente hacanea... El humo de mi cigarro se espesa y forma inmensos bosques y montañas rocallosas, en donde nuestras cabalgaduras caminan con dificultad. Eglantina, la hija morena del conde, apoya imperiosamente su mano sobre mi hombro con la insultante familiaridad que se tiene con la servidumbre. Sorda cólera me hace palidecer, á la vez que el intenso deseo de humillar la altivez de la dama y ser amado por ella. Nos apeamos, porque el terreno se hace difícil... Allá lejos vemos al conde Lascaro blandiendo la javalina. El oso Atta-Troll cae herido y ruje espantosamente...

Eglantina se apoya en mi hombro de nuevo, y yo, más atrevido, la cojo por la cintura y estampo un rápido beso en sus labios. Un latigazo crúzame el rostro. La dama ha castigado mi osadía:

—¡Os amo!

—¡Lacayo insolente y cobarde!

—Os amo, no soy lacayo; ¿por qué me humilláis?

—¡Mal caballero!

Eglantina levanta nuevamente el fute.

—Te amaré si me vences, me dice furiosa arremetiendo contra mí.

¿Qué hacer? ¿No es ridículo luchar con una dama?
¿Herirla, verter su sangre?

—¡Cobarde! repite con los negros ojos fulgurantes de ira.

¡Qué hermosa está! Parece una Walkiria.

Un nuevo fuetazo me hiere y veo á Eglantina preparándose á lanzarme la javalina. No reflexiono ya. Lucho. Repetimos el combate de Gunther y Brunequilda, de que habla la leyenda de los Nibelungos. Varias veces estoy á punto de ser atravesado por la javalina de Eglantina, quien la maneja con la destreza de un montero, pero mi agilidad me salva y al fin hiero levemente en el cuello y en la mano á mi adorable enemigo. Suelta el arma y cae en mis brazos llorando como una niña. Sus ropas de seda se han desceñido en la lucha...

—Me has vencido, te amo, me dice pegando sus labios á los míos.

El cutis suavísimo y perfumado de Eglantina, sus ojos negros de gitana enamorada me enloquecen. Tomo en mis brazos á Eglantina, pero... el conde Lascaro regresa triunfalmente; el oso Atta-Troll cuelga sangrando de las ancas de su caballo. De pronto empieza todo á esfumarse y á desaparecer: el bosque, la cabalgata, los perros, el conde Lascaro, Atta-Troll, Eglantina... nada. Quiero atraerla para darle un último beso, largo, muy largo...

Mi cigarro se ha apagado, el humo se ha desvanecido y chupo, chupo en vano la colilla. Vuelvo á encenderla.

III

Todos al verla pasar dicen con terror:

—¡Es la Reina!

—¿Quién es esta Reina á la que todos temen y señalan? me pregunto, y la curiosidad me arrastra á seguirla.

Voy detrás de ella. Su cintura es esbelta; su vestido es riquísimo, blanco y ceñido; su andar rápido, pero majestuoso. Todos al verla palidecen. Los señores y la gente del pueblo al encontrarse con la «Reina» se estremecen, se descubren medrosos y procuran no tocarla. Pero, ¿quién es esta Reina? me digo cien veces. Pasa un poeta morfinómano y la saluda con cariñoso respeto. Al fin nota la misteriosa Reina que yo la sigo. ¡Oh Dios santo! no he visto mujer más extrañamente seductora! Es casi una niña, de cabellera y cejas negras como la noche, pero sus ojos son verdes; en sus labios hay como palpitaciones de besos que pugnan por salir. Pálida, pálida como una viuda joven y adolorida, tiene, sin embargo, en sus pupilas chispeos de sensualidad y alegría. Su rostro me ha conmovido hondamente. Se detiene al oír mis pasos tras ella.

—¿Por qué me sigues, joven? ¿No sabes quién soy?

—Sé que eres una Reina, la Reina de la hermosura y de la gracia. Sé que te temen ó respetan todos, viejos y mozos, mujeres y niños. Quiero saber quién eres, niña gentil. No sé si eres mala, y me importa poco porque te veo con los ojos de la pasión.

—¡Ah! te lo han dicho... No, no lo soy. Soy buena y amable con los poetas. Querida de todos los hombres, á unos trato bien y á otros mal; eso es todo.

—Pero ¿quién eres? Dímelo, adorada niña. ¡Que-

rida de todos los hombres! Mientes, á fe; eres muy joven para ser tan perdida. No, tú eres pura y virgen como un ángel.

—¡Iluso! me encuentras joven y bella... Tú debes ser poeta, ¿lo eres?

—Si.

—Entonces, sígueme. Sígueme, te amo.

La noche avanza. Llegamos á un palacio blanco que hay en las afueras de la ciudad. Es todo de mármol y parece estar deshabitado, pues no se oye el menor ruido. La luna tiñe con luz amarillenta la callada mansión. La joven toca en la puerta que inmediatamente se abre. Entro en un vasto salón lujosamente ornado. Están llenos los sofás, las sillas, las ventanas de personas ilustres. Hay baile. Un melodium toca los acordes primeros de una cuadrilla triunfal. En cuanto entramos todos se ponen de pie para saludar á la Reina. Mozart es quien toca, Goethe y Heine saludan familiarmente á mi guiadora, varios trovadores provenzales se inclinan ante ella y ella les sonríe. Con la punta de los dedos envía un beso á un joven que está de pie en un rincón; pregunto cómo se llama: Gerard de Nerval. La dama sigue de largo, y yo, ebrio de amor y curiosidad, la sigo. Penetro en su alcoba en donde hay un amplio lecho de extraña forma. Estamos solos: ella se descifne la cabellera y una muda cascada de ébano cae sobre sus hombros.

—Dime, ¡oh Reina amada! ¿qué lecho es aquél?

—Es el ataúd, mi lecho de desposada. Vén, te amo.

Un estremecimiento de frío me sacude y estruja los nervios, al paso que una dolorosa voluptuosidad me incita á entrar en esa enorme caja negra.

—¿Quién eres, novia mía? la pregunto con ansiedad.

— Soy la Muerte, ¡la Reina Muerte!...

Nos unimos en un estrecho abrazo...

— Dame un beso, la digo suplicante.

Entonces ella junta sus labios á los míos y siento un dolor de muerte agudo y terrible que me hace gritar...

Equivocadamente me había llevado el cigarro á los labios..., por el lado del fuego.

CLEMENTE PALMA

Lima, 1898.

Hoc signum...

(MEDIOEVAL)

A JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Secó sus ojos turbios el villano,
y con paso medroso y vacilante
fué á postrarse ante un Cristo agonizante,
símbolo eterno del tormento humano.

— ¡Piedad, Señor! — Su labio palpitante
por decir su dolor pugnaba en vano;
y extendió el Cristo su ilagada mano,
y brilló la piedad en su semblante.

— ¡Señor, venganza! — En la profunda herida
abierta en un costado, una encendida
gota de sangre apareció. El villano

sonrió entre las sombras; en sus ojos
había extraños resplandores rojos
y una ancha daga en su crispada mano.

RICARDO JAIMES FREYRE.

Petrópolis (Brasil), 1898.



Erótica

OCA incitante y risueña,
broche de tersos corales,
boca encendida y pequeña
que al entreabrirse enseña
blancas perlas orientales.

Boca más grata y más pura
que en el estío la brisa;
boca cual guinda madura
que me embriagas de ternura
con tu hechicera sonrisa.

Boca ardiente y voluptuosa,
tu sonrisa me conmueve;
boca menuda y graciosa
cual dos pétalos de rosa
caídos sobre la nieve.

Boca símil del rubí
que mil tentaciones fragua;
boca clor de capulí,
tus labios son para mí
lo que es al sediento el agua.

Boca excitante y graciosa
empapada en arrebol,
si tú eres flor aromosa,
en mi pasión ardorosa
seré tu rayo de sol.

Boca húmeda y sonriente,
tú eres un rojo clavel,
y yo, en mi pasión vehemente,
soy la abeja diligente
que ansía libar tu miel.

Boca ardiente y voluptuosa
que de amor mi pecho inflama,
tú eres como luz radiosa
y yo soy la mariposa
que se quema en esa llama.

Tú eres coral, eres flor,
eres pétalo y rubí,
eres luz, eres primor,
eres guinda, eres color
y eres fuego para mí!

Lima.

FLORENTINO ALCORTA.

Dibujo de F. Prieto.

Entre amigos

— Es un ángel, ¡te lo juro!
— Cuando tú lo dices... — No,
es que también lo juró...
— ¿Quién? — El primo de ella, Arturo.
— Pues mira, yo te aseguro
que á mí nadie me la da.
¿Que es un ángel? lo será,
sobre eso no discutimos;
pero dí, ¿de cuándo acá
los ángeles tienen primos?

V. NICOLAU ROIG.

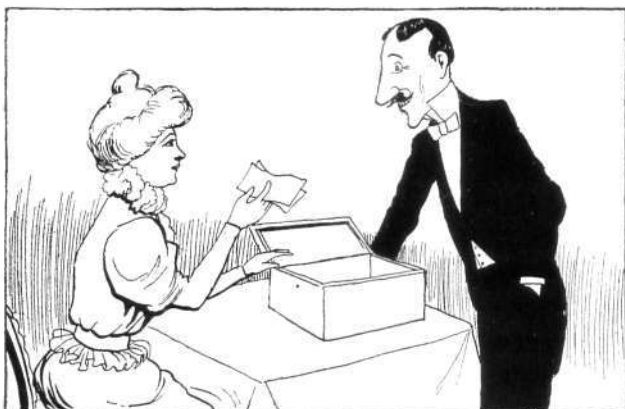
Buenos Aires.

EPIGRAMA

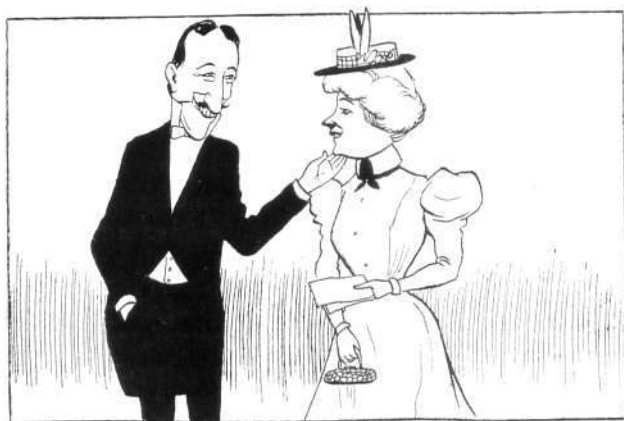
Un octogenario á Rosa
decía con voz cascada:
— ¿Quiere usted, niña adorada,
darme su mano de esposa?
Y ella, que goza, sin duda,
al pobre anciano zahiriendo,
— ¿De esposa? exclamó, sonriendo;
mejor dijera *de viuda*.

Economía

POR XAUDARÓ



—Hace dos meses que nos casamos y tengo economizados ya treinta pesos.



— ¡ Veo que tengo una mujer de oro!
— Ahora voy á emplear ese dinero en algo necesario.
— Tienes carta blanca... lo que tú quieras.



—Sí, señor, mi mujer es muy económica; en dos meses treinta pesos... Ahora ha salido... sin duda para llevarlos al Monte pío...



—¿Te gusta? ¡Pues sólo cuesta treinta y cinco pesos!
—¡.....!

A Flora

SÁFICOS

Callen los vientos su bramar airado,
que el disco rojo, desde el cielo inmenso,
lanza, amoroso, al perfumado carmen,
lumbre Febea;

Alcen las lirias, con ritmado acento,
gráciles himnos á la diosa griega,
y el angélico coro de las ninfas,
sea armonioso;...

El fauno entone en su campestre flauta,
la pulquérrima música del bosque,
y el pastor de la Arcadia, haga que suene
dulce zampona,...

Que los sagrados númenes del templo
quemem gomas y mirras ante el ara,
en los vasos etruscos, y que su effluvio
perfume el aire;

Que las vestales de los griegos ritos
siempre conserven el perenne fuego,
y los púgiles mil de la Olimpiada
viertan su sangre;

Todo en honor de la loada diosa,
la que preside la estival grandeza,
la que cife á su sien, siempre fragante,
roja guirnalda; —

¡Oh! madre de las flores therebintias,
protectora de lirios y heliotropos,
de acantos, de citisos y amapolas,
te reverencio!...

Conserva la presea más brillante
para el que fuere digno de tus gracias,
y, solícita, acude al que merezca
ser de tí amado;...

Mas, si implorar pudiera tus favores,
escucha, diosa, el ruego fervoroso,
y pon sobre mi sien, con mano pia,
lauro de Homerol...

PABLO DELLA COSTA.

Rosario de Santa Fe, Marzo de 1897.

—x—

A

Juanita del Castillo y Quesada

Gentil y hermosa, dijo que eras Montes,
el bardo ya glorioso que te adora,
y es, dijo, con mirada pensadora,
esplendor de mis nuevos horizontes.

¡Ví la novia! las horas de alegría,
el amor en coloquio con el cielo,
el alma que ha escuchado en su desvelo
canto de alondras al venir el día!

Y mi trova volando á tus altares
vibró en la noche límpida y desierta;
y los viejos naranjos de mi huerta
abrieron temblorosos sus azahares.

A. LAMBERTI.

Buenos Aires, 1898.

Resabios del vicio

DOLORA

— « Insultáis, bostezando á quien os ama,
le dice á Luis XIV cierta dama;
si daros por esposa el cielo quiso
una infanta inocente,
¿qué os falta en vuestro casto paraíso?
Y el gran rey le responde: — « La serpiente.»

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

ENTRE BOHEMIOS



—¿Qué diablos te pasa, Bruno!

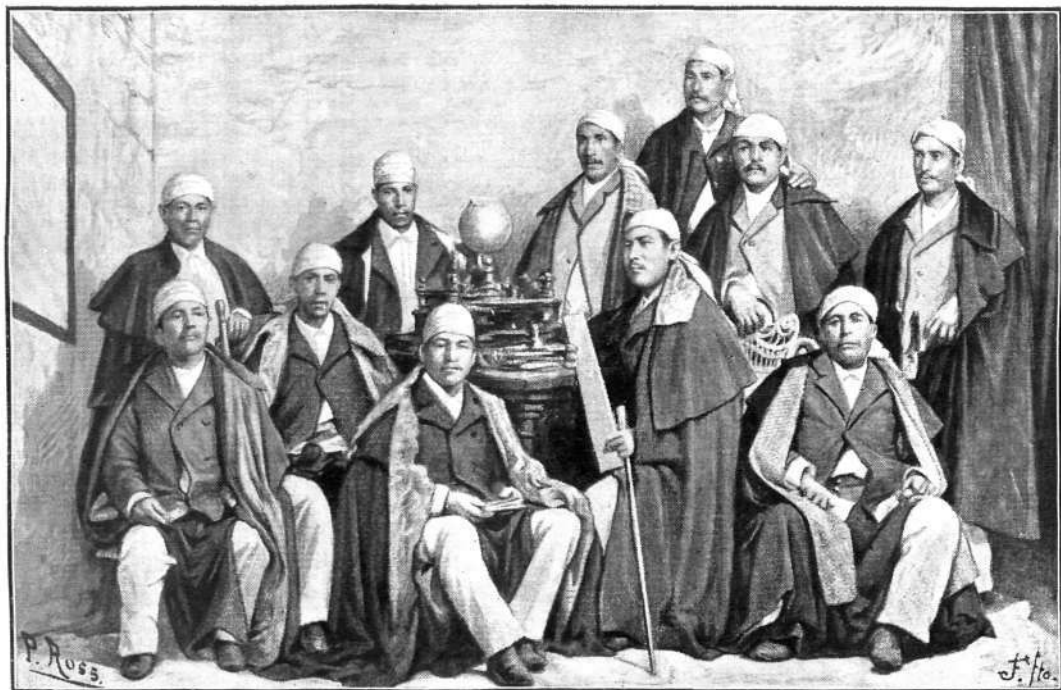
—¡Mira el chichón colosal
que me has hecho!

—Ponle sal

y ya tienes desayuno.

—¡Cáspita! ¿por qué razón?

—¡Hombre! ¿la razón no adviertes
porque con la *sal*, conviertes
el *chichón* en *sal-chichón*.



MUNICIPALIDAD INDÍGENA DE QUEZALTENANGO

Medicina callejera

Prefiero una aneurisma, un cáncer en el estómago ó cualquiera otra calamidad oculta, á una ligera alteración de la salud, ostensible. Es decir, que esté á la vista del público y despierte el interés de los amigos del paciente.

Échese usted á la calle con un brazo entablillado, y Dios le dé resignación.

En la primera *cuadra* encontrará usted al primer conocido, que le preguntará alarmado:

—Hombre, ¿qué ha sido eso?

—Que me subí sobre una silla á colocar el retrato de mi suegra y me vine abajo.

—¿Y qué te has hecho?

—Ya lo ves, entablillarme el brazo.

—¡Qué tontería! El ungüento de sapo es lo mejor para hacer volver los huesos á su lugar.

—¿Y dónde se consigue eso?

—Yo debo tener en casa un poco que me quedó de cuando se me extravió la chocozuela. Sufrí horriblemente; no dormía, ni comía, ni nada. ¿Tú sientes así como latidos?

—Sí.

—¡Ah! pues, ¡el ungüento, chico!

—Mándamelo.

—Con mucho gusto.

—Te lo untas por la mañana y por la noche, y es cuestión de cuatro untadas.

—Así lo haré.

Segunda *cuadra*, segundo conocido, y vuelta á referir los detalles del desgraciado suceso.

—¿Y qué te estás haciendo?

—Me han recomendado el unguento de sapo.

—¡Qué sapo, ni qué sapo! El guamacho es lo que hay para eso.

—¿Te parece?

—Lo sé por experiencia. Coges unas hojas, las machacas, las mezclas con láudano, y te pones una cataplasma de eso.

—¿Nada más?

—Nada más. Hazlo y te acordarás de mí... Yo estaba imposible...

—¿Te fué bien con el guamacho?

—Divinamente.

Tercera *cuadra*, y tercer conocido. Fórmula: «árnica con trementina.»

—¿Trementina?

—Sí, hombre. La trementina obra directamente sobre la médula y...

—Yo soy poco fuerte en medicina.

—Pues ponte eso.

—Bueno.

Cuarta *cuadra*, una cocinera:— Mire, niño; coja un poco de manteca de iguana, se la unta en forma de cruz, y reza tres credos.

Al llegar aquí el paciente no podrá menos de recapacitar en esta forma:

—«Cuatro *cuadras*, y cuatro recetas. Calculando á receta por *cuadra* no llegaré nunca á donde voy.»

A veces es una enfermedad cutánea de origen desconocido; pero en un lugar visible. Y entonces las recetas vienen precedidas del diagnóstico.

—¿Qué tienes ahí?

—¡Qué sé yo! Creo que es cosa de calor.

—No; eso es herpes.

—¿Eh?

—Sí, hombre. Toma azufre con agua común.

—Pero, ¿y si no fuere...?

—¿Que no? A mí de herpes no me hables, que yo soy fuerte en eso. Haz lo que te digo.

Más adelante opina otro que aquello no es herpes, sino un empeine benigno. — «Mira, coge un pedazo de ladrillo y te estrujas allí hasta que te salga sangre.»

—¡Carambola!

—Es lo único eficaz.

Aborrezco la medicina callejera.

No hace mucho que falleció un amigo mío, á consecuencia de una de esas formulitas equivocada.

El tal sufría de dolores reumáticos, y cierto amigo suyo le recetó cianuro de potasio.

—Te tomas tres cucharadas diarias, le dijo, y verás el resultado.

A la primera cucharada se supo que el otro había querido decir *yoduro*. Pero no lo dijo, y hoy lamentamos el trastrueque los amigos de la víctima.

A mí denme tuberculosis pulmonar, hipertrofia de cualquier cosa; pero no me den ninguna enfermedad al alcance de la medicina callejera.

JABINO.

Guatemala.

—*—
EPIGRAMA
—

—¿A qué no aciertas, pimpollo,
á quién he visto á caballo?

—No, papá.

—Al hijo de Gallo.

—¡Ya debe estar hecho un *pollo*!

El almuerzo del astrónomo



—Trae dos pollos asados
para mí.

—(¡Vaya un gastrónomo!)

—¡Oye! Que estén bien dorados.

—¿Y el señor?...

—Como es astrónomo,
para él huevos *estrellados*.

Dibujo de M. Picolo



A MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

I

El palacio está desierto,
[roto el arco, por la ojiva
va filtrando el sol que muere
[su mirada pensativa,
su mirada agonizante,
[como el beso de un adiós;
el pinar parece un túmulo,
[vibra el arpa de las hojas,
traza el mar sobre la playa
[la inscripción de sus congojas

y en su zambra el viento errátil de lo ignoto vuela en pos.

II

El estanque está derruido; con saeta refulgente
no herirá su borde trunco la ígnea luz de un nuevo Oriente,
ni ha de verse á la princesa dibujada en su cristal;

se han deshecho los sillares, las estatuas han caído,
y en el pórtico la alondra clama en lúgubre gemido
por el ara un tiempo vívida del hoy mustio florestal.

III

De la antigua balaustrada se alza el lirio entre las grietas;
en el parque no hay nelumbos, no hay orquídeas ni violetas,
ni en la verja abren su búcaro las campánulas en flor;
sube el musgo como víbora por la informe escalinata,
la ventana está vacía, no hay libélulas de plata
y la hiedra en las columnas prende el manto trepador.

IV

Ese lóbrego palacio que en su afán selló el olvido,
fué el magnético palacio por mis sueños erigido,
y al blasón de cuya clave puse el timbre de mi fe;
la princesa de su estrado, me dejó, fué la esperanza,
salió en busca de la dicha, la vió hundirse en lontananza,
y del rumbo de mi huella desvió el rumbo de su pie.

PEDRO J. NAÓN.

Buenos Aires, 1898.

Dibujo de B. Gili y Roig.

Sideral

Á. M.

Una noche, un astrónomo muy sabio
al cielo dirigió
su enorme telescopio, pues buscaba
en el espacio un Sol.

— Allí, decía, dirigiendo el lente,
allí lo he visto yo...
Pero á la cita de la sabia ciencia
el astro no acudió.

Mas ignora ese sabio medio loco
que la mano de Dios,
para formarte á tí llena de fuego,
el astro le robó.

JULIO N. GALOPRE.



Llegada de Colón á Barcelona ⁽¹⁾

.

Dejadme, entonces, españoles, dejad que en esta hora solemne, un francés y un hombre de estudio evoque á vuestra vista un aniversario más alto, aunque más olvidado, que el de 1808: otro *Dos de Mayo* sin sombras ni amarguras, cuyo esplendor alumbrá á todos

(1) Fragmento del magnífico discurso del Sr. Pablo Groussac, leído por el autor en la velada literaria celebrada el 2 de Mayo de 1898 en el «Victoria,» de Buenos Aires, bajo los auspicios de la Asociación Patriótica Española y en conmemoración de aquella gloriosa fecha.

como el sol, pues merece conmemorar eternamente no sólo la grandeza española en el principio de su apogeo, sino el triunfo histórico de la raza latina. El día 20 de Abril de 1493, — fecha que, como sabéis, corresponde exactamente al 2 de Mayo de nuestro calendario moderno,— los Reyes Católicos recibían en el antiguo palacio de los Condes de Barcelona al navegante genovés que volvía de Cuba y les traía el Nuevo Mundo. ¡Hora sublime y única en la historia del planeta, tan imponente por su brusco anuncio y sus consecuencias infinitas, que la más rica imaginación podría fingir la escena sin exceder ni alcanzar las proporciones grandiosas y el brillo deslumbrador de la realidad!

En el atrio ojival, pavimentado de mármol, que la pintura de Balaca ha revivido, bajo el alto dosel de púrpura en que leones y castillos cuartelaban el escudo de los reinos unidos, los soberanos, sentados en su trono, esperaban al viajero predestinado. A la derecha de Fernando, adusto y frío, junto al príncipe don Juan, esparcía Isabel su plácida majestad de reina y madre, apenas velada por la edad cercana su indecible encanto de mujer: esbelta, rubia, delicada, con su frescura pálida de joven abadesa patricia, su adorable boca infantil y sus rasgados ojos azules de hada bondadosa,— como inconsciente de la corona que ceñía su cabello de oro sobre la toca de blanco lino monacal... Así evoca su imagen exquisita la fantasía del poeta, más que por el cuadro opulento de Madrazo, por el estumado retrato, decididamente auténtico, que se conserva en el Palacio Real,— y tal sin duda la contempló embelesado el pueblo catalán que obstruía los pórticos del palacio condal: sin cetro ni manto regio, bella con su sola belleza de lirio heráldico, y numen protector de presentidas glorias, resplandeciendo con las



ausentes joyas que habían sufragado la aventurada expedición...

En las gradas del trono, guardias, maceros, pajes vestidos de seda y terciopelo (entre ellos Oviedo, el ingenuo testigo de esos esplendores y su futuro cronista), formaban marco vistoso al grupo soberano; á su alrededor, destacándose sobre el fondo de bordados tapices, toda la corte de España lucía magníficos arreos: ricos-hombres de Castilla y Aragón, dignatarios de la corona y de la Iglesia; la púrpura cardenalicia de Mendoza, arzobispo de Toledo, rozaba el hábito franciscano que aún vestía Cisneros, con su rostro macilento de Richelieu español; en torno de Gonzalo de Córdoba, en su armadura de tomador de Granada, y que no era todavía el Gran Capitán, se erguían sus bizarros compañeros de glorias y peligros en la guerra morisca; pero, después de la reina, ningún príncipe ó magnate atraía la mirada como Juan de Lanuza, virrey de Cataluña y justicia mayor de Aragón, en cuyas manos el mismo rey prestaba juramento...

Era una tarde primaveral, serena y tibia; se acercaban ya al palacio rumores de aclamaciones y músicas lejanas; hasta el atrio, invadido por el pueblo, llegaban por instantes ráfagas de brisa que habían recorrido todo el azulado Mediterráneo, glorioso y civilizador, desde las costas de Salamina y Lepanto hasta este «sagrado mar de España» que Góngora debía cantar en estancias inolvidables. A poco acreció la popular algazara: de pronto desembocó en la plaza un raro cortejo de nobles á caballo y pecheros á pie, labradores, soldados, mujeres y niños, cuadrilleros de la Santa Hermandad; algunos marineros de las carabelas rodeaban á seis indios casi desnudos ataviados de plumas vistosas, collares y ajorcas de oro; otros

llevaban aves extrañas, alimañas y plantas nunca vistas, maderas y piedras que se decían de gran precio ó misteriosa virtud. Sonaron atabales y clarines; los heraldos de Cataluña aparecieron en el vasto recinto, precediendo á un robusto anciano de noble apostura y cabeza encanecida, que vestía el rico traje de almirante de Castilla: y entonces, con asombro de todos, como si entrase alguien más grande que todos esos prelados y príncipes, los Reyes Católicos se pusieron de pie...

Cristóbal Colón, que según el cronista, *parecía un senador del pueblo romano*, se adelantó hacia el trono; pero los soberanos no permitieron que se hincase de rodillas, y, después de darle su mano á besar, le indicaron un sitio lujosamente adornado; doña Isabel, entonces, cual otra reina de Cartago, pidió al navegante providencial el patético relato de sus fatigas, de sus peligros, de su final triunfo... Tal es, señores, el magno suceso que cumple hoy su aniversario cuatro veces secular; en la larga avenida de vuestra epopeya nacional, cuyas efemérides amojonan de gloria cada día del año, no he encontrado conmemoración más alta, más solemne, más *actual*, como ahora se dice, que la de esta fecha inolvidable, en que el «embajador de Dios» entregó á vuestros reyes sus credenciales, y los venerables títulos de posesión de la riquísima «perla de las Antillas» — ¡de esta misma Cuba, precisamente, que esos advenedizos de la historia se atreven á disputaros por la violencia!

PABLO GROUSSAC.

Dibuño de P. Ériz.

Alborada

ESTUDIO FISIOLÓGICO, POR APELES MESTRES



« Ya amanece.



¡Ea! Lavémonos las manos...



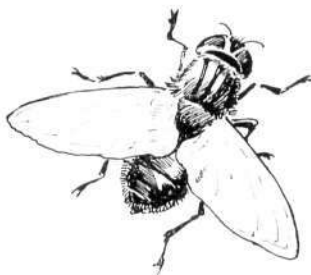
y la cara...



y los pies...



Cepillémonos las alas



¡Y á vivir! »

JB

Los poetas

A CARLOS GUIDO Y SPANO.

I

Pasaron ya los tiempos
de la fuerza brutal divinizada;
crepúsculo del alma y de la historia
en que todas las sendas del progreso
se abrían con empuje de victoria
sobre el rastro sangriento de la espada.

Hoy es del pensamiento
el imperio del orbe. En las serenas
regiones de la luz, cima de escombros
es el conquistador, héroe ó verdugo:
el gran Napoleón hoy puede apenas
servir de pedestal á un Víctor Hugo.

II

Ya no ciñen el casco de la guerra,
ni la tiara del César, como otrora,
los dioses de la tierra.
Los héroes de la estirpe soberana,
los astros del eterno centelleo,
nacen hoy de la raza soñadora
que dió á Franklin las nubes por peana,
y el cielo por dosel á Galileo.
Ellos van, en la marcha redentora,
al frente de la inmensa caravana;
ellos tienen el cetro de la aurora
para guiar á la conciencia humana.

III

Llamadles sabios ó poetas: nunca
sombras ni tempestades
podrán borrar la estela luminosa
de su paso al través de las edades.

Ni morirán jamás, mientras se vea
una estrella en los cielos encendida,
y el alma sienta y crea,
y flote la ilusión sobre la vida;
mientras el fuego del amor fecundo
guarde en un corazón, en uno solo,
la juventud y el porvenir del mundo.

IV

De pie sobre las tumbas del pasado,
vencedor de la muerte y del olvido,
el trovador errante
canta aún en las almas la grandeza
del eterno ideal desconocido;
y en la lejana soledad vibrante,
con su laúd de mágico sonido
despierta las leyendas misteriosas
que el mundo antiguo le contó al oído.

Asilado en los añejos torreones
surje aún de las ruinas del castillo
el sollozo inmortal de sus canciones;
y en la noche, á los rayos de la luna,
en medio de armaduras y trofeos,
le vemos todavía
vagar con sus brillantes devaneos
sin nombre, sin hogar y sin fortuna,
sonámbulo de amores y torneos.

V

En el ara del Cristo condenada
á eterna proscripción y eterno duelo,
la raza de Judá cruza la vida,
maldita y perseguida,
sin patria ni en la tierra ni en el cielo.
Pero en vano los siglos á los siglos
transmitirán el bárbaro anatema,
para extinguir su nombre en la memoria
y arrancar de su frente la diadema
que en la cuna del mundo
tejió el Señor con rayos de su gloria.

Los salmos del Profeta,
serán siempre la voz de la esperanza,
alzada sobre todos los dolores;
y en el beso de todos los amores,
y al compás del balance de las cunas
en el fondo de todos los hogares,
resonará esa música del cielo
que se llama « El cantar de los cantares. »

VI

Mucho pueden los nobles soñadores
de anhelos inmortales;
los del altivo espíritu encendido
por la fe de los grandes idéales.

Es el clamor de Plácido y Zenea
lo que nos ata al corazón cubano,
y del Plata hasta el golfo mejicano,
la maldición de Mármol centellea
en el cerebro insomne del tirano.

VII

Mucho pueden los nobles soñadores:
ora llenen de insólitos ruidos
la quietud de la pampa solitaria,
para abrirla al amor y á la plegaria
de los lejanos pueblos oprimidos;
ora canten con Nenia la grandeza
y el glorioso dolor de los vencidos;
ora vuelquen en versos centellantes
los himnos de victoria,
que empujan á los pueblos delirantes
al martirio, á la muerte y á la gloria;
ora suban con alas de entusiasmo
sobre abismos, torrentes y neblinas,
á sonar el clarín de Chacabuco
en las cumbres andinas.

VIII

Amemos á los poetas, que levantan
el alma con su lira;

son ellos los que animan y agigantan
 las viejas tradiciones;
 los que sueñan y cantan
 el destino inmortal de las naciones.

Y cuando llega el día
 del dolor y la sombra, — eternamente
 lo dice Mármol en la patria mía:—
 para agitar en plena servidumbre
 con soplos de huracán el alma inquieta
 de la torva y postrada muchedumbre
 la diosa Libertad tiene una cumbre:
 ¡La frente del poeta!

MARTÍN CORONADO.

Buenos Aires, 1898.

Carrera vertiginosa

A VÍCTOR PÉREZ PRITT.

Sin cesar persiguiendo su mirada
 los fantasmas de efímeros placeres,
 y, por arte de avaros mercaderes,
 con las pompas del Iris adornada;

Á toda excelsa concepción negada,
 esa revuelta multitud de seres,
 —mozos, ancianos, niños y mujeres, —
 ¡á dónde va febril, desatentada:...

Rebelde á las lecciones del Pasado,
 sin previsión sensata del Futuro,
 idólatra perpetua del Presente;

Ante el Poeta inmoble y desolado,
 de la honda Nada en el abismo obscuro
 se hunde, sin tregua, su veloz torrente!

NUMA POMPILIO LLONA.

Lima, 1898.

NUESTROS COLABORADORES



Siluetas literarias

LUIS BERISSO

¿Quiere el buen amigo, Casimiro Prieto, una silueta de Luis Berisso? ¿Una página condensada, en que se trate la personalidad literaria del traductor de *Belkiss*, cuyo nombre es ya tan conocido? Su silueta cabe perfectamente en las líneas que usted quiere, y puede acompañar su retrato, porque es una página merecida.

Crítico amable, expositor exquisito, estilista franco y correcto. Hace del arte un culto. Su alma es impecable y austera, y su temperamento repudia todo lo que trasciende á vulgaridad. Sabe que lo más alto del arte es la aristocracia, y que en él no caben ni la democracia ni la simple medianía.

Su carrera es ya larga. Ha escrito y trabajado mucho; ha pasado por los primeros diarios y por las mejores revistas é ilustraciones de Buenos Aires. Aquí, ha sido él el presentador de muchas personalidades americanas. Sus monografías, acabadas, justicieras, que ahora condensa en la primera serie de su libro *El Pensamiento de América*, han llamado la atención, y la prensa americana las ha transcrito en su mayoría. Muchas de ellas han sido publicadas en *La Nación*, del cual Berisso es importante colaborador. El viejo y glorioso historiador Vicente Fidel López, encuentra en Luis: «talento, amenidad, criterio firme y preparación seria,» y Paul Groussac, á propósito de uno de sus mejores *portrait*, el de Manuel Gutiérrez Nájera, publicado en *La Biblioteca*, escribió en la misma revista, en su último número: «Es uno de

nuestros primeros *ensayistas*.» Ambos juicios, como de quienes vienen, son una justicia y una honra.

Su nuevo libro llamará la atención en todo el continente. Es una selecta galería de pensadores y poetas, y si no fuera porque ofrece una segunda serie, le achacaríamos el olvido de algunos verdaderos maestros: v. gr., Juan Montalvo, Justo Sierra, Enrique José Varona. Pero él lo hará después. Si el libro primero tiene el éxito que merece, vendrá el segundo.

Su versión al castellano de *Belkiss*, el fastuoso poema de Eugenio de Castro, hecha con tanto primor, es «una verdadera creación de traductor.» Antes de que Berisso tradujese ese poema, el poeta lusitano era más que desconocido en los centros intelectuales de América. Se le conocía entre un corto número de personas, y la conferencia dada por Rubén Darío en el Ateneo fué una luz que guió en la ruta de ese espíritu exquisito. Buscando esas perlas con amor, combinando el efecto de sus orientes y engarzándolas, como un orfebre, en el oro puro del castellano, ha hecho una joya. *Belkiss* no puede ser más ni menos de como está en la traducción. Lleno de luz, esplendente, terriblemente grandioso, grandemente emocionante. La versión produjo un efecto como ninguna otra la ha producido hasta la fecha. Se entablaron discusiones, se discutieron juicios. En el continente se escribieron lindos artículos por Urbina, Tablada, Bolet Peraza, Cabrera Guerra, Rubén Darío, Guido Spano, etc., y el nombre de que goza Castro entre nosotros lo debe, en gran parte, á Berisso. *Belkiss* tiene algo de Luis.

Almafuerte, el vigoroso poeta que vive encastillado en su orgullo y su altivez como en un Olimpo, le escribió las siguientes líneas, que creo no deben permanecer inéditas:

«Emocionado, he leído con deleite, cada vez mayor, hasta llegar á la última página, su bella traducción de *Belkiss*, la incomparable tragedia hebraica del portugués Eugenio de Castro. He gozado, pues, de manera indefinible con la lectura de tan hermosa obra.

»Crea usted que quedo agradecido hasta no poderlo más, por su bellissimo obsequio; y crea también, como lo creo yo, aunque no lo creyese nadie más, ni ahora ni nunca, que ese solo trabajo le coloca entre los grandes, porque ni el mismo Eugenio de Castro hubiese pensado de otra manera su libro, si lo hubiese pensado en español.»

Y Leopoldo Lugones, en el suntuoso prólogo que precede á la versión: «Aquí tenéis, jóvenes iniciados, una traducción perfecta. Leedla con devoción estricta; pues está hecha magníficamente, con un inmenso respeto y un amor acendrado por el arte. Leedla, si queréis conservar eternamente en el espíritu melodías egregias y deslumbramientos perdurables. Es la obra de un gran poeta y la traducción de un virtuoso traductor.»

Berisso ha viajado bastante y estudiado mucho. En Buenos Aires es uno de los que más saben de América, y su literatura, en mayoría, le es familiar.

Durante su permanencia en Italia, ha tenido ocasión de tratar, con intimidad, á grandes maestros y distinguidos artistas. Con el gran tenor Tamagno, le une una amistad fraternal, y entre sus papeles, conserva afectuosos recuerdos y honrosos autógrafos de Verdi, Lombroso, Puccini, Arrigo Boito, De Amicis, Novelli, Massini, Tamagno, Panzacchi. Ha escrito deliciosas páginas de viajes, que debía coleccionar en un volumen, y del italiano ha hecho acertadas traducciones para diarios y revistas argentinas, y ha colaborado, á sus veces, en algunos diarios y revistas italianas.

De celebrarse es su entusiasmo incaible, en esta época de mercantilismo; de celebrarse su virtud artística, y de aplaudirse su obra crítica que ha hecho tanto bien, tendiendo á la unidad intelectual de América.

ARTURO A. AMBROGI.

Buenos Aires, 1898.

—DC—

CUENTO BATURRO



- ¡Chiqui! ¡cuidau que trai agua el río!
— Pues si trajera vino ¡aún lo rebajaría yo dos dedos!

bas serpentinas (1)

Hierve, y bulle, y se agita la inmensa
muchedumbre; los aires asordan
desde el ronco fragor del tumulto
en que se alzan y estrellan las olas,
y la alegre risa que en tropel sonoro
desgrana sus notas,
hasta el triste gemir de la espuma
que su rueda en la playa desfloca.
¡Cómo el entusiasmo,
la embriaguez y el deleite desbordan,
y en orgía de luz y colores
juntan y revuelven, mezclan y trastornan
tiempos, razas, países, costumbres,
que cruzan en viva fantástica ronda,
ya vibrando, cruel y sangrienta,
la burla que el rostro nos marca y azota;
ya el dolor, la miseria y el vicio
cubriendo de alegres y cándidas rosas;
ya dando á los aires,
ardiente y sonora,
la canción del amor, que al oído
es arrullo, caricia y estrofa;
ya, en fin, apurando,
con el iris que bulle en sus gotas,
el ánfora llena del vino de fuego
que enciende la sangre y el alma remoza!

.....

Llueven serpentinas. Su disco apretado
por doquier sin cesar desenrollan,
y blancas y azules,
verdes y amarillas, moradas y rojas,
como cintas de hermosos colores
van rasgando los aires, en todas
direcciones, con ruido de plumas

(1) Fragmento de un Canto inédito, titulado *El Carnaval de Buenos Aires*.

y susurros de sedas y blondas.
De balcón en balcón se entrelazan
y, urdimbres tramando, las calles entoldan;
y á los hilos sonoros que extiende
la red telefónica,
y á los arcos del gas, y á las rejas
sonantes cortinas sus lazos les forman.
A la cruz de una torre enlazadas,
en el cielo cual grímpolas flotan,
y al airón y á los áureos jaeces
de un corcel, sus espiras enroscan;
ya se arrastran cual bajos reptiles
por detrás de brillante carroza,
ya por las hileras de árboles se cruzan,
y ramas y hojas
anudando á porfía, les llenan
de caireles y flecos las copas.
De una iglesia en el frontis, la efigie
del divino Jesús se recorta
en la negra hornacina, que sube
por detrás, como un arco de sombra.
En los altos de enfrente, entreabre
su puerta una alcoba,
y en el fondo, en la cuna que envuelve
de tul sonrosada niebla vaporosa,
desterníllase un niño de risa
cada vez que la madre aprisiona
y se cubre los rubios cabellos
con azul puntiaguda coroza.
Una serpentina disparada entra
y en las manos del niño se arrolla;
y viendo la madre que con su inocente
desde afuera juegan al tira y afloja,
á la balastrada
del balcón se asoma...
y á Jesús sorprende con el otro extremo
de la serpentina, la faz luminosa
la mirada apacible y risueña,
cual si en ver gozara, radiante de gloria,
las dos perlas que á guisa de dientes
luce el rubio monín en la boca.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, Febrero de 1898.

Idilio

La sabana se iba llenando de sombras: el gamelotal tenía el brillo que le dan los calores de Agosto; las reses iban llegando al pozo, al cual le sirven de dosel los cujjes en flor; apagaban la sed en las aguas oscuras empozadas y se marchaban muy despacio, gozando de la voluptuosa sensación que les producía el roce de las hierbas ásperas en sus vientres repletos.

Moría la tarde... De pronto, una novilla de fondo amarillo tostado, salpicado á trechos de manchones de fuego, llegó disparada como una flecha, en alto la penca que terminaba en un penacho rubio, dejando rastros de antorcha; muy de cerca la seguía, la cabeza en alto, esponjadas las narices, un toro barroso. Parecían dos colegiales retozones en la hora de asueto. Allí, bajo los copos verde-oscuros, en el pozo, en espejo turbio, se miraron, y en sus grandes ojos saltones había algo de asombro, que hasta en las almas de los brutos, en las horas tibias, se estremece el deseo. Después, chorreando agua sus fauces, juntaron sus lomos esponjados, sedosos, y principiaron á restregarse acompañados de un negligente bamboleo de cabeza; se golpearon los cuernos, se entrecruzaron en el aire las pencas de gruesos motones; se miraron de frente, y, asustados por la caída de una hoja, se precipitaron en vertiginosa fuga...

Las sombras parecen caer del cielo y en la melancolía de la tarde se confunde el triste doliente silbar del pastor con el mujido lujurioso del toro enamorado, que al viento las narices que palpitan, se pierde en el gamelotal...

Caracas.

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL.



EN EL ABANICO

DE LA LINDA

Srta. Emma Nilda Staub

Al ver agitarse, leve,
entre sonrisas y halagos,
tu abanico ¡oh Nilda! aleve,
ya me explico los estragos
que hace en tu mano de nieve.

De él el dioscecillo ciego
te hizo don, sensible al ruego
de tus frescos labios rojos,
para que avives el fuego
que encienden tus bellos ojos.

CASIMIRO PRIETO.

Marzo de 1898.

Dibujo de J. Cabrinety.

Sin sombras

A FRANCISCO DE GARAY.

La noche no es triste, si el cielo en que arde
el último rayo que alumbra la tarde
conserva los vivos reflejos del sol:
la noche, con astros lucientes y blancos,
no es triste si llega prendiendo en los flancos
de agreste montaña su azul pabellón.

Si esconde el ocaso su cinta escarlata,
si flotan las nubes con orlas de plata,
si brilla la nieve del alto volcán;
si todo se cubre con diáfano velo,
que es luz en el astro, cambiante en el cielo,
color en el lirio y estela en el mar.

No es triste la noche cuajada de estrellas;
no es triste, si el aire, fingiendo querellas,
inclina los juncos y arranca un rumor;
si nace el misterio, si surge el encanto,
y ocultos exhalan, el ave su canto,
¡la flor su perfume y el alma su amor!

¡Oh, luna, flor casta del cielo en la noche!
¡Abriste en la sombra tu pálido broche
y viertes doquiera tu mística luz!
El árbol se argenta con claros reflejos,
se esmaltan los campos, esplende á lo lejos
la selva, y el monte se viste de azul.

¡Oh diáfanas horas! ¡Oh breves instantes!
los ángeles bajan y vuelan errantes
trayendo rocío, consuelo y amor.
Reptiles y monstruos descansan inermes:
¡Oh anciano que velas, oh niño que duermes,
vuestra alma se ha ido en busca de Dios!

¡Feliz tú, si llevas la noche en el alma!
¡Felices recuerdos que viven en calma!
¡Felices memorias de cándido amor!
La noche no es triste, si el cielo en que arde
el último rayo que alumbra la tarde,
conserva los vivos reflejos del sol!

Méjico.

LUIS G. URBINA.



El actual rey de Talamanca, jefe de una de las tribus más belicosas de Costa Rica

Octubre

Á MI AMIGO DON RAMÓN RUBIÓ



¿Qué triste y melancólico es este mes! Todos los años la encina más vieja del bosque reúne á su alrededor los más hermosos árboles y vegetales y les espeta el siguiente discursillo: Florido cerezo, que constituyes la alegría de los niños y eres el dulce alimento de los pájaros; esbelto peral, que presides las verbenas de San Antonio y San Juan; hermoso avellano, que la Magdalena y San Jaime llenan tus pequeñas y sonrosadas cajas de uno de los frutos más lucrativos y abundantes; diminuta cepa, que regalas el licor más exquisito de cuantos han saboreado los mortales; temible manzano, árbol del paraíso, que has ocasionado tantos goces y tantos males; pomposo nogal, que todos los años te sacude con su báculo de oro San Agustín; respetable higuera de bellos y sazonados frutos; gracioso olivo, que regalas verdosas bolitas de las que brota la luz; arrogante pino, compañero en mis tristes soledades; añoso castaño, que á tu sombra sestean los rebaños y cantan los pastores; arábiga palmera, gloria del Oriente, ilusión de España y regocijo de América; floridos rosales, pomposas albahacas, preciosos claveles, arrojad de sí vuestro ropaje; despojaos de vuestras galas, que ya han terminado las alegres verbenas, las devotas

romerías, las deliciosas excursiones campestres, las grandes fiestas de la naturaleza, y cielo, mar y tierra toman un tinte triste, melancólico, lánguido y parece menos bello y brillante el refulgente sol.

Este mes, que el Senado romano y los señores emperadores Cómodo y Domiciano dieron en la manía de bautizarle con los nombres de Faustino, Juvieto y Domiciano, y el pueblo, fijo en sus trece, continuó y aún continúa llamándole Octubre, es uno de los que más entristecen mi espíritu, sin poderlo remediar.

¡Octubre! ¡Otoño! ¡qué mal suenan en mis oídos estas dos palabras!... Suele ser el otoño templado y apacible, abundan los pastos, los árboles aún ostentan su ligero traje de verano y el campo se presenta bello, fresco, pomposo y lozano; pero ¡ay! esa alegría, esa poesía, esas galas durarán bien poco; el cielo se cubrirá de nubes; la niebla que flotaba en los elevados riscos bajará al valle; principiarán las largas y monótonas lluvias; el mar se deshacerá en montañas de espuma; se acortarán los días y crecerán las noches; las hojas secas de los árboles alfombrarán el suelo, y agitadas por el frío viento del Norte producirán un ruido de ataúd que llenará el alma de espanto; enmudecerán las aves y regresarán los tordos, los heraldos del invierno, y los primeros truenos anunciarán tempestades de vientos, la muerte de miles de peces y el aniquilamiento de los ganados!...

¡Qué deliciosa estación! Me dirán que en ella están de enhorabuena los cazadores; que en ella se hace la cosecha de aceite que proporciona tantos beneficios; que se recoge la bellota; que según el horóscopo, el hombre que nazca en este mes tendrá buenas y nobles facciones, que las mujeres serán rubias, dotadas de hermosos ojos y discretas y sensibles, y que en el plenilunio de este mes

se plantan las campanillas, la flor de lis, la hermosa Raquel y las francesillas, para que sean gala de los ojos y alegría del corazón en la risueña y suspirada primavera. Pero todo esto dice muy poco en su favor. Yo quiero luz, días espléndidos, noches apacibles, dormir en lecho de rosas, cantar con los ruiseñores, gozar de la sanjuanada, de las alegres fiestas mayores, divagar por frondosas alamedas, tomar parte en los regocijos campestres, correr por la playa y tener por cortina en mis balcones enredaderas con flor; y todo esto y mucho más no puede proporcionarme el otoño, triste y huraño, y que descuelga, para envolverse con ella, la capa de la vejez.

Lo único que está de enhorabuena en este mes, que se compone de treinta y un día y la luna de treinta, que el sol entra en el signo de Escorpión, que es el octavo mes del año romano y por eso se le llama Octubre, es la religión. El Angel de la Guarda le abre la puerta y tras él entra San Francisco de Asís, vistiendo humilde hábito, con los pies descalzos, ceñido al cuerpo un cordón y rodeado de niños, de pájaros y humildes flores que fueron los compañeros de su vida. La Virgen del Rosario, poniendo cara de gloria y prometiéndonos conducirnos á ella, nos recuerda la victoria de Lepanto. Hasta el día diez no se halla entre nosotros San Francisco de Borja, el gran duque de Gandía, grande de España, virrey de Barcelona y general de los jesuitas. El santo ha pasado á Roma á confesar al Papa que un tiempo estuvo locamente enamorado de Isabel la emperatriz, y le pide el perdón por sus yerros y pecados, prometiéndole *no volver amar á otra persona que se le pueda morir*. Dejad á un lado los suspiros y lloriqueos y salid al encuentro de la Pilarica, gloria de España, encanto y orgullo de Aragón, la que ha llevado á todo un pueblo á la victoria... Adiós,

se va; ¡qué tristes nos quedamos sin ella! Pero viene á hacernos compañía Teresa de Jesús, la sabia doctora, el alma apasionada, el corazón de fuego, que exclamaba á todas horas:

« ¿Me dirás, corazón mío,
lo que entiendes por amor? »

Paso á Santa Úrsula y sus once mil compañeras, ¡qué hermosas son! Todas ostentan la palma del martirio y la sonrisa en los labios. Tras de ellas va San Bernardo Calvó, arrebatando al pueblo con sus elocuentes discursos y San Narciso poniendo en fuga á los hijos de la Galia.

Estas son las glorias religiosas de este mes; pero en cambio, murieron en sus tristes y nebulosos días Hernán Cortés, el gran conquistador de Méjico; el elocuente tribuno Rienzi; el escultor Canova, ídolo de Italia, y el eminente Halley, orgullo de la astronomía. Las grandes empresas, la elocuencia, el arte y la ciencia visten de luto. ¿Queréis mayor desconsuelo?

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.


Dibujo de F. Prieto.

En la barbería

El desdichado Jeromo
entró á afeitarse, ligero,
y el bárbaro del barbero
le puso hecho un *Ecce Homo*.

Dijo el desollado: — ¡Cómo!
¿á esto llaman *barbería*!
¡vive Dios! mejor sería
trocar en *e* la *a* primera,
y así con razón dijera
el rótulo: *Berbería*.

CASIMIRO PRIETO.



El poema de las sombras

*Entre triunfales púrpuras se aleja
el Sol, celeste Apolo que fustiga
luminoso y soberbio, su cuadriga
que un áureo polvo en el espacio deja.*

*La Noche, de los crimenés amiga,
fúnebre avanza cual callada queja:
la Noche taciturna, que semeja
misterioso crespón que al mundo abriga.*

*El Crepúsculo, heraldo de la bruma,
la tierra en tenue claridad esfuma.
Se borran de la luz los rojos rastros;*

*Se extiende de las sombras el imperio,
y vibra de la Noche en el misterio
la celeste armonía de los astros.*

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires, 1898.



Al Dante

Padre, dices verdad; la selva obscura
no tiene ya camino conocido;
en su lóbrego seno estoy perdido
y amurallado y preso en su espesura.

La antorcha de la fe, radiante y pura,
al viento de los años se ha extinguido,
y entre la sombra voy, solo y rendido
con mi pesada carga de amargura,

Si aquí has visto flotar la reluciente
túnica de Beatriz, y aquí tuviste
la sombra de un laurel sobre tu frente,
apiádate, maestro, del que existe,
sin gloria y sin amor, y cual tú, siente
ensangrentado el pie y el alma triste!

Méjico.

LUIS G. URBINA.

Dibujo de Apeles Mestres

Habla ó mira

Yo soy la voz que te nombra
cuando sonríes dormida,
aquella voz dolorida
que te acaricia en la sombra;
soy la huella que en la alfombra
deja tu pie encantador,
soy el vals embriagador,
y soy, por raro poder,
tu corazón de mujer
con sus nostalgias de amor.

Yo soy el árbol que agita
frente á tu balcón sus ramas,
la flor con que te embalsamas
y en tus trenzas se marchita;
soy la música infinita
de tu dulcísimo acento,
soy el suave movimiento
con que ondula tu vestido,
y soy ave que su nido
fabricó en tu pensamiento.

Yo soy la luz de la luna
que tus balcones platea,
y la claridad febea
que hace humear la laguna;
al despertar en la cuna,
ya, como en sueños, te ví
y antes de hablarte aprendí
que Dios, en su alto poder,
encerró mi alma en un ser
enamorado de tí.

Háblame, que tu voz suena en mi alma,
como en los berberiscos arenales
la endecha de cristal de los raudales
nacidos á la sombra de la palma.

Háblame, que tu acento apasionado
en mi doliente corazón resuena,

como armónico canto de sirena
sobre el mar por los vientos encrespado.

Háblame, que los monstruos del deseo
aletarga tu voz arrulladora,
como del mundo en la radiante aurora
domó á las fieras el laúd de Orfeo.

Muévase ya tu labio de claveles,
para decir con efusión: ¡te amo! —
¡Flor de romero de sabrosas mieles,
brinda á la abeja tu cerúleo ramo!

Pero, en vano, de hinojos
confieso mi pasión. Hace la duda
que aunque suspiren ya tus labios rojos,
tu linda boca permanezca muda.
Si piensas que mi amor no es de los buenos
y prefieres callar, mírame al menos,
y como sabes tú, mi única palma,
vuelve hacia mí la noche de tus ojos
en que brilla la estrella de tu alma.

Mírame, que comprendo lo que es el cielo
cuando hacia mí tus ojos amante giras,
y abre de tus pestañas el negro velo,
que muero de tristeza si no me miras.

Como la luz que esparcen las alboradas
ahuyenta de la noche las fantasías,
al inefable rayo de tus miradas
se desvanecen todas las penas mías.

Sólo bajo los rayos del sol bendito,
el jazmín de tus rejas abre su broche:
para soñar con dichas, yo necesito
ver tus ojos oscuros como la noche.

Ver tus ojos oscuros, do están cifradas
de tal modo las ansias del alma mía,
que á pedirme la vida por tus miradas,
con placer á ese precio las compraría!

CARLOS ROXLO.

Montevideo.



El misal rojo

ORACIÓN DE LA SANGRE

En la cúspide del inmenso Arbol de la Vida floreciste. ¡Salve, por heroica, celebrada por las heridas que besan amorosamente la carne, y por los puñales de alma metálica!

Tu color baña los corazones fuertes como una insignificante nobleza. El amor heroico nació de tu calor como la santa Ira y el pudor felino. Los pechos palpitan bajo la caricia de tus flujos. Las bocas florecen bajo tu riego como limitados jardines. El heroísmo recibió la unción

de tu púrpura, consagrando con tu esplendor la magnificencia de las armas!

Revistieron tu color el Sol y los emperadores, las rosas y las llagas, los rubíes y las antorchas, los corales y las nubes. — ¡Las nubes! ¡enormes banderas sobre la ruina de tinieblas de la Aurora!

Tu escarlata lleva disuelto el hierro en las venas del prócer y triunfa con ímpetu vital en las alas del pájaro. En el seno de las vírgenes eres pimpollo y en el corazón de las águilas hoguera. Con tu heroico sabor apagan su sed los leones, los sables y los holocaustos.

A los que sufrieron la noble muerte de la espada revistes de una real mortaja de púrpura. Los sudarios de los mártires santificados por tu mancha bermeja, son estandartes.

Manas de los cálices que consagró la esotérica virtud verbal de las fórmulas; de las cuchillas que labran en los cadalsos la carne mala; de las espinas que embraveció el oprobio sobre las frentes que culminaron más allá de la noche; de los cilicios con que el cenobita flagela su flanco, donde está pegado el pertinaz alacrán de oro de la lujuria; de los apogeos siniestros reinando sobre frentes de verdugos: de mi corazón, extraño planeta desorbitado!

¡Oh sangre, hermana de las lágrimas! Llorar es desangrarse.

Yo he visto sobre un campo severo, un caballo de largas crines, que suspiraba al viento una agonía, tendido sobre una mancha de sangre;

Y un halcón negro, que con las alas rotas por una flecha, se embriagaba para morir ebrio con la propia sangre de sus alas;

Y un misionero crucificado que parecía ir vistiéndose

de lirios á medida que de su cuerpo iba cayendo una larga lluvia de rosas;

Y he comprendido que era preciso prodigarte para las empresas de salvación; para abreviar en tu onda los hierros manchados de óxido como las lenguas de mentira; para teñir el trapo de la bandera vengadora compuesto con los arambeles de diez mil camisas santificadas; para desatar las fiebres latentes en la nube; para evocar las apariciones de los cometas, cuyo ojo ve desde los límites de los universos; para conmover ese silencio más espantable que una bandera sobre las ruinas; para dar bautismo á los fieros regimientos subterráneos, cuyo paso se siente por las cavernas como un trote de horda cercana, cuya bandera es probable que sea la misma noche.

¡Oh, bendita flor roja, más hermosa que el martirio; más querida que las cartas amarillentas de una muerta adorada en una juventud lejana que no supo reproducirse; más temida que el veneno de todas las serpientes, por las cobardías sagaces ocultas bajo la sonoridad de las cotas; tú revelas la vida en las entrañas maternas, la fuerza en los músculos, el castigo en los cadalsos, la gloria conseguida en los triunfos, la guerra en los estandartes, la prosapia real en las flores!

El Pueblo levanta tu color en sus brazos, destructores de montes, como el viento levanta nubes del mar; tu matiz, que en el éxtasis de oro de los crepúsculos, culmina sobre la gloria heptacorde del arco iris, bandera del Sol.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires, Junio de 1898.

Dibujo de Apeler Mestres.

—♦—

La sentencia de Alba

Es una dulce historia
 esta que voy á referir aquí:
 la tengo en la memoria
 desde que se la oí
 contar á una calandria, cierto día...
 corrió el secreto así:
 el bullicioso viento,
 como quién cuenta un cuento
 se lo contó una vez á una peonía,
 la flor á una calandria, amiga mía,
 y la calandria á mí.

Alba, la blanca y dulce protectora
 de los novios, las flores y los sueños
 de la niñez, se levantó á la aurora, —
 festoneó de rosado los confines
 del cielo, y bajó luego á sus jardines
 que la esperaban todos florecidos.
 Andaba entre los pájaros dormidos
 aún, y entre las flores,
 con un dedo en los labios, imponiendo
 silencio á los cantores
 jilgueros que, al sentirla, despertaban
 y celebrando su llegada, daban
 á cantar. Caminaba silenciosa,
 cuando en esto sintió que la llamaban
 desde el abierto cáliz de una rosa.

Alba acudió sonriendo,
 y en una hoja, extendida
 sobre las otras, tiernas y fragantes,
 vió tres pequeñas gotas rutilantes
 que estaban discutiendo
 sobre cuál valía más.

— «Hada querida,—
 una gota exclamó: — Ya que tú sabes
 por qué cantan las aves,
 y descifras los sueños de las flores,
 y con tus dedos cándidos y suaves
 anudas el cendal de los pudores,

mi grandeza verás: yo he sido abismo!
 Corrí en la tromba trágica y violenta!
 Causé en el orbe horrendo cataclismo,
 é hice pedazos las valientes naves,
 entregando mi empuje al paroxismo
 de la brutal tormenta!

Por fin, choqué con una sirte, y rota,
 me arrebató una ráfaga en su seno,
 y en la borrasca, al rebramar del trueno,
 vine á parar aquí.»

Calló la gota,
 y Alba, que la escuchó meditabunda,
 mandó entonces hablar á la segunda
 gota, que dijo así:

— «Mi historia, oh hada,
 no está de sangre ni de horror manchada!
 Fué mi misión benéfica y fecunda:

en un lago tranquilo,
 que en crecientes previstas, como el Nilo,
 los secos prados del contorno inunda
 y les da vida, sosegada estuve.

Una mañana me absorbió una nube
 blanca á la aurora como un blanco velo
 de desposada y por las tardes rubia.

En la nube viví, cerca del cielo,
 hasta bajar en fecundante lluvia;
 entonces, recorriendo la campiña,
 dí de beber á la sedienta viña,
 llené de gozo el lánguido plantío,
 me bebió el Sol, me convirtió en rocío
 y caí en esta flor.»

— «A tí te toca,—
 á la tercera gota dijo el hada:
 tembló la gota, toda sonrojada,

pero... no abrió la boca.
 — Habla ahora tú, pequeña,
 insistió Alba, risueña:

¿es tan larga tu historia
 que no sabes contarla de memoria?
 No te niegues á hablar, si es que me quieres!
 Vamos, gotita mía, dinos, ¿qué eres?»
 Y la gotita, muy acongojada,

— «Yo — dijo — no soy nada!
 Nunca supe de lluvia, ni de espanto,

ni de mar, ni de fuerza, — soy de llanto!

¿No sabéis que la niña se moría?

Tenía un novio, y lo esperaba tanto!

Pero, como había muerto, no venía!

Y ella anoche bajó: de su persona

luminosa al pasar y casi fría,

la diáfana blancura no proyecta

más sombra que una flor: febril arranca

rosas de aquel rosal de rosa blanca

— su rosa predilecta —

y en silencio se teje una corona...

Las lágrimas corrían hilo á hilo

sobre su seno, asilo

de un corazón enamorado y bueno!

¡Yo no pude morir sobre su seno!

Al verla así, desesperada y mustia,

tuve ansia de vivir mientras viviera,

y ser la dulce lágrima postrera

de aquella inmensa y desolada angustia!

Pero no pude! Aquí era

el sitio donde oyó por vez primera

la palabra de amor: y tan inmenso

fué su dolor aquí, tal desvarío

la dominó, que el llanto

quedó, al salir, suspenso

y la ahogaba! ¡Ah, Dios mío!

¡Quise salvarla, aunque muriese sola!

Salté, rompí la ola,

rodé por sus mejillas,

y vine á caer en esta flor abierta,

mientras caía la niña de rodillas

y por tierra después, hermosa y muerta!

Ya ves, señora, como no soy nada,» —

volvió á decir la gota, y temblorosa

dejó de hablar, humilde y apenada.

Las otras la miraron tan pequeña,

tan sin brillo, tan triste, tan sumisa,

que soltaron la risa,

(una risita de sutiles notas)

y cada cual se reputó por dueña

del más sublime título.

— « Dos gotas, — »

Alba dijo, — han vivido en las alturas,

y una en un corazón. Tú, la primera,
heraldo de espantosas desventuras,
has hundido en movibles sepulturas
los tripulantes de las naves rotas
por tu ciego furor, tu hambre de estrago!

Tú, en cambio, hija del lago,
has dado al bosque mantos de verdura,
has hecho florecer la sepultura
refrescando la raíz del jaramago;
has fecundado la robusta vena

donde corre la vida
vegetativa, que jamás reposa!
Hija del mar: tú fuiste poderosa!
Hija del lago azul: tú fuiste buena!
Pero tú eres mejor, perla nacida
de un corazón que amó! No has sido abismo,
ni nube, ni aluvión, ni ola gigante,
pero en tu pequeñez hubo el heroísmo
de consolar á una infeliz amante,

sin anhelar más suerte
que morir en el seno de la muerte!
Estas gotas no hicieron beneficio
ni daño voluntario: su violento
ímpetu fué predestinado oficio:
tú fuiste corazón y sacrificio!
¡Tú eres abnegación y sufrimiento!
Por una, llorará la viuda sola,
y su ausencia tal vez llore la ola
que la llevó frenética al estrago:
por otra, llorará la flor agreste,
y alguna gota amiga, allá en el lago,
la llorará también: su premio es éste.

Pero á tí, la postrera,
te llorará la humanidad entera
sintiendo tu dolor!

Y la poesía
te entonará sus cantos! Esto digo:
lágrima de pasión: vente conmigo! »

Y mientras la buena hada así decía,
todas las aves del verjel cantaban
con dulce melodía:
las dos gotas altivas resbalaban
y su cruel desengaño sepultaban

en la tierra sombría;
 las flores despertaban
 llenando el aire de un perfume santo,
 y la gota de llanto,
 con ser gota de llanto, sonreía

Así acabó la historia
 que tengo en la memoria
 desde que se la oí
 contar á una calandria, cierto día...
 Digo mal; no fué así:
 lo que hubo fué que el viento,
 como quién cuenta un cuento
 se lo confió una vez á una peonía,
 la flor á una calandria, amiga mía,
 y la calandria á mí.

MANUEL BERNÁRDEZ.

Montevideo.

Saber y no saber

DOLORA

I

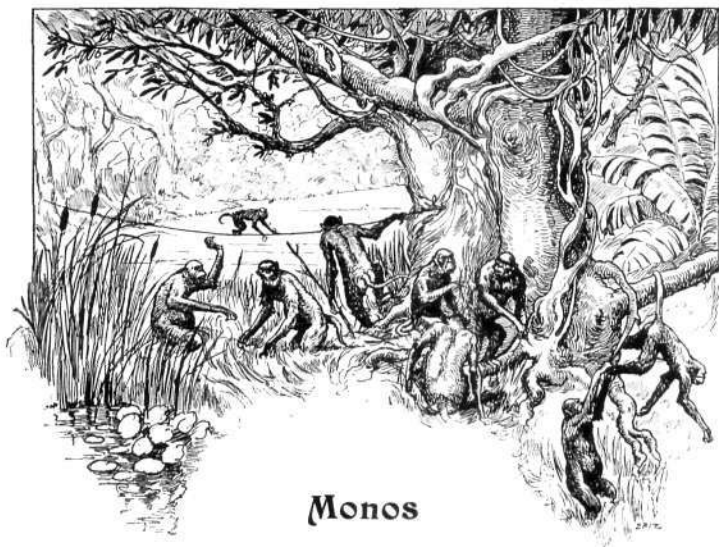
Cuando con ansia de saber medito,
 mido con arrogancia,
 como si fuese un sueño, la distancia
 que media entre la nada y lo infinito.

Mas mi razón, cual todas limitada,
 nunca ve claramente
 eso que hay de común entre la mente,
 lo infinito, los sueños y la nada.

II

Saber y no saber, todo es lo mismo,
 porque el fin de la ciencia es el abismo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



Monos

Cuando según la historia y la voz pública
 sucedió al patriarcado la república,
 dieciséis chimpancés de pura raza
 por simiana afición iban de caza
 y encontraron un río y una cuerda
 que lo cruzaba de derecha á izquierda
 Se acordó, sin protesta de ninguno,
 pasar por aquel cable uno á uno,
 y fué al principio operación sencilla
 llegar desde una orilla á la otra orilla.
 Mas no se sabe aún con qué pretexto
 rompió la cuerda un chimpancé retinto,
 que ocupaba el lugar décimoquinto,
 y se ahogó el chimpancé décimosexto.
 El narrador agrega: — Yo atestiguo
 que cuando en aquel tiempo y mundo antiguo
 la primera república imperaba,
 ya era el último mono el que se ahogaba.

CHRISTIÁN ROEBER.

Buenos Aires.

Dibujo de P. Eric.

Champagne

¡Oh!... ¡Traed *champagne!* Llena mi copa, ¡oh rosada musa que alientas mis locos ensueños! ¡Que se desborde el licor de oro! ¡Qué haga, entre su burbújeo nervioso de espumas, olvidar la nota negra de la vida! Las rosas del festín languidecen bajo el párpado ardiente del sol. ¡Quiero yo languidecer de goce!

*
* *

El *champagne* es el licor de los sueños. Su color es del oro débil, oro que se funde ya en blancura.

Cuando tomo *champagne* se agolpan á mi mente los recuerdos. Es la llave de oro que abre ese cofre ideal. Desfila, todo, en procesión confusa, en tropel brillante y jovial, aturdiéndome, mareándome, envuelto en una sutil bruma de borrachera alegre.

Recuerdo mis amores pasados. Don Juan sonrío á una flor humana, que huye de sus argucias de seductor...

¡Ah! ¡El *champagne* es el amor! Tiene por padre á Eros y por madre á Psiquis. Júpiter, dios y poderoso, se hubiera embriagado solamente con *champagne*: le hubiera declarado licor oficial de las orgías.

Sobre todos los demás vinos está él. Es rey en el concierto sensual. Está sobre el *chartreuse*, que ríe loco con su risa de oro; está sobre el Jerez, rubio que agoniza; sobre el Borgoña, púrpura embotellada; sobre el Moscatel, virgen provenzal que pasa riendo bajo un cielo azul, todo lleno de sol!... ¡Sobre todos!

*
* *

¿Rilá? ¿Eres tú?...

—¡Mujer! ¿Me recuerdas? ¿Sabes quién soy yo?

—¡Ah! ¡Tú eres, infame!

Tomando champagne perdiste tu honor, ¡oh violeta del arroyo! Tomando *champagne* ahogas hoy tus lágrimas, ahogas tus gemidos y tus quejas!...

El *champagne* es goce: es perdición.

El déspota, el César neurótico, se vale de él como unpreciado ardid. Para la rubia que resiste á la seducción, vacíadle *champagne* en su vaso! Para celebrar el triunfo de la carne, *champagne!* Para ahogar el dolor, la onda páfida y falaz!

En todo está él. ¿Veis? La bandera de blanca seda y de la lis de oro, flota al viento suave de primavera. Allí está la nota de triunfo: el taponazo del champagne saluda la explosión del deseo: la salva de honor, que saluda al rey rubio que llega en su carro de cristal!

ARTURO A. AMBROGI.

San Salvador.



EL SIGLO ILUSTRADO

LIBRERÍA



Imprenta

Y

TALLER DE ENCUADERNACIONES



Trabajos esmerados

CASA EDITORA



CENTRO DE PUBLICACIONES

DE

Ramón Espasa



158 Á 174, CALLE CERRITO, 158 Á 174

BUENOS AIRES

Unión telefónica 3081

ESPASA Y GULIVART

BUENOS AIRES

DESPACHO:

CALLE CERRITO, N.º 130

DEPÓSITO:

CALLE VICTORIA, N.º 2772

VINOS PUROS

DEL

PRIORATO Y ARAGÓN

SERVICIO ESMERADO DE LOS MÁS RICOS VINOS DE LAS INDICADAS COMARCAS

COMPLETO SURTIDO DE VINOS DE MESA

Y ESPECIALES, LO MISMO EN LAS CLASES USUALES QUE EN LOS RANCIOS MÁS EXQUISITOS
DE LOS PRINCIPALES COSECHEROS

SE SIRVE A DOMICILIO

AÑO
XXIII



R: ESPASA
EDITOR

